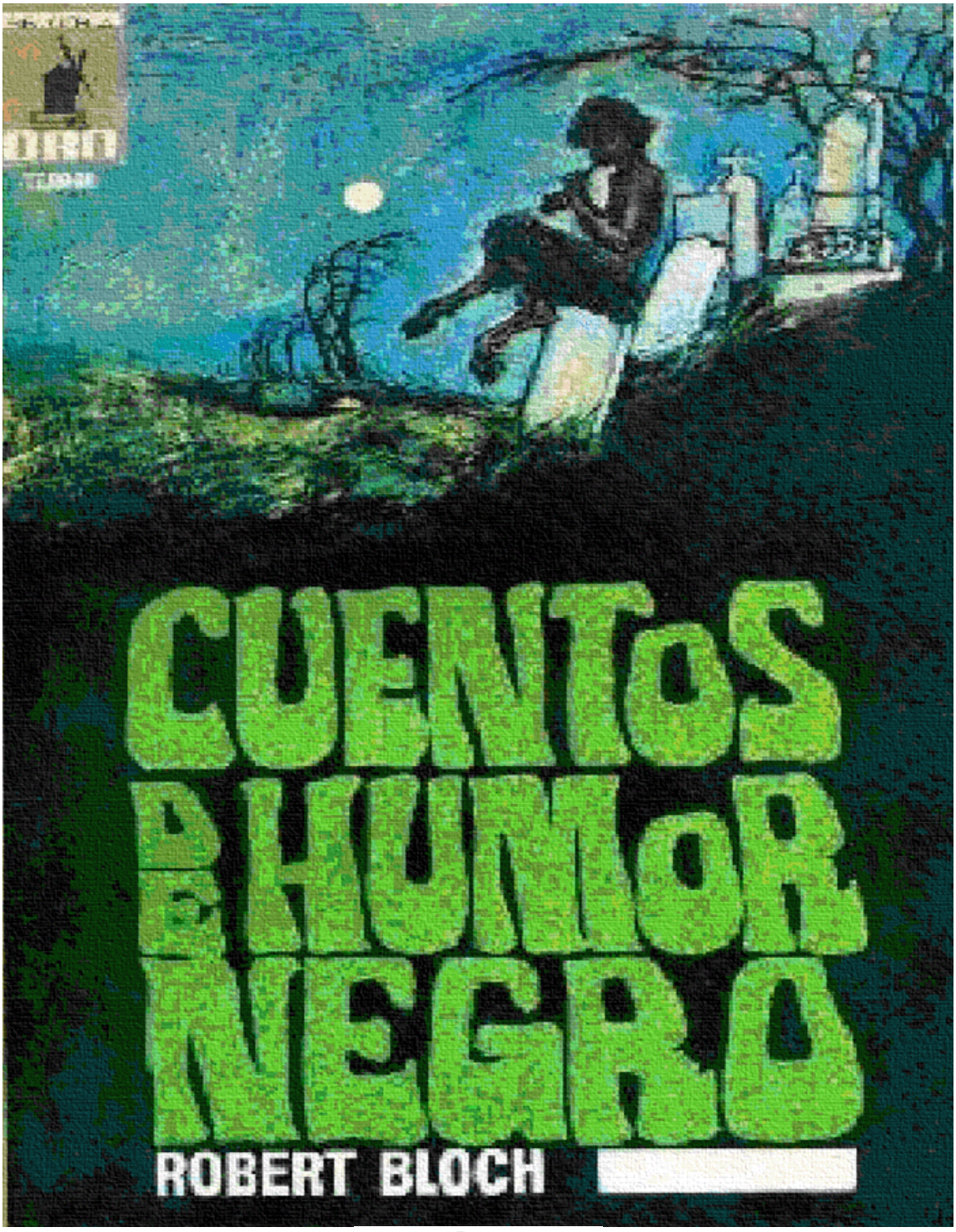
CUENTOS DE HUMOR NEGRO
ROBERT BLOCH



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL ARTE MORTÍFERO

Era una noche muy calurosa, incluso en los trópicos. Vickery se estaba preparando un combinado de ginebra cuando oyó el discreto golpe en la puerta de la habitación del hotel. -¿Eres tú, Sarah? -murmuró.

Entró un hombre, rápida y silenciosamente, corriendo el pestillo de la puerta tras él. -Soy Fenner -dijo-. El marido de Sarah. -Hizo una mueca a Vickery-. ¿Sorprendido, verdad? Sarah también lo estuvo.

-Realmente, yo...

Vickery trató de levantarse.

-No se moleste -le dijo Fenner-. No se mueva de donde está.

Sin dejar de sonreír, sacó una enorme "Webley" del bolsillo de su chaqueta y apuntó al estómago de Vickery.

-Un blanco inmóvil -observó Vickery-. No resulta muy deportivo, amigo mío.

-Miren quién habla de deportividad, después de lo que ha hecho con mi mujer. ¿El gran cazador blanco, eh? Habitaciones contiguas en el hotel y todo... Habrá sido un interesante safari.

Vickery suspiró.

-Supongo que no servirá de nada que lo niegue. Dispare, pues, y que lo ahorquen después.

-Esto sí que no. No deseo que me ahorquen. Por consiguiente, no dispararé.

Sin dejar de apuntarle con la pistola, Fenner buscó algo en el bolsillo de la chaqueta y extrajo de él una pequeña bolsa de cuero. La abrió con precaución y dejó caer un objeto movedizo y de vivos colores a los pies de Vickery. Parecía un diminuto brazalete de coral, pero estaba vivo.

-Será mejor que no se mueva -murmuró Fenner-. Sí, es una *krait.* La serpiente más pequeña y mortífera que existe en el mundo, según me han contado.

-¡Espere, Fenner! Escúcheme...

El diminuto brazalete de coral se desenroscó de repente. Antes de que Vickery pudiera apartarse, se lanzó contra él como un relámpago escarlata. Una *y* otra vez, la *krait* hundió sus colmillos en la pierna derecha de Vickery, a través de la delgada tela de sus pantalones.

Vickery profirió un gemido y cerró los ojos, sin intentar aplastar a la serpiente. De pronto, ésta cesó en su ataque y volvió a enrollarse en el centro de la alfombra. Fenner tragó saliva, se enjugó la frente y depositó la pistola sobre la mesa.

-Le dejo esto -dijo-. Tal vez quiera usarla. Me han dicho que en menos de diez minutos...

Vickery se echó a reír.

-Fenner, ¡es usted un crédulo!

-¿Qué quiere decir?

-El nativo de un bazar le vende una inofensiva culebra *cristal, y* usted acepta su palabra de que se trata de una *krait.* Como aceptó las explicaciones de una mujer celosa cuando ésta le contó que ella y yo nos entendíamos. En realidad, amigo mío, estaba enojada porque yo no quise saber nada de ella. -Vickery volvió a reírse-. Admito que mis palabras no resultaban muy galantes, pero tiene usted derecho a saber la verdad.

-¿No esperará que me trague esto, verdad?

-Como usted guste. -Vickery agitó una mano-. ¡Oh, no se marche! Siéntese y charle un rato conmigo. No va a ocurrir nada, como usted mismo podrá comprobar.

Y no ocurrió nada, exceptuando que Fenner tomó una copa y una breve charla le convenció de que Vickery era tan inocente e inofensivo como la minúscula serpiente enroscada sobre la alfombra.

Cuando se marchó, presentó rendidas excusas a Vickery por todo lo ocurrido. Enviaría el equipaje de Sarah en el primer avión que saliese para Londres, y él pensaba seguirla allí a la mañana siguiente.

Vickery le deseó un buen viaje.

-Llévese su pistola -dijo-. Y también la serpiente. No se moleste en meterla en la bolsa, póngala en su bolsillo. A las serpientes les gusta el calor y el contacto con el cuerpo humano.

Cuando Fenner salió para dirigirse a la habitación antes ocupada por su esposa, Vickery siguió haciendo sus preparativos para acostarse. Su mente estaba llena de cálculos matemáticos. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo se precisaba para que Sarah llegase a Londres y él pudiese llamarla por teléfono? ¿Cuánto dinero había dicho ella que poseía su esposo? Y cuánto tiempo necesitaría la *krait* para rebullir encolerizada en el bolsillo de Fenner y morder sus carnes grasientas a través de la ropa?

La respuesta a esta última pregunta no tardó en llegar.

Vickery oyó los gritos del hombre a través del delgado tabique de la habitación contigua, en el preciso instante en que él se sentaba en la cama y aflojaba las correas de su pierna artificial.

2

Gordy estaba trabajando en Chicago y todo marchaba pasablemente hasta que conoció a Tío Louie.

Ya era hora, de todas formas, porque la cosa apremiaba. Le pasó la información Phil, uno de los muchachos de la orquesta en la que Gordy trabajaba como batería.

-Tú tienes un vicio gordo -dijo Phil-. Ve a ver a ese hombre. Tío Louie es el mejor amigo para ti.

Gordy fue a verle inmediatamente porque tenía el más gordo de todos los vicios, con una "H" mayúscula.

Tío Louie resultó ser un gato viejo que tenía una tienda de cambalache como fachada, allá por el South State. Tenía la mercancía, ésta era de buena calidad, y facilitó a Gordy la solución inmediata.

Por tanto, todo se arregló excepto en lo que se refiere a la cuestión de cartera. Sus ganancias no bastaban para pagarse las inyecciones.

Cuando pidió crédito, Tío Louie se comportó como si fuese la banca federal. Gordy empeñó su reloj, sus gemelos y los botones de la pechera. Pero el hábito era más fuerte que sus recursos *y* Gordy no tardó en ser hombre al agua. Empezó a perder ritmo *y* sus compases dejaban mucho que desear.

-¿Quiere una dosis? -le dijo Tío Louie-. Empeñe sus tambores.

-¿Empeñar mis tambores? ¡Hombre, es que sin ellos no puedo trabajar!

-Tiembla usted de tal modo que tampoco puede trabajar con ellos -le explicó Tío Louie, y no mentía-. Mire, le daré una semana. Toda una semana.

Aquello le sonó a Gordy como música celestial. Una semana de provisiones le repondría hasta el punto de permitirle recuperarse otra vez.

-Está bien -dijo-. Es lo último que me queda.

Pero pasó la semana, *y* otros días más, *y* Gordy trepaba por las paredes. Todavía no le habían acometido los temblores, pero oía ya voces en alta fidelidad.

Primero, cuando Phil fue a verle y le habló de lo del crucero por el lago, no creyó que pudiera ser verdad. Pero Phil disipó todas sus dudas.

-Es un contrato para todo el verano, empezando mañana por la noche. De modo que puedes arreglar tus cosas y nos largamos.

Gordy fue a casa de Tío Louie aquella noche, con la intención de explicarle lo del contrato de modo que el gato viejo le concediese un respiro. Le devolvería sus tambores y tal vez le facilitase también un poco de droga.

Pero Tío Louie no se dejó convencer.

-Si no hay dinero, no hay tambores -dijo una y otra vez-. No trabajo por amor al arte.

No era manera de hablar con un hombre que se mesaba los cabellos pensando en la inyección. Gordy lo agarró por el cuello de la chaqueta y le manifestó sin dejar lugar a dudas su firme decisión de conseguir la droga y también sus tambores.

Tío Louie trató de sacarlo de la tienda, en vista de lo cual Gordy pasó al otro lado del mostrador *y* se apoderó de sus tambores. Hubo un forcejeo *y* fue entonces cuando los tambores cayeron al suelo y Tío Louie los pisoteó, rompiendo los parches.

Tal como oyen; reventó los parches ante el propio Gordy, y con ello dio al traste con el contrato de éste. Después Gordy descubrió que estaba golpeando a Tío Louie con el hacha que había encontrado debajo del mostrador, golpeándole sin cesar y chillando con una voz aguda y estentórea.

O sea que Gordy consiguió finalmente su dosis, pero parecía como si Tío Louie hubiese ido al Banco poco antes, pues aquella noche no había dinero en la casa. No había más que los trastos propios de su comercio. Y sin dinero, no había tambores. Y al día siguiente, Gordy necesitaría los tambores. Pero los parches estaban tan estropeados como la cabeza de Tío Louie. El gato viejo había muerto.

Miró los tambores *y a* Tío Louie, *y* después contempló el hacha que aún tenía en la mano. Entonces advirtió que había una caja llena de instrumentos quirúrgicos debajo del mostrador...

Al llegar la noche siguiente, instaló sus tambores en la pasarela del barco de excursiones. Estaba excitadísimo, pero dispuesto a tocar, *y vaya* si tocó. Los parches nunca habían sonado mejor.

-¿De modo que pudiste recuperarlos? -dijo Phil-. ¿Cómo te las arreglaste, muchacho? Tío Louie no es hombre que se ande con contemplaciones.

Gordy ejecutó un rápido redoble en los flamantes parches de su batería. Después sonrió.

-Ya conoces el viejo proverbio -explicó-. Hay muchas maneras de despellejar un gato.

3

Mitch Flanagan saludó a los visitantes de la "barbacoa" que había instalado en el gran prado de su hacienda. Llevaba un alto gorro de cocinero y un largo delantal con inscripciones humorísticas.

El teniente Crocker le estrechó la mano.

-¿Dónde está su socio en actividades delictivas? -le preguntó-. ¿Dónde está Chester?

Mitch se encogió de hombros *y* levantó sus brazos velludos *y* cubiertos de pecas.

-Ha emprendido un breve viaje -respondió-. Es usted la décima persona que me lo pregunta. Estoy empezando a sospechar de ustedes, muchachos, sólo vienen aquí para ver a mi socio.

-Nada de esto. -Crocker encendió un cigarro-. Estos picnics anuales suyos se han convertido ya en institución en nuestro Departamento. Ya sabe que nosotros, los policías, nos pirramos por recibir invitaciones.

-Lo sé. -Mitch le dio un metido en las costillas-. Y también bebidas gratis. ¿Qué me contesta a eso?

Acompañó al teniente Crocker hasta el bar montado al aire libre. La mitad de las fuerzas de la policía local se habían congregado allí.

Bebieron varias copas antes de que Crocker se alejase del bar. Mitch se quedó allí durante largo tiempo. La mayoría de los visitantes habían comido su ración de carne a la parrilla *y* se habían retirado, *y* casi oscurecía cuando Cracker se acercó al bar *y* vio otra vez a su anfitrión.

-¿Lo está pasando bien? -preguntó Mitch, reprimiendo un eructo.

-Magnífico. Lástima que Chester no esté aquí. -Crocker masticó la colilla de su cigarro-. ¿Ustedes dos se pelearon, verdad?

-¿Quién le ha hablado de esto?

-Esta tarde he oído varias cosas. Los rumores corren.

Mitch se sirvió otra bebida y se alejó del bar con Crocker.

-Está bien. Puesto que la gente empieza a hablar, admito que tuvimos una discusión. Le pagué al contado su mitad en el negocio y él se largó.

-¿Tal como me lo cuenta, verdad?

-Claro. ¿Por qué no iba a ser así?

-Es que ustedes dos regentaban un bufete de abogados. Se necesita algún tiempo para dividir una sociedad tan bien montada. Parece como si usted hubiese tenido que tomar sus medidas para reemplazarlo...

-¿Para qué? Chester no era más que un peso muerto, sépalo usted. Un peso muerto. Lo había estado arrastrando durante años. Al final me cansé de la situación y le dije que se largase con viento fresco.

-No es esto lo que he oído decir -repuso Crocker amablemente-. Chester era un buen hombre. En los tribunales gozaba de una excelente reputación. Yo siempre había creído que era usted el lastre para la sociedad; un charlatán que trataba de jugar a la política y sustituir la inteligencia por el soborno.

-¿Está tratando de insultarme?

-No, me limito a repetir lo que he oído comentar. Esta tarde he obtenido mucha información. Por ejemplo, me he enterado de que ustedes dos se pelearon, pero que Chester se negó a abandonar la sociedad o a vendérsela a usted.

-¿Acaso no se ha marchado?

-Sí, se ha marchado. Me gustaría saber a dónde.

Bajo la luz crepuscular, Mitch miró iracundo al teniente Crocker.

-O sea que cree que yo lo maté -dijo-. No me importa admitirlo. Su declaración no serviría de nada ante un tribunal. Y conozco lo suficiente las leyes para decirle que no hay modo de probar que yo lo haya matado. Porque me he desembarazado de todo, incluso del *corpus deliciosus.*

-*Corpus delicti* -corrigióle Crocker.

-Llámelo como quiera -Mitch eructó-. He dicho que era delicioso. Todos están de acuerdo conmigo. Todos ustedes son cómplices, ¿me entiende? Todos me han ayudado a desembarazarme de la prueba esta tarde, aquí, en la barbacoa. ¿Divertido, verdad? Avisar a todos los policías de la localidad para que me librasen del viejo Chester. ¿Un buen hombre, eh? Pues bien, yo soy mucho mejor.

Pero Crocker no le escuchaba ya. Estaba muy ocupado vomitando entre los matorrales.

Posteriormente, un análisis químico de los restos bastó para poder acusar a Mitch Flanagan y juzgarlo por el asesinato de su socio según el método ya descrito, de modo que Crocker tuvo por lo menos la pequeña compensación de saber que había estado en lo cierto en un aspecto de la cuestión. Había descrito a Chester como un buen hombre. Y todos sabemos que a un buen hombre no se le puede tener atravesado en el estómago.

ESCUELA NOCTURNA

Se las puede ver en callejones de toda gran ciudad, y uno se pregunta a veces cómo se las arreglan sus propietarios para ganarse la vida.

Suele haber en ellas una puertecilla de entrada y un escaparate mal iluminado que ostenta el letrero LIBROS DE OCASIÓN escrito con caracteres confusos. Casi siempre hay una mesa junto a la entrada, presidida por un cartel que reza A ELEGIR - 10 c. Es inevitable que en este mostrador se hallen seis títulos sempiternos: *Tres semanas, El sombrero verde, Los niños de Elena, La vaca negra, Cuando llegue el invierno, y Hablando de operaciones.*

Nadie los compra, ni siquiera por diez centavos, y tampoco parece que nadie pague alguna vez los precios exorbitantes que ostentan los ejemplares de *Fantazius Mallare, El asno de oro o Tertium Organum* que se encuentran en el interior de la tienda. Cabe sospechar que el propietario hace condiciones especiales a ciertos bibliófilos; es posible que ávidos estudiantes de geografía adquieran el *Trópico de Cáncer* de Henry Miller, o que algún visitante perspicaz detecte los picantes aromas de *El jardín perfumado,* pero aun así las ventas han de ser muy escasas. Y entonces es cuando uno vuelve a preguntarse cómo se las arreglan estos libreros para vivir años y más años.

Ante una tienda de esta clase se detuvo un joven, a primera hora de la tarde. Se llamaba Abel, y nada había de particular en su persona, excepto un cierto aire furtivo cuando bajó los peldaños y penetró en la oscura tienda.

Al cruzar el umbral frunció el ceño, como si le extrañase todo lo que le rodeaba. Fue como si el vulgar aspecto del establecimiento le confundiera o le decepcionase. Y cuando el propietario apareció detrás de un polvoriento mostrador que había al fondo, la expresión del joven míster Abel pareció indicar que allí había algún error.

El propio librero tenía todo el aspecto de una edición popular, ligeramente maltratada por el tiempo. Daba la impresión de haber sido hojeado, desdeñado y vuelto a colocar en

un estante para almacenar polvo a medida que pasaran los años. Era bajo y algo encorvado, como la mayoría de ellos; sus cabellos hirsutos y su mal cuidado bigote no tenían ningún color definido y, a través de los lentes, sus ojos recordaban dos canicas de mármol blanco.

Cuando la exhibió, su voz resultó ser un murmullo desprovisto de tonalidades. -¿En qué puedo servirle?

El joven míster Abel titubeó. Volvió a fruncir el ceño y por un momento pareció como si optase entre las tres alternativas: pedir un ejemplar de *Jurgen,* contestar con la clásica frase de "sólo estoy dando un vistazo, muchas gracias", o limitarse a dar media vuelta y abandonar la tienda.

Pero sin duda había algo más que extrañeza en aquel fruncimiento de ceño, y después de una pausa habló con determinación.

-Vengo en busca de instrucciones -dijo-. Se trata de un cursillo muy especial y necesito unos libros también especiales.

Las dos canicas se movieron detrás de las gafas y el propietario de la tienda inclinó la cabeza.

-¿Sus títulos?

-Hay tres -fue la respuesta-. El primero es *Introducción al asesinato.* El segundo es *Muerte a plazos, y* el tercero es *El precio adecuado.*

El librero levantó la vista. Las canicas blancas se habían convertido en un par de ojos negros y penetrantes.

-Un surtido poco corriente -murmuró-. Pero tal vez pueda complacerle. A propósito, ¿quién le ha recomendado mi tienda?

-Una persona que me dijo que usted me haría esa pregunta, aconsejándome al propio tiempo que yo no contestase.

El librero asintió con un gesto de la cabeza.

-Será mejor que pasemos a la trastienda. Espere un momento; *voy a* cerrar.

Hurgó en la cerradura de la puerta y después apagó la luz del escaparate. El joven le siguió a través de un oscuro corredor, hasta que llegaron a la habitación que servía de trastienda.

Era una sala confortable y bien iluminada, así como regiamente amueblada. -Siéntese -dijo el librero-. ¿Quiere decirme su nombre?

-Abel. Charles Abel.

-¿Abel, de verdad? ¡Extraordinario! -El anciano se echó a reír-. En este caso, creo que puede llamarme míster Caín.

El ceño del joven desapareció.

-¡Entonces, éste es el lugar! -exclamó-. ¡Y usted es el hombre que yo busco! Míster Caín se encogió de hombros.

-¿Tiene el dinero? -inquirió.

-Aquí está. Mil en metálico, todo en billetes pequeños.

Míster Caín aceptó la suma *y* la contó con cuidado. Después levantó la vista *y* asintió. -Soy el hombre que usted busca -murmuró-. Y ahora hablemos de esas instrucciones que está buscando. ¿A quién desea matar?

Había pasado casi una semana desde la primera visita de Abel a la librería de lance. Había vuelto a ella cada noche, presentándose siempre a las nueve en punto. No había problemas con la puntualidad, pues era un alumno meticuloso y aprovechado. Y también había mucho que aprender.

Descubrió satisfecho que míster Caín era un maestro capacitado, y así se lo dijo creyendo hacerle un cumplido, pero el anciano se limitó a hacer una mueca de timidez. -Ya sabe lo que suele decirse -comentó-. El que no puede, enseña.

-¿Quiere decir que usted nunca ha asesinado a nadie?

Míster Caín adoptó una expresión de embarazo.

-Padezco de hemofobia. Es una desdicha. La visión de la sangre me altera tanto que ni siquiera puedo tender trampas a los ratones que infestan esta tienda. Se me están comiendo todos mis beneficios.

-Pero en realidad esta tienda no es más que una fachada. Su verdadero negocio es éste, ¿no es así?

-Sí, soy profesor, ésta es mi carrera.

El joven míster Abel sonrió.

-Lo siento, pero no puedo evitarlo. Me causa risa pensar en usted, sentado aquí y planeando el crimen perfecto.

-¿Y por qué le divierte tanto, joven? -El librero se levantó-. Si supiera lo mal que andan los negocios en nuestra especialidad, lo comprendería. Todo hombre tiene que ganarse la vida.

-Ha hablado usted de la "especialidad". ¿Es que acaso no es usted el único? ¿Tal vez otros libreros de lance...?

-Esto no le importa -replicó apresuradamente míster Caín-. Aquí yo soy el único que hace preguntas. Y me gustaría obtener mayor número de respuestas. Lleva usted una semana estudiando y todavía no me ha dicho cuándo pretende realizar el asesinato. Creo que ya es hora de que vayamos al grano. Soy un hombre muy ocupado y tengo otros clientes que necesitan mi ayuda.

El joven sacudió la cabeza con aire consternado.

-Pienso decírselo cuando esté convencido de veras -se disculpó-. Pero debo estar seguro de que usted puede enseñarme cómo cometer el crimen perfecto.

-¿El crimen perfecto? No veo ningún problema en ello -replicó míster Caín-. Ya le he dicho que yo nunca he matado a nadie, y no le engaño, pero he sido centenares de veces lo que usted llamaría un cómplice. Y puedo asegurarle que cada caso fue un éxito rotundo. ¿Conoce usted las estadísticas sobre el asesinato? El cincuenta y cinco por ciento de todos los asesinatos queda por resolver. ¡El cincuenta y cinco por ciento, piense en lo que esto significa! ¡Ni un juicio, ni siquiera un sospechoso, en más de la mitad de los crímenes que se cometen cada año! Ello no se debe a la casualidad. Son muchos los asesinos que reciben ayuda. Una instrucción de manos expertas. Lo que yo le estoy ofreciendo. ¿Recuerda aquel caso de la Dalia Negra, en la costa occidental?

-¿Usted planeó aquello?

-Sí, para uno de mis discípulos -afirmó con discreto orgullo míster Caín-. No es más que un ejemplo de lo que yo puedo lograr cuando obtengo un poco de cooperación por parte de un estudiante deseoso de aprender.

El joven Abel encendió un cigarrillo.

-¿Cómo *voy a* saber que no me está enseñando naderías? El crimen que me ha mencionadose me antojó carente de todo sentido.

Míster Caín se mordió el labio.

-Ahí está el detalle -insistió-. ¿No ha prestado atención a lo que le he estado repitiendo durante toda la semana? Vamos a repasarlo otra vez, brevemente. ¿Cuáles son los motivos del asesinato? Conteste, rápido.

-Pues son tres, según dice usted. Primero, la necesidad.

-Ejemplos.

-Pues los asesinatos por compasión, y casos en los que hay cuestión de dinero, o bien cuando alguien quiere desembarazarse de su cónyuge, pero tiene escrúpulos con respecto al divorcio.

-Bien. ¿Y el segundo motivo?

-Ira. Celos. Rivalidad. Todo viene a ser lo mismo.

-¿Y el tercero?

-Pues cuando uno está mal de la azotea. Cuando se trata de buscar una emoción fuerte, puramente por esto.

-Impuramente -corrigióle míster Caín-. En lo que a mí respecta, la tercera categoría no existe. Jamás aceptaría a un psicópata como alumno. En primer lugar, nadie puede confiar en que siga las instrucciones.

-Pero el caso de la Dalia Negra pareció ser obra de un psicópata.

-Ahora es cuando empieza a comprender -aseguróles míster Caín-. Claro que sí. Yo lo planeé expresamente.

-¿Planeó?

-Ya le he dicho antes que la mitad de los asesinatos en ese país nunca llegan a ser resueltos. ¿Por qué? Porque las pistas que conducen a las autoridades hasta la mayoría de asesinos no tienen nada que ver con el auténtico *modus operandi* de los crímenes. Hará unos veinte años, hubo una verdadera obsesión por las novelas detectivescas que narraban métodos destructivos complicados y rebuscados. Puedo asegurárselo, pues las estanterías superiores aún están llenas de ellas. Asesinatos fantásticos. Gente que utilizaba dardos emponzoñados, dagas improvisadas con carámbanos de hielo, muertes misteriosas en habitaciones herméticamente cerradas, reproducciones fonográficas que servían de coartadas... Todo esto es ridículo. Si emplea su sentido común y no le ve nadie que después pueda recurrir a la policía como informador o testigo, no tiene nada de particular escapar impune de un asesinato. Desde luego, siempre y cuando adopte sus precauciones en cuanto a huellas digitales, manchas de sangre y otras niñerías por el estilo.

"Hoy en día, la policía no captura al asesino a causa de sus métodos. Lo que les lleva hasta el culpable son los *motivos* de éste. Y esto es, precisamente, lo que el desdichado cuarenta y cinco por ciento formado por los que son aprehendidos suele olvidar. En casos de necesidad, la ley siempre está al acecho en busca del que se beneficie de la muerte; un heredero, un cónyuge infeliz, un rival en negocios. En casos de ira o celos, también es fácil localizar al culpable. -Hizo una pausa-. Permítame asegurarle que en todos los asesinatos que yo he ayudado a planear, ha habido siempre un auténtico motivo. Pero siempre los he planeado de modo que no hubiese ni una apariencia de motivo. En una palabra, cada muerte parece ser obra de un demente.

-¿De modo que éste es el secreto?

-¿Acaso no se lo insinuó la persona que le envió? -inquirió míster Caín-. ¿No está enterado de los detalles de su afortunado crimen?

-Lo hizo -admitió el joven Abel-. Y conozco los detalles. Me ensalzó sus clases. Pero antes, me parecía como si la cosa no tuviera sentido.

-¿Y ahora sí? ¡Magnífico! Bien, pues entonces, ¿no cree que ya es hora de que confíe en mí? Dígame, ¿qué piensa hacer?

Míster Abel no titubeó por más tiempo.

-Quiero matar al hombre que me recomendó a usted.

-¿A uno de mis antiguos alumnos? Mi querido muchacho, esto no resulta muy ético que digamos...

-Puede tranquilizar su conciencia. Yo no le diré su nombre. Usted nunca lo sabrá y de este modo no le asaltarán los remordimientos.

-¿Acaso tiene algún rencor personal contra él? ¿Se trata de esto?

-Sí. Pero le repito que no hay necesidad de que le abrume a usted con detalles. Lo único que debe saber es que él no sospecha que yo le odio. Por lo tanto, según su propia definición, contamos con un punto de partida perfecto. Nadie me relacionaría jamás con el crimen, pues aparentemente no tengo ningún motivo. Todo cuanto necesito de usted es un método. Algo que convierta el asesinato en algo parecido a la obra de un psicópata criminal.

-¡Hum! -Míster Caín se levantó y empezó a pasear por la habitación-. Si me está diciendo la verdad, la cosa parece sencilla.

-Le doy mi palabra de honor.

-Bien, si lo enfoca de ese modo... -Míster Caín hizo una pausa-. Supongo que sería demasiado sencillo que usted le acorralase a solas en cualquier rincón, lo estrangulase, y después se alejara de allí. Hay veces en que la misma sencillez de una muerte confunde a todos. Un lugar oscuro, un buen golpe en la cabeza y ya tenemos a la policía sin saber por dónde empezar.

-Por favor, caballero -dijo míster Abel con voz suave-. No creo que este consejo valga mil dólares en metálico y libres de impuestos.

-Podría proporcionarle algún veneno, pero...

-¿Qué tiene de psicopático un veneno? Si he de serle franco, después de tanta preparación esperaba algo más original.

-¿Original, eh? -Míster Caín hizo una pausa y sus ojos se iluminaron-. Hay uno que le gustará, muchacho. Es un poco anticuado, desde luego, pero hace años que no se ha utilizado. Yo le llamo "el correo macabro".

-¿Cómo?

-El correo macabro -repitió míster Caín, sonriendo a su discípulo-. Para llevarlo a cabo es preciso asegurarse concienzudamente de tres condiciones.

-¿Cuáles son?

-Primera, que el asesino pueda atraer a su víctima a un lugar solitario y allí disponer de él. A pesar de sus objeciones, debo recomendarle otra vez un golpe en la cabeza o la estrangulación. Desde luego, hay que tener en cuenta la necesidad de eliminar las usuales pruebas del crimen y hacer desaparecer el arma homicida, si la hubiere. ¿Cree poder desempeñar esta fase de su labor?

-Con toda facilidad.

-Espléndido. La segunda condición consiste en que el asesino debe disponer de un automóvil.

-Poseo un automóvil.

-La tercera y la más importante. El asesino no debe estar sujeto a una vigilancia regular. Me refiero a que debe poder trasladarse de un lado a otro con toda facilidad, tal vez abandonando la ciudad durante varios días sin que nadie se inquiete por su ausencia.

-Vivo solo y la semana próxima empiezo mis vacaciones.

-¡Perfecto! En este caso, creo que podremos planear el perfecto crimen psicopático. El correo macabro tiene como objeto desviar a la policía de toda pista. Les interesa tanto el

método que la cuestión del motivo queda relegada al olvido.

-Pero, ¿qué es lo que debo hacer?

-¿Aún no lo adivina? Mata a su víctima por un medio sencillo, tal como lo he sugerido. Después, con la ayuda de un cuchillo de carnicero o un trinchante, descuartiza el cadáver. Yo le recomendaría la división natural, basada en mis anteriores experiencias en tales menesteres, comprendiendo piernas, muslos, pelvis partida en dos, torso también partido, brazos, antebrazos y cabeza. En total, trece piezas. Es un número antipático, pero quiero esperar que no será usted supersticioso.

-No. Sólo curioso. ¿Y qué hago con los... fragmentos?

-Pues envolverlos, claro está. En trece paquetes separados. Necesitará un poco de esa tela de plástico que se utiliza en los frigoríficos, papel recio de embalaje y cordel como el que emplean los carniceros. ¡Asegúrese de que no le falte el cordel! Una vez listos sus paquetes, sólo tiene que escribir direcciones en ellos, pegar los sellos y meterlos en los buzones destinados a paquetes postales.

-Pero trece paquetes tan pesados...

-Por esto le he preguntado si tenía coche y unos cuantos días de que poder disponer libremente. No debe mandarlos todos desde una misma localidad. Tiene que trasladarse a una docena de ciudades distintas. Procúrese un mapa y estudie hasta donde puede llegar en, digamos, unos cuatro días. Es mejor elegir localidades aparentemente sin relación alguna, para que la policía no pueda deducir un itinerario con punto de partida. Más tarde, le ayudaré a planear todos estos detalles. Forma parte de mis servicios, ya sabe. Otra cosa; debe comprar los sellos con bastante anterioridad. Un rollo de sellos de tres centavos, para que nadie les preste atención.

-¿Y a quién debo mandar los paquetes?

-Elija los nombres al azar en los listines telefónicos de las ciudades que visite. O bien, y no deja de ser un detalle, mándelos a trece empresarios de pompas fúnebres, uno de cada localidad. Esto puede despistar por completo a la policía. Empezarán a buscar personas que estén enemistadas con los enterradores, o darán caza a los necrófilos. Sea como fuere, estarán seguros de que el crimen ha sido obra de un psicópata. Cuando se enteren los periódicos y aireen la historia, puede estar seguro de que la pista se perderá en un laberinto de sórdido sensacionalismo. Dementes, maniáticos, y toda la gama. - Míster Cain inclinó la cabeza-. ¿Qué le parece mi plan? ¿Resulta bastante original para su paladar?

-Sí. Pero, ¿está seguro de que no quedará ninguna pista?

-No, si lo planeamos todo cuidadosamente. Desde luego, usted debe asegurarse de tomar las precauciones elementales, como por ejemplo la de atraer a su víctima al lugar más a propósito. Y tendrá que ocuparse de la desaparición de sus, ejem, utensilios. Será mejor que los robe cuanto antes, en algún almacén de artículos domésticos, por ejemplo. Después, se desprende de ellos en algún puente, lejos ya de la ciudad. Pero podremos cuidar estos detalles a medida que se vayan presentando. Ante todo, debemos librarnos de las huellas dactilares. ¿Quiere hacerlo ahora o prefiere esperar a que hayan empezado sus vacaciones? Bien mirado, hoy es viernes. Si no trabaja los sábados, podríamos hacerlo ahora mismo. El fin de semana bastará para cicatrizar los dedos.

-¿De qué me está hablando?

-Ácido, muchacho. Un pequeño preparado propio. Elimina las ondas de modo que nadie puede tomar las huellas. Desde luego, también arranca parte de la piel, pero esto no puede evitarse. Y siento decirle que no tengo a mano ningún anestésico. Sin embargo, esta

habitación es a prueba de ruidos, y si grita un poco nadie le oirá.

-¿Ácido? ¿Gritos? Oiga, esto no me...

El joven Abel se echó atrás, pero míster Caín hizo como si no lo viera y, abriendo un armario, sacó una botella, una palangana y una copa graduada. Trabajó con ello durante un rato y finalmente miró benévolo a su alumno a través de una nube de humo que despedía un olor acre.

-Venga -murmuró-. Le dolerá un poquitín, pero le prometo que no es nada si lo comparamos con las angustias de la electrocución. Le aseguro que la silla eléctrica da más cosquilleo, y disculpe mi chiste malo...

Pasó más de una semana desde el momento en que míster Abel salió de la librería con los dedos vendados y enguantados, hasta su brusca reaparición una tarde a última hora.

Había oscurecido *ya y* tuvo que golpear la puerta de la tienda durante un buen rato antes de que míster Caín fuese a abrirle.

Hizo pasar al joven a la trastienda, contemplando con curiosidad la bolsa de mano que éste llevaba, pero sin decir palabra hasta que ambos estuvieron sentados en la tranquila habitación posterior.

Entonces, el anhelo de saber lo sucedido se apoderó del librero.

-¿Qué le ha ocurrido? -preguntó-. No volvió para recibir las últimas instrucciones. Estaba inquieto...

El joven Abel sonrió.

-No tenía por qué preocuparse. Sepa que sus sugerencias fueron perfectamente adecuadas para mis fines. El asunto ha sido un éxito rotundo.

-¿De modo que... que lo hizo? Pero, ¿cuándo? No he visto ninguna noticia en los periódicos, nada...

-Volví a reflexionar sobre toda la cuestión. Su primera sugerencia, limitarme a estrangular a la víctima, me pareció más eficaz. Claro que aún tenía los dedos un poco doloridos, pero no se presentaron complicaciones. El asesinato en un callejón oscuro fue atribuído a cualquier maniático. Apenas mereció un par de líneas en la Prensa; no me extraña que le pasara inadvertido. Tenga, léalo.

Abel le entregó un recorte, y el anciano lo leyó con rapidez. Después levantó la vista, asintiendo.

-¿Conque el joven Driscoll, eh? Pero usted me había dicho que no me diría su nombre...

-Poco importa, ¿no cree? Él fue quien me envió aquí, y era un ex alumno suyo.

-Sí. Fue un caso de celos. Un rival le había quitado la novia. Aunque parezca extraño, no odiaba al hombre, quería matar a la chica. Ella vivía con su rival, y nos costó bastante ocultar su motivo para el asesinato. Finalmente, elaboramos un plan para que la muerte pareciera la obra de una personalidad psicópata. Empleamos el sistema del "bombardeo loco", como yo lo llamo, pero optamos por un autobús en vez de un avión. El truco consistió en colocar la bomba, no en su equipaje, cosa que habría podido inducir a una investigación de motivos, sino en la maleta de un soldado que regresaba al campamento después de gozar de un permiso. Localizamos a ese hombre en un momento oportuno y realizamos la faena. No le molestaré con detalles, pero todo funcionó a la perfección.

Abel asintió.

-Sí. Cuatro muertos y tres heridos. La chica murió, desde luego.

-Tiene usted una memoria excelente. Esto ocurrió hace más de dos años. -Míster

Caín hizo una pausa-. ¿Acaso se lo contó él mismo?

-Él no me contó nada. Fueron suposiciones mías. Usted comprenderá que, al fin y al cabo, yo era su rival. La chica que él mató era *mi* chica.

-¡Oh, ya comprendo! No me extraña que deseara eliminarlo. Pues bien, ya está vengado.

-Sí.

-Y todo marcha bien cuando las cosas terminan bien.

-Pero es que no han terminado.

-¿No?

Míster Abel abrió su bolsa.

-Como usted mismo me explicó, usted fue el cómplice. Ayudó a montar el asesinato. Y por lo tanto...

Sacó a relucir un largo cuchillo y una media luna de carnicero.

-¡Oiga, espere! -gimoteó míster Caín-. ¡No puede hacer semejante cosa!

-Usted dijo que esta habitación es a prueba de ruidos. Nadie oirá los gritos, sobre todo si como primera providencia le golpeo en la cabeza.

Abel bloqueó la puerta y probó la media luna, que silbó en el aire de un modo satisfactorio.

-¡Pero es que yo apelo a usted, no como presunta víctima, sino como su profesor, su superior en experiencia! El plan que le di no puede tener éxito en mi caso.

-¿Por qué no? Dispongo de tiempo suficiente para efectuar el viaje. Es que le mentí, ¿sabe? Tengo dos semanas de vacaciones, no una.

-A pesar de ello, le descubrirán. En cualquier parte debe de haber alguien enterado de que usted me ha estado visitando cada noche. Y cuando yo desaparezca...

-Usted no desaparecerá. Por lo menos, no para siempre. Si alguien desea enterarse, usted estará de vacaciones durante una semana más o menos. Yo soy el que va a desaparecer.

-¿Dónde se ocultará?

-Aquí, en esta librería de lance. Desapareceré mediante un teñido de cabellos, un caminar vacilante, un bigote mal recortado y unas gafas.

-¿Ocupará usted mi lugar? ¿Para siempre?

-¿Por qué no? Puedo aprender a imitar su voz, a copiar su escritura. Con el tiempo, captaré sus demás características. Así podré atender a sus futuros clientes. Debe admitir que el autor de semejante plan tiene talento para hacer de instructor. Además, como *voy* a demostrarle dentro de un momento, tengo una ventaja práctica sobre usted. A mí no me asusta la visión de la sangre.

-No, no puede... ¡Es usted un psicópata!

-Todos los asesinos deben serlo. Y los profesores también.

-Pero...

La media luna interrumpió brutalmente sus palabras.

Fue una lástima que el ex profesor de míster Abel no pudiese sentir el orgullo pedagógico de ver cómo su alumno desempeñaba todas las etapas de su plan. Puesto que parte del mismo consistía en la transformación de míster Abel en míster Caín, el joven llegó hasta el punto de adoptar todas las pequeñas manías de su maestro, incluso la de sentir afición por los chistes macabros. Dentro de cada paquete preparado para ser echado

al correo, metió la cubierta de un libro. Entre los títulos se contaban *La anatomía de la melancolía, Los desnudos y los muertos y Un corazón solitario.* Para el desmembrado torso reservó la portada de un libro de chistes titulado *Sin pies ni cabeza.*

Comprendió, desde luego, que existía un cierto riesgo, pero hasta un psicópata tiene derecho a hacer gala de un poquitín de humor inofensivo. Sobre todo cuando pretende, como pretendía el nuevo míster Caín, desarrollar el resto de su programa con toda sobriedad y regresar después para iniciar la sacrificada vida del pedagogo.

Y como era de esperar, así transcurrió todo. Una vez terminada su misión, regresó a la tienda *y* se escondió tras las gafas *y* el pelo teñido. Al cabo de breve tiempo, dominó los detalles de su existencia. Y pasadas unas semanas más, llegaron nuevos alumnos y la librería de lance reanudó sus negocios.

Se las puede ver en callejones de toda gran ciudad, y uno se pregunta a veces cómo se las arreglan sus propietarios para ganarse la vida.

CHICA PIN-UP

La primera vez que el príncipe vio a Lani fue en el "Ciro".

Ella estaba pasando la gran noche; baile, cena, bebidas, todo el programa. La acompañaba Gibson y la fiesta formaba parte de sus actividades. El incluso le había facilitado un traje de noche que le caía a las mil maravillas. Todos la miraban y los fotógrafos sacaban una instantánea tras otra. Aquello era vivir.

El *maitre* dejó una tarjeta sobre su mesa. Había el nombre grabado en la parte superior, *Príncipe Ahmed, y* una sola línea escrita a mano que decía: *¿Puedo tener el placer de su compañía?*

Se la enseñó a Gibson.

-¿Quién es ese tipo? -preguntó.

Gibson la miró con ojos muy abiertos.

-¡No me digas! -exclamó-. Querida, no es posible que hables en serio. ¿Es que nunca lees la revista *Time?* Dicen que ese hombre no sabe qué hacer con el dinero; se habla de unos ingresos de medio millón a la semana, o algo por el estilo. Petróleo, ya puedes figurártelo. ¡Algo fabuloso! Ha venido en misión diplomática...

-¿Qué aspecto tiene? -quiso saber Lani-.¿Puedes señalármelo?

Gibson miró hacia un lugar situado a su derecha.

-Allí, la tercera mesa. El que se halla frente a nosotros.

Lani miró *y* vio un grupo de cuatro hombres. Tres de ellos eran altos *y* barbudos; el cuarto era menos corpulento, iba completamente afeitado y su tez era menos oscura que la de sus compañeros.

-El príncipe es el que no lleva barba -explicó Gibson-. Desde luego, no es un Ali Khan, pero...

Lani sonrió.

-No te preocupes -murmuró-. No me interesa. Nos ganamos bien la vida, sin tener que recurrir a individuos grasientos. No los necesitamos.

Apoyó la mano en la muñeca de Gibson. De ordinario, a éste le desagradaba que alguien le tocase, pero esta vez no la apartó.

-¿Estamos saliendo adelante, verdad? -preguntó ella-. Veo que este trabajo que me has buscado no es ninguna tontería.

Gibson se pasó la lengua por los labios y echó una vistazo al escote de ella.

-La primera vez que hablé contigo te dije, querida, que sé cómo hay que manejar una mercancía. Y lo que tú posees yo sé venderlo. ¿Acaso no he estado tomando fotos tuyas durante dos meses? ¿Acaso no he gastado una fortuna en negativos, en ropas y en aquel equipo que contraté sólo para que tu nombre corriese por todas partes? La cosa va a empezar a dar sus frutos, preciosa, puedes creerme. Ni se tratará de calendarios o fotos artísticas, ni tampoco de concursos de belleza trucados. Hasta hoy he publicado fotografías tuyas en veintitrés revistas, y dentro de unas semanas aparecerás en otras cincuenta. Cubiertas, interiores, páginas a todo color, no me he privado de nada.

El camarero tosió discretamente y depositó un pequeño sobre largo en la mano de Lani.

Ella lo abrió.

-Otra tarjeta -anunció-. Ésta sólo dice: *Por favor.*

-Un momento, querida. -Gibson se apoderó del sobre-. Hay algo dentro. ¡Mira! -¡Caray! -exclamó Lani.

Los dos contemplaron el rubí. Era del tamaño de una pequeña canica.

-¡Caray! -repitió Lani.

De pronto, ella cogió el rubí y se levantó.

Gibson se volvió hacia un lado y examinó la pared.

-Por favor, guapo -murmuró Lani-. Es cosa de un minuto. Al fin y al cabo, tengo que devolverlo.

Gibson guardó silencio.

-Bien, no vamos a ponernos a discutir por esto -dijo Lani-. Quiero decir que... Gibson se encogió de hombros, pero siguió sin mirarla.

-Mañana tenemos que hacer fotografías en la playa, ¿te acuerdas? -murmuró-. Te esperaré hasta el mediodía. Procura venir antes, querida. ¿Me harás este favor?

Lani vaciló. Podía notar cómo el rubí le quemaba en la mano. De pronto, dio media vuelta *y* se dirigió hacia la mesa del príncipe. El rubí abrasaba *y* sabía que también sus ojos despedían fuego *y* sus mejillas ardían cuando sonrió *y* dijo:

-Perdone, pero ¿es usted el caballero que...?

Lani se despertó a la mañana siguiente cuando ya eran más de las doce. Desde luego, había olvidado por completo la cita con el fotógrafo, y de momento, a causa de su jaqueca, no supo siquiera dónde estaba. Después reconoció lo que la rodeaba; el gran dormitorio en la gran suite del gran hotel. Y reconoció al hombrecillo que estaba de pie junto a la cama. Cuando vio que él la estaba mirando, se acordó de sonreír. Con toda intención, dejó que la sábana se deslizara al bostezar ella, y después se desperezó. La sábana resbaló del todo. Lani esperó la reacción.

Quedó sorprendida al ver que él fruncía el ceño.

-Por favor, querida -dijo-. Cúbrete.

Lani se atusó los cabellos.

-¿Qué te ocurre, pequeño? -susurró.

-Es que en mi país las mujeres no...

-¿Qué importa tu país? -Lani le tendió los brazos-. Ahora estás aquí.

El príncipe movió la cabeza negativamente.

-Son más de las doce -observó.

-¿Y qué tiene que ver?

-Pensé que tal vez tendrías apetito.

Lani se sentó en la cama.

-¿Vas a llevarme a almorzar?

-El almuerzo será servido aquí -dijo el príncipe-. Ya lo he encargado y están a punto de traerlo.

-Entonces será mejor que me apresure a vestirme.

Pero el príncipe no pareció oírla. Salía ya de la habitación.

Lani se encogió de hombros. El príncipe era un hombre bastante raro, desde luego. Se lo contaría a Gibson cuando le viese. En realidad, debería llamarle en seguida y explicarle el motivo de su tardanza.

Halló el teléfono en una mesa que había al lado de la cama, pero antes de coger el auricular encontró un sobre en el que alguien había escrito su nombre. Dentro había una tarjeta, también con el nombre grabado, pero sin nada escrito en ella. Debajo de la tarjeta había una gema verde. Lani la cogió y la examinó. Una esmeralda, de tamaño doble que el rubí, y después contempló el teléfono. Por último, movió la cabeza en ademán negativo. Gibson tendría que esperar. Pensaba contárselo todo, desde luego, pero antes tendría que esperar...

Gibson esperó durante más de una semana antes de que Lani volviera a dejarse ver. Finalmente, se encontraron en el estudio de él. El apartamento particular de Gibson ocupaba la parte posterior de su tienda, y fue allí donde Lani lo halló.

-Sólo puedo quedarme un minuto, querido -dijo Lani.

-No me vengas con premuras de tiempo -lamentóse él-. Y también puedes dejar de llamarme "querido". ¿Qué diablos te ha ocurrido?

-¡Algo sencillamente fantástico! -suspiró Lani-. ¿Recuerdas aquel rubí? Pues bien, a la mañana siguiente fue una esmeralda, *y* después un diamante, *y* al tercer día una sarta de perlas. Más tarde llegó un brazalete de jade; *y* ayer fue un broche de turquesas, *y* te juro que no sé cómo se las ha arreglado, pues en toda la semana ni siquiera ha salido de la suite. Siempre ha hecho subir las comidas y ningún miembro de su servidumbre me ha visto nunca. Es algo parecido a lo de las *Mil y Una Noches...*

Gibson la miró con ojos desorbitados.

-¿Y ese traje también es de las *Mil y Una Noches?* ¿De dónde has sacado ese modelo tan abominable? Pero si te llega casi hasta la barbilla...

-Él me lo encargó. Tengo todo un guardarropa similar. Dice que en su país las mujeres son recatadas, y que una esposa jamás se desnuda ante su marido...

-Ya comprendo -dijo Gibson.

Lani se llevó la mano a la boca.

-No tenía intención de contártelo así -dijo-. De verdad, no pensaba hacerlo. Pero mañana se marcha y siempre me ha estado suplicando. Y como tú dijiste, nada en dinero. Ha de ser uno de los hombres más ricos del mundo; yo tendré una fortuna...

-La sempiterna canción de amor -murmuró Gibson.

-Ya lo sé. Pero yo no le amo. ¡Al fin y al cabo, tú no puedes tenerlo todo!

Gibson la miró con ojos semicerrados.

-Tampoco tú puedes tenerlo todo -replicó-. Por lo menos, no todo lo que tú quieras.

-Te aseguro que me importa un bledo el aspecto amoroso. Los hombres no significan nada para mí. Como tampoco te interesan a ti las mujeres. Pero el dinero...

-Tampoco te interesa el dinero -murmuró Gibson-. En realidad, tanto te da. -Se dirigió hacia su escritorio y regresó con un fajo de papeles-. Eso es lo que tú quieres -dijo-. Anda, echa una ojeada.

-¡Pero si es mi retrato! ¡En cubierta! ¡Y esto ha de ser la postal de que me hablaste! ¡Oh, querido, son sencillamente estupendas!

-Basta de exclamaciones -interrumpióla Gibson sonriendo-. Ya te dije que la cosa empezaba a dar sus frutos, ¿recuerdas? ¿Acaso no te prometí que no tardaría en llegar el gran momento de tu triunfo? Y esto sólo es el comienzo, puedes creerme. La gente te perseguirá con las estilográficas a punto de firmar; tendrás los contratos que te dé la gana, cine, televisión, todo lo que tú quieras... ¿Sabes lo que ocurrió con la Monroe, la Mansfield y la Ekberg, verdad? Pues bien, lo tuyo puede rebasarlo.

Lani se mordió los labios.

-¿Estás seguro de que no piensas sólo en tu participación en ese negocio? Gibson denegó con la cabeza.

-No lo creas. Yo me ganaba la vida antes de conocerte y pienso seguir ganándomela, gracias. A mí tampoco me interesa el dinero; es lo mismo que te ocurre a ti. Tú no quieres llegar a estrella a causa del dinero. Tú quieres ser una estrella para que todos puedan verte en la pantalla.

Gibson se había acercado tanto a ella que Lani pudo notar su aliento en la cara.

-Pero si sus sueños fuesen reales de nada les serviría, ¿verdad, querida? Tú lo sabes bien, y yo lo adiviné apenas te vi por primera vez. Porque tú nunca te enamorarás de nadie, como no sea de ti misma. Tu cuerpo, eso es lo que tú amas. Tu cuerpo, y saber lo que ocurre dentro de los cuerpos de los demás. Yo supe comprenderlo y me di cuenta de lo que yo era capaz de hacer. Tú nunca serás una actriz, pero yo puedo convertirte en estrella. Nunca serás una esposa para nadie, pero yo te puedo transformar en amante de todo el mundo. De modo que será mejor que olvides la parte monetaria. No tiene importancia. No se trata de *ti.*

Lani retrocedió.

-No lo sé -dijo.

-¿Qué quieres decir? ¡Claro que lo sabes!

-Está bien. No se trata de dinero. Has dicho la verdad, supongo. Es lo que yo siento. Quiero que me miren. Todos los hombres. Lo he sentido desde que era una niña. Lo extraño es que no lo siento cuando me tocan o cuando tratan de hacerme algo, sino cuando me miran o cuando sé que me están mirando e imagino lo que están pensando...

-Lo sé -susurró Gibson-. Lo sé, querida. Es la misma emoción que siento yo cuando tomo mis fotografías. Es la sensación de tomarles el pelo. De burlarnos de todo ese mundo sucio *y* podrido. ¿Y por qué no? Les daremos lo que desean, *y* nosotros obtendremos lo que queremos.

-No es tan fácil -dijo Lani-. Es lo que quería contarte antes. El príncipe es muy celoso. Te aseguro que me he visto obligada a escabullirme para poder verte hoy. Si él sospechase dónde estoy...

-¡No seas ridícula! -exclamó Gibson-. ¡Piensa que nos hallamos en Estados Unidos, en nuestro país! Nadie puede venirnos con escenas orientales...

-¡Dios mío!

La exclamación de Lani sobresaltó a Gibson, pero su reacción fue tardía. Tuvo el tiempo justo para dar media vuelta y ver cómo el príncipe aparecía detrás de uno de los biombos del estudio, y apenas tuvo tiempo para levantar las manos cuando se fijó en la pistola que empuñaba el príncipe.

Pero el príncipe no disparó. Se limitó a avanzar, sonriendo y sin ninguna expresión en los ojos, *y* cuando estuvo lo bastante cerca su brazo se alzó *y* la pistola se abatió sobre la cabeza de Gibson.

Cuando Gibson recobró el conocimiento hallóse sentado en el diván que había en un ángulo del estudio. El príncipe estaba arrellanado en un sillón, fumando un cigarrillo. Lani había desaparecido.

-Me inquietaba la posibilidad de que hubiese sufrido usted una contusión grave -le dijo el príncipe-. Por esto pensé que sería mejor esperar hasta poder asegurarme de su restablecimiento.

-¡Muy amable por su parte! -murmuró Gibson, frotándose las sienes doloridas-. Creo que estoy perfectamente. Y ahora, será mejor que se marche antes de que llame a la policía.

El príncipe sonrió.

-Será mejor que no lo haga -dijo-. Hay lo de la inmunidad diplomática y todas estas cosas. Pero pienso marcharme dentro de un momento. Para satisfacción suya, añadiré que esta noche salgo en avión antes de lo previsto en mi programa.

-Pero no se marchará con Lani.

El príncipe inclinó la cabeza.

-Tiene razón, la joven no viene conmigo. Oí toda la conversación entre ustedes dos. Fue oportuno, pues me libró de cometer un error imperdonable.

El príncipe se levantó y se dirigió hacia la puerta.

-Mientras ustedes dos hablaban, recordé una de sus leyendas. La historia de Circe, la bellísima hechicera, en cuya presencia los hombres se convertían en cerdos. Lani tiene este poder, el poder de convertir a los hombres en bestias. Su misma imagen basta para transformarlos en perros jadeantes *y* suplicantes. Usted la describe como una *pin-up,* pero a mí me consta que es una bruja. El poder de ustedes dos unido para conspirar es una fuerza maligna y me considero muy afortunado por haberme zafado de su influencia.

Mientras Gibson se levantaba, abrió la puerta.

-Espere un momento -dijo Gibson-. ¿Dónde está Lani?

El príncipe se encogió de hombros.

-Cuando yo le golpeé, ella se desmayó, y me tomé la libertad de trasladarla a su apartamento. Supongo que la encontrará esperándole en su dormitorio. Un lugar muy adecuado para una chica *pin-up.*

El príncipe se marchó y Gibson avanzó vacilante a través del vestíbulo que conducía a su apartamento. Había luz en su dormitorio *y* parpadeó al hallarse en el umbral *y* tratar de sonreír. Era para echarse a reír. El príncipe se había marchado para siempre y nada grave había ocurrido. Él *y* Lani seguirían juntos *y* vencerían todos los obstáculos, tal como habían planeado. Valía la pena dedicarle una amplia sonrisa, una mueca de complicidad.

Allí estaba Lani, esperándole. El príncipe debía de haberla trasladado mientras ella estaba inconsciente, pues Lani no llevaba casi ropa y estaba apoyada en la pared del dormitorio con los brazos abiertos y una sonrisa seductora en el rostro. Muy adecuado, desde luego.

Después Gibson miró más atentamente y vio que la sonrisa no era más que una mueca *y* que los brazos *y* piernas de Lani no estaban separados, sino totalmente extendidos.

Antes de volver a desmayarse, las palabras de despedida del príncipe volvieron a resonar en los oídos de Gibson.

-Un lugar muy adecuado para una chica *pin-up.*

Nadie podía discutirlo. Había clavado a Lani en la pared del dormitorio.

TERROR EN HOLLYWOOD

La primera vez que vi a Kay Kennedy fue en el hotel Chasen, hace ya varios años.

Entonces aún no era Kay Kennedy. En realidad, ni siquiera recuerdo qué nombre usaba en aquella época, algo así como Hallulah Schultz. Y tampoco era morena, sino rubia. Marilyn Monroe acababa de ponerse de moda, y como Mamie van Doren, Sheree North *y* otras cinco mil, esa chica tenía cabellos color platino *y* usaba un sostén de numeración bastante alta.

La conocí casualmente, porque estaba sentada en el bar con Mike Charles cuando éste me llamó.

-¡Cariño! Ven aquí... quiero murmurar cositas dulces junto a tu gran oreja.

Se levantó tambaleándose mientras yo me acercaba, me cogió por un brazo y me dio palmadas en la espalda.

Llevo muchos años en Hollywood y aún no me agrada que otros hombres se me dirijan llamándome "cariño", ni me gusta que me den palmadas en la espalda.

Pero sonreí, exclamé "¡Hola, guapo!" y le di un golpe en las costillas. Como ya he dicho, llevo muchos años en Hollywood.

-¿Qué quieres beber? -me preguntó.

Hice un gesto negativo.

-¡Oh, claro! ¿No bebes, verdad? -volvióse hacia su rubia compañera-. Es curioso, ese tipo nunca toma una copa. Tampoco come. ¿Cómo te las arreglas, muchacho? ¿Te alimentas de heroína?

-Úlcera -suspiré-. Sigo un régimen muy estricto.

Se echó a reír otra vez.

-No falla. Eres un productor. Para ti, régimen estricto. Por suerte, yo soy director y me he puesto a régimen de rubias. -Después se volvió hacia la joven, murmuró su nombre de modo que no pudiese oírlo, y dijo-: Querida, te presento a Eddie Stern, el hombre más amable de nuestra industria.

Sonreí y ella correspondió a mi sonrisa, lo cual no significaba absolutamente nada. Quiero decir que no significó nada para mí y que, con toda seguridad, tampoco significó nada para ella. Nadie recuerda nunca los nombres de los productores independientes. Unos pocos, como Selznich, Kramer y Huston, consiguieron establecerse a través de canales publicitarios, pero la gran mayoría permanece en el anonimato.

Por consiguiente, aquella muchacha rubia hizo piruetas con sus pestañas, suspiró, y yo di el asunto por terminado. Pero de pronto abrió la boca y me dijo:

-Edward Stern. Desde luego. He visto sus películas desde que era niña. *Luna de Marruecos, Ciudad solitaria, y* además...

Me soltó los nombres de ocho filmes, sin que una sola vez se arrugase su blanca frente.

Confieso que la mía se arrugó.

-¿Qué es usted? -pregunté-. ¿Una niña prodigio?

-Es que me gusta el cine -replicó-. Estudio las películas, ¿no es verdad, Mike? El director le dio un pellizco en el brazo.

-Lo hace, lo hace -admitió. La miró sonriendo y preguntó-: Pequeña, ¿no te gustaría ser mi estrella predilecta? Te garantizo que trabajarías con un maestro experto. -Algún día seré una estrella.

-Claro -aseguró Mike-. ¿Acaso no te lo he prometido?

-Hablo en serio -dijo ella. Y no mentía. Después se volvió hacia mí-. Por esto siento tanto interés por cada etapa de la producción. Y siempre he admirado su obra, míster Stern. Lo sitúo a la misma altura que Hal Wallis.

-¿De modo que también conoce a Wallis? Francamente, esto me sorprende.

-Lo más probable es que también sepa el nombre de su mujer -dijo Mike, disgustado. -No faltaría más. Se casó con Louise Fazenda. Ella trabajó con Joe Cook en *Lluvia o* sol. ¿Sabía usted, míster Stern, que el dueño de este restaurante fue el doble de Joe

Cook en la misma película?

Esto me sobresaltó. Aquella chica no fingía, estaba enterada de cuestiones cinematográficas. Yo conocía a Hal Wallis antes de que se casara con Louise, pero en general el público ignora estas cosas. Por ejemplo, ¿quién recuerda aún a Louise Fazenda? Se ha borrado de la memoria de los aficionados, a pesar de que algunas de sus contemporáneas -como Crawford, Stanwyck o Taylor- siguen siendo conocidas.

Decidí que valía la pena hablar un rato con aquella chica, pero Mike Charles tenía otras intenciones. Se levantó y me agarró por un brazo.

-Vamos allá un momento, muchacho -me dijo-. Unos minutos de conversación en privado. -Mientras me arrastraba, miró por encima de su hombro-. ¿No te importa, verdad, preciosa? Pide otra copa.

Nos dirigimos hacia el otro extremo de la barra y yo pregunté:

-¿Dónde la has encontrado, Mike? Esta chica me interesa.

-¿Esa pobre chica? -Se echó a reír-. No pierdas el tiempo. No es más que una de tantas que van en busca de trabajo. Lee el *Reporter* en la cama. -Adoptó un continente más sobrio-. Mira, tengo que hablarte de negocios serios.

-Adelante. Te escucho.

-Ed, quiero que me des trabajo.

-¿Como director?

-¿Qué otra cosa puede ser? Sabes que valgo. Tú ya conoces mis aptitudes.

-Todo el mundo las conoce en la ciudad, Mike -repliqué-. ¿Por qué no has pescado algo en estos últimos seis meses? -Le miré con fijeza-. ¿A causa de la bebida?

-No. Antes no bebía. Puedes preguntárselo a cualquiera. Sólo empecé a beber después del rodaje de *Safari fatal,* cuando corrió la voz de que yo no era grato al gran público. No finjas, estás perfectamente enterado.

-De acuerdo -admití-, estoy enterado. Pero nunca he sabido el motivo.

-La estupidez más inmensa que puedas imaginarte. Cometí el más imperdonable de los pecados, eso es todo. Tú ya sabes que *Safari fatal* era una de esas películas de ambiente

africano, ¿comprendes? Como de costumbre, rodamos una secuencia en la que el héroe y la heroína huían cruzando uno de aquellos ríos. Y entonces hice trampa.

-¿Por qué trampa?

-Pues bien, quise mostrarme listo *y* diferente, *y* rodé toda la secuencia *sin incluir ni un* solo *plano de cocodrilos deslizándose por las orillas para meterse en el agua.* -Suspiró-. Naturalmente, nadie puede prescindir de esta escena cuando rueda una película de ambiente africano. A partir de entonces, ha sido como si me hubiera muerto. Igual que aquel individuo de la MGM que hace unos años cometió el disparate de llamarle "perra" a *Lassie.*

No supe si me estaba tomando el pelo o no; Mike siempre ha sido un gran bromista. Pero no bromeaba con respecto a una cosa. Quería una oportunidad.

-Por favor, Ed -murmuró-. No puedo tardar en rodar otra película. Yo llevo doce años aquí, pero tú conoces el negocio. Doce meses sin que nadie me conceda crédito y soy hombre al agua. Ayúdame.

-En estos momentos no tengo nada previsto -contesté sin faltar a la verdad.

-Pero tú sabes que yo valgo. Sabes que por tres veces he estado a punto de ingresar en la Academia...

Moví la cabeza con ademán negativo.

-Lo siento, Mike. Nada puedo hacer.

-Ed, estoy suplicando por primera vez en mi vida. Pertenezco a esta industria, he vivido en ella desde que era un muchacho. Empecé como extra, pasé por las cámaras, trabajé ocho años como ayudante, y por fin topé con mi gran oportunidad. Después he estado doce años en la cúspide. Y ahora todos me dan con la puerta en las narices. Esto no es justo.

-Es Hollywood -dije-. Tú lo sabes bien. Además, yo no soy más que un pequeño productor independiente. En esta ciudad no pinto apenas nada. ¿Por qué recurrir a mí? Los efectos de la bebida se le habían pasado del todo. Sus ojos se clavaron en mí con fijeza, y su voz bajó de tono.

-Sabes el motivo, Ed. No se trata únicamente de que me des un empleo. Me gustaría que hablases a tu gente de mí.

-¿A mi gente?

-No te hagas el sueco. He oído habladurías. Sé lo que has conseguido tú. Y yo quiero formar parte. Creo merecerlo, después de mi largo trabajo. Pertenezco a este medio. No pude soportar por más tiempo su mirada y me volví.

-Está bien, Mike, será mejor que lo sepas todo. Hace varios meses, hablé de ti con mi gente, como tú les llamas. Estudiamos a conciencia tu caso. Y ellos... votaron en contra. Lanzó una breve carcajada, y después sonrió.

-¿Conque así están las cosas, eh? Gracias, de todos modos, por haberlo intentado, Ed. Hasta la vista, cariño.

Salí de allí porque no quería perder más tiempo con Mike Charles. Lo que deseaba era volver a hablar con aquella muchacha, pero de momento no podía soportar la presencia de Charles. Me parecía como si le hubiese comunicado una sentencia de muerte.

Tal vez fue tontería por mi parte adoptar semejante actitud, pero cuando al mes siguiente leí la noticia de su suicidio, no me sorprendí. Son muchos los que se suicidan después de recurrir a mí. Sobre todo si saben, o sospechan, la verdad.

Pero Kay Kennedy no se suicidó.

No sé con quién se asoció una vez Mike Charles hubo salpicado el techo con sus sesos, ayudado por un revólver del 38, pero no cabe duda de que fue la persona adecuada. Al cabo de un año se llamaba ya Kay Kennedy, y sus cabellos habían recobrado su natural tonalidad rojiza. Empecé a observarla. Una de las tareas de un productor independiente consiste en vigilar a los artistas que empiezan a labrarse una fama. Vigilar y esperar.

Vigilé y esperé durante un año, hasta que volví a verla una noche, en el Romanoff. Había conseguido ya su primer éxito con *Luz de sol y* estaba sentada en una de las mesas de categoría con Paul Sanderson, cuando yo entré.

Paul me saludó a través de la sala y yo me acerqué. Cuando me la presentó, no susurró su nombre. Y esta vez, ella tampoco agitó sus pestañas.

-He estado esperando la oportunidad de verle otra vez, mister Stern -me dijo ella-. Desde luego, lo más probable es que no me recuerde.

-La recuerdo -aseguré-. ¿Sabía que Joe Cook trabajó con Chasen en *Los domadores de caballos y* en *Fresco y pimpante?*

-Desde luego -replicó-. Pero no creo que apareciese en la pantalla cuando Cook rodó *Arizona Mohoney* para la Paramount. Entre paréntesis, la película fue un completo fracaso.

-Sí, lo fue -asentí.

Paul Sanderson nos miró y después se levantó.

-Creo que será mejor que os deje a solas un rato -dijo-. Además, tengo que ir al lavabo. Se alejó.

-Es mi nuevo jefe -explicó Kay-. Claro está que no es del todo nuevo, ¿no cree?

-Tengo la impresión de que lleva tanto tiempo aquí como Gilbert Roland. Pero aún conserva su buen aspecto.

-Ya lo creo. -Kay me miró-. ¿Cómo se las arreglan?

-No la entiendo.

-Sabe a lo que me refiero. ¿Cómo se las arreglan algunos de ellos para conservarse durante tanto tiempo? Personas que ya se contaban entre los Diez Grandes hace muchos años, siguen llenando las taquillas año tras año. ¿Es que nunca envejecen?

-Claro que sí. Fíjese en los que van muriendo...

Me dirigió una mirada penetrante.

-¿Eso es lo que desea que yo haga, verdad? Eso es lo que desea que hagan todos. Fijarse en los que mueren y olvidar a la docena que siempre rondan por aquí, que siempre han estado rondando por aquí. Aquellos que siguen siendo estrellas durante quince, veinte o veinticinco años y que aún siguen desempeñando primeros papeles. Y también hay unos cuantos directores y productores como De Mille, gente como usted. ¿Cuándo llegó a Hollywood, mister Stern? ¿En 1915, verdad?

-Ha estado leyendo mi correspondencia.

La joven denegó con la cabeza.

-He estado hablando con la gente.

-¿Qué clase de gente?

-Con su amigo Mike Charles, por ejemplo. Con su difunto amigo. -Hizo una pausa-. La noche en que le conocí, cuando usted se marchó, Mike bebía de lo lindo. Dijo que aquí había un pequeño grupo secreto que dominaba la situación. Ellos barajaban a los famosos, decidiendo quién se quedaba y quién debía marcharse. Dijo también que usted formaba parte de ese grupo. Me aseguró que usted le había comunicado que él era de los que debían largarse.

-Aquella noche estaba muy bebido -murmuré.

-No lo estaba la noche en que se mató.

Suspiré profundamente.

-Hay personas que sufren alucinaciones. Es uno de los caminos que conducen al suicidio.

-Aquello no era una alucinación -replicó Kay, mirándome atentamente-. Quiero saber la verdad.

Jugueteé con la servilleta.

-Vamos a suponer que hubiese algo de cierto en esa historia -admití-. Oh, nada especial, como sería un círculo todopoderoso desde el cual unas cuantas personas clave controlasen todos los grandes negocios de Hollywood; usted misma puede ver que esto sería ridículo. Ningún director, productor o estrella puede depender de un contrato o de una publicidad para seguir su camino; es el público el que tiene la decisión final. Pero supongamos que existen unos cuantos personajes selectos mimados por el público, y que hay medios que permiten permanecer en este grupo. Lleguemos incluso a afirmar que tal vez yo sepa algo acerca del método seguido. Si fuese así, ¿por qué tendría que contárselo?

-Porque yo pertenezco a este grupo -murmuró Kay Kennedy-. *Voy a* ser una estrella, una gran estrella. Y pienso quedarme en la cima para siempre.

-Sueños, muchacha.

-Tenía ya estos sueños cuando era una niña. ¡Vamos, ríase! Es lo que hacían mis padres. Pero conseguí que mi padre abandonase su empleo y me llevase a la costa. Trabajó por las noches en una fábrica para costearme mis lecciones de arte dramático, hasta que murió hace ya seis años. Pero mi madre ocupó su puesto, en la misma fábrica, para que pudiese seguir con mis estudios. Murió el año pasado, por la misma causa. Silicosis. Aquella fábrica no era un lugar muy saludable.

Se interrumpió para encender un cigarrillo.

-¿Quiere saber el resto? ¿Necesita saber lo demás? ¿Los nombres de los payasos como Mike Charles o los que permití impulsarme en mi camino ascendente? ¿Los nombres de los agentes, de los corredores, de los promotores, de los directores de películas pornográficas? ¿Quiere saber cómo conseguí mi primer alojamiento decente, mi primer ajuar, mi primer coche? ¿O prefiere que le hable de aquel excelente muchacho de las Fuerzas Aéreas, al que tuve que rechazar porque insistía en casarse conmigo y crear una familia?

La miré sonriendo.

-¿Por qué preocuparse? Como ha dicho, estoy aquí desde 1915. He oído la historia miles de veces.

-Sí, pero no es ésta toda la historia, Ed Stern. Hay otra parte, la más importante. Soy una actriz, y una buena actriz. Dentro de un año o dos, seré mucho mejor. ¿Cree que mi estudio correría un riesgo conmigo, con un nombre como el de Paul Sanderson, si no supieran que iba a lograrlo? Estoy dispuesta a escalar la cumbre porque estoy preparada para ello. Y así me gusta estar, siempre preparada. Cuando llegue a la cumbre, ¿cómo *voy a* quedarme en ella?

Di un vistazo alrededor de la sala. Paul Sanderson estaba hablando con dos hombres que, sin duda alguna, nunca serían escoltados a una de las mesas de Mike Romanoff. Eran bajos *y* fornidos *y* sus manos desaparecían en los bolsillos de sus pantalones. Paul sonreía mientras les hablaba, pero los dos hombres no correspondían a la sonrisa.

Kay Kennedy siguió mi mirada y yo le hice una mueca.

-¿Por qué no se lo pregunta a Paul cuando vuelva? -sugerí-. Tal vez él pueda decírselo.

-Lo cual significa que usted no me lo dirá.

-Todavía no, Kay. No creo que haya llegado el momento. Si consigue hacerse un nombre como desea, acaso entonces hablaremos de ello. Hasta entonces...

-Está bien -dijo, sonriendo a su vez-, pero ya he descubierto lo que deseaba saber. Mike Charles dijo la verdad, ¿no es así? Hay un secreto. -Miró a su alrededor-. Y Paul también lo conoce, ¿no es cierto? Pero usted me ha sugerido que se lo preguntase porque está seguro de que él no me lo dirá.

-Algo por el estilo.

Volvió a mirarme con fijeza.

-Es muy curioso lo que ocurre con Paul Sanderson. Habría supuesto que era uno de los suyos, aunque Mike no me lo hubiese dicho. Fue el primer astro de la pantalla que yo admiré, allá por el año treinta *y* pico. Y aquí estoy yo, ya crecidita *y* trabajando con él, *y* él no ha variado ni pizca.

-El maquillaje -dije-. Estos muchachos de Westmore son geniales.

-¡Oh, no se trata de esto! Ya sé que usa bisoñé. ¡Pero es tan distinto de los demás, tanto en los estudios como fuera de ellos! Cuando trabaja, nunca se fatiga, nunca se queja. Yo me siento morir bajo aquellos reflectores y él ni siquiera suda.

-Ya aprenderá a relajarse -insinué.

-No hasta ese punto. -Se inclinó hacia mí-. *Voy a* decirle una cosa. Durante todo el tiempo que llevamos rodando esta película, jamás me ha hecho ni la menor insinuación. -¿Cómo es, pues, que salen tanto los dos juntos?

-Una idea de Flack. Publicidad rentable. -Hizo una pausa-. Por lo menos, así lo creí yo hasta hoy, cuando he salido con él. Y esto es lo que extraña tanto de Paul Sanderson. Toda la noche me ha estado haciendo la rosca. Y también ha estado bebiendo. Si yo no le conociera a fuerza de trabajar con él, juraría que no es el mismo. ¿Cómo se explica tal cosa?

-No me lo explico -contesté-. Se lo preguntaremos a él.

Me volví para mirar dónde estaba, pero Paul Sanderson se había marchado. Y con él los dos hombres.

Me levanté sin perder un momento.

-Perdóneme. Vuelvo en seguida.

Pero la chica no tenía un pelo de tonta.

-¿También usted los ha visto? -murmuró-. ¿A aquellos hombres que estaban con él? ¿Cree que sucede algo raro?

No contesté porque ya estaba cruzando la sala. No perdí el tiempo con la chica del guardarropa, sino que salí y me dirigí a uno de los porteros.

-Míster Sanderson -dije-, ¿ha salido hace un momento?

-Acaba de marcharse.

Señaló hacia un automóvil negro que se dirigía hacia la salida del recinto. -Este no es su coche.

-Le acompañaban dos hombres.

-¡Mi coche, pronto! -exclamé.

La mano de Kay Kennedy se posó en mi brazo.

-¿Qué sucede?

-Es lo que estoy tratando de averiguar. Vuelva a la sala y espéreme. Regresaré aquí;

se lo prometo.

Pero ella movió la cabeza.

-Vengo con usted.

Mi automóvil se detuvo ante mí. No había tiempo que perder si pretendía seguir al coche negro.

-Está bien, suba.

Llegamos a la carretera. El otro automóvil había virado a la derecha y estaba ganando velocidad. Lo seguí.

-Esto es emocionante -comentó Kay.

No lo juzgaba yo así. Necesité toda mi atención para no perder de vista al otro coche, y más velocidad de la que me estaba permitida en la ciudad. Un retraso o una multa me habría sido fatal. Describí varios virajes, manteniéndome siempre a una manzana de distancia, mientras el coche negro describía vueltas y más vueltas, siempre acelerando, hasta llegar a la entrada del desfiladero, ya muy al norte. Entonces empezó a correr de veras.

-¿Adónde lo llevan? -murmuró Kay-. ¿Qué pretenden hacer?

No contesté. Tenía el pie derecho apoyado en el suelo y las dos manos en el volante; mis ojos seguían las pronunciadas curvas *y* mi cerebro no dejaba de pensar. *Maldito estúpido, sabía que no podía confiar en él, nunca debí elegirle.*

Pero ya era tarde para recriminarme, demasiado tarde para todo a menos que lograse adelantar al automóvil que perseguía. Al parecer, se habían dado ya cuenta de mi presencia y probablemente fue esto lo que les decidió. Habían llegado al punto más alto del cañón, cuando sucedió.

No pude ver nada porque mi coche se hallaba a unos ochenta metros de distancia cuando ellos describieron el último viraje. Pero lo oí. Tres estampidos apagados.

Enfilé la última curva y pude ver al otro automóvil alejándose por la recta que llevaba al otro lado del cañón. Sus luces de cola eran como dos pequeños ojos encarnados que me mandaban un último saludo.

No traté de seguirlo.

Me detuve junto a la cuneta, al lado de la negra y dislocada figura que había salido proyectada desde el coche a toda marcha, como si fuese una muñeca estropeada.

La muñeca tenía un agujero en la frente, otro en el pecho y un tercer orificio en el vientre. Era un cuerpo flácido e informe, con las piernas dobladas grotescamente debajo del torso.

Kay empezó a gritar *y yo* la abofeteé. Después me apeé *y* recogí la muñeca. Abrí la puerta trasera y la arrojé sobre el asiento posterior.

Kay no quiso mirar, y cuando yo volví a subir al coche tampoco me miró. Siguió sollozando, una y otra vez.

-¡Está muerto! ¡Lo han matado! ¡Está muerto!

No tuve más remedio que abofetearla otra vez.

Aquello tuvo la virtud de calmarla. Se llevó los dedos a ambos lados de la cara y dijo: -Sus manos están frías.

Asentí.

-Me alegro de que vuelva a gozar de sus poderes de observación -observé-. Al parecer, durante unos momentos los ha perdido por completo. De lo contrario, se habría fijado en una cosa. Paul no está muerto.

-Pero si yo lo he visto... Aquel agujero en la frente, su modo de yacer en el suelo

después de arrojarle desde el coche.

Quiso mirar hacia el asiento posterior, pero yo la retuve agarrándola por el hombro.

-No importa -le dije-. Tiene que aceptar mi palabra. Aún respira. Pero no durará mucho tiempo si no lo llevamos a un médico.

-¿Quiénes eran aquellos hombres? -murmuró Kay-. ¿Por qué lo hicieron?

-La policía se encargará de aclararlo -repliqué, mientras ponía el coche en marcha. -La policía...

Apenas susurró estas dos palabras, pero fue como si las hubiese gritado. Yo sabía lo que estaba pensando. *Policía, publicidad, escándalo.*

-¿Tenemos... tenemos que recurrir a la policía? -murmuró.

Me encogí de hombros.

-No, nosotros no. Pero el doctor sí. La ley ordena que se informe sobre las heridas de bala.

-¿Y no hay algún médico que sepa mantener el secreto? Quiero decir...

-Sé perfectamente lo que quiere decir. -Tomé por la autopista y me dirigí hacia Bel Air-. Y conozco a un médico.

-¿Lo va a llevar allí?

-Tal vez. -Hice una pausa-. Con una condición.

-¿Cuál es?

La miré de reojo.

-Ocurra lo que ocurra, debe olvidar todo lo de esta noche. No haga nunca ni una pregunta. Ocurra lo que ocurra.

-¿Y si... muere?

-No morirá. Se lo prometo -volví a mirarla-. ¿Y usted me lo promete a mí? -Sí.

-Muy bien -dije-. Y ahora la dejaré en su casa.

-Pero... ¿no sería mejor que fuese primero a casa del médico? Ha perdido ya mucha sangre.

-Nada de preguntas -le recordé-. Vamos a su casa.

La dejé ante la puerta y, al apearse del coche, tuvo buen cuidado de no volver los ojos hacia el asiento posterior.

-¿Me llamará? -preguntó en voz alta-. ¿Me dará noticias acerca de... su estado? -Lo sabrá -aseguré-. Lo sabrá.

Asintió de mala gana *y yo* me alejé de allí. Fui directamente a ver a Loxheim *y* se lo conté todo.

El doctor Loxheim comprendió en seguida lo ocurrido, como *yo ya* había previsto.

-Deudas de juego, no cabe duda -asintió-. ¡Maldito loco! Pero es muy difícil hallar a alguien que sea totalmente digno de confianza. Y ahora debes encontrar a otro. Se necesitará cierto tiempo, y hasta entonces todos debemos tener mucho cuidado. ¿Se lo has dicho a Paul?

-Todavía no -contesté-. Pensé que primero sería mejor desembarazarnos del cadáver. -De eso me cuidaré yo -sonrió Loxheim-. No será un problema. Estoy seguro de que los asesinos no hablarán -frunció el ceño-. Pero, ¿qué ocurrirá con la chica, con esa Kay Kennedy?

-Tampoco ella hablará. Me lo ha prometido. Además, le asusta la publicidad. El doctor Loxheim chupó su cigarro.

-¿Sabe ella que ha muerto?

-No. Le dije que sólo estaba herido.

El médico dejó escapar una columna de humo.

-Pero sabe que fue arrojado desde un automóvil en marcha. También oyó los disparos. Vio la herida de su frente, y acaso también los otros orificios. Y hoy estamos a viernes. ¿Crees que podrá guardar silencio cuando el lunes por la mañana vea a Paul entrando en el estudio?

Levanté las manos.

-¿Y qué otra cosa podía hacer yo? -pregunté-. Pero tienes razón. Cuando ella lo vea el lunes, va a llevarse un susto.

-Un susto muy grande.

-¿Crees que yo debería estar al tanto?

-Sin duda. Creo incluso que a partir de ahora debes estar alerta y vigilarla sin cesar. -Lo que tú digas.

-Está bien. Y ahora, vete. Tengo mucho trabajo.

-¿Quieres que te ayude a trasladar el cadáver?

El doctor Loxheim sonrió.

-No será necesario. Ya tengo cierta práctica.

Supongo que el lunes por la mañana fue un verdadero infierno para Kay Kennedy. Yo me hallaba en el estudio, trabajando con Claig, el operador independiente que dirigía las cámaras. Observé a Kay cuando entró, y pude ver que su aspecto era inmejorable.

La vigilé también cuando Paul Sanderson se dejó ver, y ni por un momento la joven exteriorizó asombro. Tal vez se debiera a que se había dado cuenta de mi presencia. Sea como fuere, se las arregló para trabajar normalmente toda la mañana. Al mediodía, la llevé a almorzar conmigo.

No comimos en el restaurante de los estudios. La llevé al Olivetti, en mi coche.

-Creo que me lo figuraba ya -me dijo-. Desde el sábado, cuando vi que los periódicos no decían nada, he estado reflexionando.

-Los periódicos no podían decir nada -le recordé-. ¿Quién iba a darles la noticia? -Alguien habría hablado -replicó Kay Kennedy-. Si Paul Sanderson hubiese tenido que dejar de trabajar en una película durante un mes o dos, habría inventado una historia para la Prensa. Pero no publicaron ni una palabra. Entonces, yo sospeché la verdad. -¿Y cuál es la verdad?

-Que el hombre que me acompañó aquella noche, el hombre que fue herido, no era Paul Sanderson. Recordará que yo le dije que me parecía distinto, como si fuese otra persona. Ésta es la explicación. Era otro. El doble de Paul Sanderson.

Guardé silencio.

-¿Es esto, verdad?

Evité su mirada.

-Recuerde que usted me prometió no hacer preguntas.

-Lo recuerdo. Y no tengo ninguna pregunta acerca de lo que sucedió aquella noche. No le pregunto si el doble murió, ni si estaba ya muerto cuando usted habló conmigo. No le pregunto cómo se desembarazó del cadáver. Sólo le pregunto acerca de Paul Sanderson, que nada tenía que ver con aquel asunto. Vamos a ver, ¿tengo razón?

Aplastó su tercer cigarrillo en el cenicero.

-Fuma demasiado -observé.

-Y usted no fuma nunca -replicó ella-. Tampoco bebe, ni siquiera ha tocado su bocadillo. No irá a decirme que todo esto no le ha impresionado.

-Está bien -dije-. Todo esto significa mucho para mí. Más de lo que usted pueda

imaginar. ¿Está segura de que desea obtener mis respuestas?

-Segurísima.

-Perfectamente. El hombre era el doble de Paul Sanderson. Hacía varios años que lo era. Como usted misma observó, Paul ya no es un joven. Tiene que guardar sus energías para su trabajo. Cuando se trataba de apariciones en público, fiestas o demostraciones de carácter publicitario, el doble ocupaba su lugar. Se le pagaba bien, quizá demasiado bien. Al parecer, jugaba muchísimo. Se supone que perdía mucho, o por lo menos con mucha frecuencia. ¿Le satisface la explicación?

-No del todo, pero sí me aclara algunas cosas. Por ejemplo, por qué su voz sonaba de un modo tan distinto. Aunque su semejanza con Paul era asombrosa.

-Se le eligió con gran cuidado -expliqué-. También intervino un poco de cirugía plástica. Un doctor muy competente...

-¿El mismo doctor al que se dirigió usted la otra noche?

Comprendí que había hablado demasiado, pero el mal ya estaba hecho.

-Sí.

-¿Su nombre es Loxheim, por casualidad?

Abrí la boca de par en par.

-¿Quién se lo ha dicho?

Ella me miró sonriendo.

-Lo he leído. ¿Recuerda que le he dicho que desde el sábado he estado reflexionando? Pues bien, también hice algunas averiguaciones. Sobre Sanderson. Y sobre usted. El sábado por la tarde cogí su libro de recortes de Prensa en el estudio. Allí está todo, aunque las páginas empiecen ya a amarillear. Algunos de sus recortes de Prensa son ya muy viejos, querido. Como aquel de 1936, cuando sufrió su accidente de polo. Al principio, creyeron que iba a morir, pero unos días más tarde apareció la noticia que se le había trasladado desde el hospital de los Cedros del Líbano a la clínica particular del doctor Conrad Loxheim.

-Es un hombre maravilloso -dije-. Consiguió salvarme.

-1936 -repitió Kay Kennedy-. Ha pasado ya mucho tiempo. Usted era entonces un productor independiente, y sigue siéndolo ahora. Por lo menos, esto es lo que dicen todos. ¿Cómo se explica que, a partir de entonces, no haya hecho ni una sola película suya?

-Pero si las he hecho, a docenas...

-Su nombre ha figurado como asociado -me corrigió-. En realidad, usted no ha financiado nada. Lo comprobé.

-Estoy un poco de capa caída -admití.

-Pero sigue siendo un hombre importante en Hollywood. Todos le conocen y entre bastidores ejerce gran influencia. Y ésta es una ciudad en la que nadie se mantiene en la cima si no se muestra activo.

-Tengo mis amistades.

-¿Como el doctor Loxheim?

Traté de mantener el tono normal de mi voz.

-Mire, Kay, nosotros llegamos a un acuerdo. No debe hacerme preguntas. ¿Para qué quiere saber todo esto?

Movió la cabeza con un gesto de testarudez.

-La otra noche le expliqué mis motivos. Usted posee un secreto que yo deseo saber. Y no me daré por satisfecha hasta haberlo averiguado.

De pronto, inclinó la cabeza *y* se echó a llorar. Su voz me llegó débil *y* lejana. -Usted

me odia, ¿verdad, Ed?

-No. No la odio. La admiro. Es usted valerosa. Lo ha demostrado esta mañana cuando Paul Sanderson hizo su aparición. También lo demostró aquella noche cuando no se dejó apoderar por el miedo. Y apuesto a que lo ha demostrado siempre, mientras ascendía en su carrera.

-Sí. -Aquella voz lejana parecía la de una niña-. Usted me comprende, ¿verdad, Ed? Me comprendió cuando le hablé de mis padres. No quise mostrarme cínica. Yo no quería que ellos muriesen. En mi interior, me sentí destrozada. Pero hay algo en mí que es inmune a todo. Este algo es lo que me impulsa, lo que me alienta para llegar a la cumbre. No me importa lo que deba hacer para lograrlo. ¡Oh, Ed, ayúdeme! -levantó el rostro-. Le prometo que haré lo que usted desee. Puede ocuparse de mi carrera, me separaré de mi agente, le daré a usted la comisión que le interese. El cincuenta por ciento, si quiere.

-No necesito dinero.

-Me casaré con usted, si así lo desea. No me...

-Soy un anciano.

-Ed, ¿qué puedo hace yo para demostrarle lo que soy? Ed, *¿cuál* es *el secreto?*

-Créame, todavía no ha llegado el momento. Ya veremos. Tal vez dentro de diez años, cuando sea usted famosa. Ahora, es usted joven, bonita y todo le sonríe. Puede ser feliz. Yo quiero que usted sea feliz, Kay, se lo digo sinceramente. Y por esto no le diré nada. Pero hay una cosa que sí puedo prometerle. Siga trabajando. Ábrase camino, como usted sabe hacerlo. Y dentro de diez años, venga a verme. Entonces veremos.

-¿Diez años? -Sus ojos se habían secado y en su voz había un matiz de dureza-. ¿Cree que me puede apaciguar hablándome de diez años? Es muy posible que usted haya muerto ya.

-Estaré vivo -le prometí-. Tengo una salud excelente.

-No le bastará -exclamó-. Yo acabaré con sus nervios.

Asentí. Tenía razón, desde luego. Lo suponía. Yo no podría atajarla.

-Y si usted no me explica la verdad -continuó-, iré a ver al doctor Loxheim. Algo me dice que debería conocer a este hombre.

Volví a asentir.

-Es posible que esté en lo cierto -dije lentamente-. Tal vez no tarde en conocerle.

No me fue fácil convencer al doctor Loxheim, pero cuando le conté todo lo sucedido acabó por acceder.

-Nos jugamos demasiado para correr un riesgo como éste -dije-. Bien lo sabes. -¿Y los demás? -me recordó-. Tienen derecho a expresar su opinión.

-Lo pondremos a votación, desde luego. Pero es la única solución.

-¿Crees que la chica vale la pena?

-Claro que sí. En circunstancias normales, la aceptaríamos de todos modos, aunque dentro de ocho o diez años. Sigue un camino ascendente. Lo malo es que, como ya te he explicado, no quiere esperar. Por lo tanto, debemos hacerlo ahora.

-Si los otros quieren.

-Si los otros quieren. Pero accederán.

Accedieron. Aquella misma noche convocamos una reunión, en la clínica de Loxheim, y todos asistieron a ella. Conté mi historia y Paul me apoyó. Con ello bastó.

-¿Cuándo lo haremos? -preguntó Loxheim.

-Cuanto antes, mejor. Yo me ocuparé en seguida de los preparativos necesarios. Empezaremos dentro de una semana.

Y pasó exactamente una semana hasta el día en que la llevé allí. Apenas terminada su película. Apenas consiguió sus cuatro semanas de vacaciones. E inmediatamente después de acompañarla yo al despacho de mi agente Frankie Bitzer, y de que ella firmase un contrato a largo plazo.

A continuación, fuimos a dar un paseo en coche.

-¿Adónde me lleva? -me preguntó.

-A ver a Loxheim.

-¿Cómo? ¿Significa esto que *voy a* saber cuál es el secreto?

-Eso es.

-¿Qué es lo que le ha hecho cambiar de opinión?

-Usted.

-Usted me aprecia un poquitín, ¿verdad?

-Ya se lo dije. Si no la apreciara, no permitiría que se enterase del secreto. La haría asesinar.

Se echó a reír, pero yo no compartía su risa. Al fin y al cabo, no le había dicho más que la verdad.

El doctor Loxheim nos estaba esperando en su despacho y se mostró muy cordial. Hice que Kay prometiera no hacer preguntas hasta que el médico hubiese terminado su reconocimiento, y ella cooperó de un modo magnífico. Loxheim hizo una prueba con su sangre, obtuvo una muestra de piel, grabó la voz de Kay en un magnetófono, e incluso le cortó un mechón de cabellos.

Después inició una sesión informativa que duró más de una hora. Su interrogatorio fue muy profundo y abarcó todo el historial de la joven, los nombres de todas sus amistades, e incluso una especie de inventario de sus gustos personales, sus colores predilectos y las marcas de sus perfumes y cosméticos favoritos.

En realidad, todo esto era innecesario, pero Loxheim era un hombre metódico y quería estar preparado para cualquier contingencia. Me hice cargo al comprender que si algo no funcionaba como era debido y teníamos que actuar con presteza, él tendría a mano los datos necesarios.

Sin embargo, hasta la fecha nada había funcionado mal y yo me sentía confiado. Además, Kay no presentó la menor objeción. Tengo la impresión de que creía que la estaban psicoanalizando.

Finalmente, cuando terminaron las preguntas, se levantó.

-Bien, he contestado ya a muchas preguntas -dijo-, y creo que me toca el turno de hacer yo unas cuantas. En primer lugar, ¿cuándo podré enterarme del famoso secreto? Me miraba a mí, pero fue el doctor Loxheim el que contestó.

-Ahora mismo, pequeña.

Acercándose a ella por detrás, insertó diestramente la aguja en la base de su cerebro. Yo la cogí cuando se desplomaba, y entre los dos la llevamos al quirófano.

Se necesitan unas cuatro semanas para todo el proceso. Mucho me temo que el pobre

Loxheim no gozó de mucho descanso.

En cuanto a mí, estuve muy atareado apaciguando a la gente de los estudios, esparciendo la cuidadosamente preparada historia sobre las vacaciones de Kay en Canadá amparándose en el incógnito, y realizando mis propias pesquisas particulares. Empleé

mucho tiempo entrevistando a gente, pero finalmente encontré a la persona que me satisfizo.

Seguidamente, no tuve más ocupación que la de esperar el día 29, fecha en que podría ver a Kay. Desde luego, Loxheim la había mantenido entretanto bajo el efecto de drogas y sedantes, pero me aseguró que desde las últimas 24 horas no había tomado nada.

-Está perfectamente normal -me aseguró.

-¿Normal?

-Una manera de hablar -aclaró sonriendo-. Quiero decir que se halla en condiciones de poder asimilar la verdad. -Hizo una pausa-. ¿Estás seguro de que no sería mejor que se lo dijera yo?

Moví la cabeza resueltamente.

-Esta vez es responsabilidad mía.

-¿Tendrás cuidado con la impresión? Hasta ahora ha reaccionado de un modo maravilloso, pero nunca se sabe. ¿Te acuerdas de la reacción de Jimmy cuando se enteró?

-Lo recuerdo, pero ahora está perfectamente. Se acostumbran a ello cuando se dan cuenta de lo que significa.

-¡Pero es aún tan joven!

-Se lo advertí -suspiré-. ¡Sabe Dios que lo intenté todo! Y ahora se lo diré a mi manera. -Buena suerte -me deseó el doctor Loxheim.

Le dejé y me dirigí al dormitorio de Kay.

Estaba descansando pacíficamente. Apoyaba la cabeza en la almohada, pero ninguna sábana ocultaba su cuerpo, sólo un largo camisón. Tenía los ojos abiertos, desde luego, y me miraron con la mirada de siempre. Todo parecía igual que antes, y tampoco su voz había cambiado.

-¡Ed! -exclamó-. El doctor me dijo que vendría a verme, pero yo no quise creerle.

-¿Por qué no tenía que venir? -pregunté sonriendo-. Está usted restablecida. ¿No se lo ha dicho también?

-Sí, pero tampoco he querido creerle.

-Pues debe creerme a mí. Está perfectamente, Kay. Vamos, ¡siéntese! Puede levantarse, si así lo desea. Puede vestirse y volver a su casa, cuando se le antoje. Se sentó lentamente.

-Es verdad -murmuró con una vocecilla débil-. Puedo sentarme. Sin embargo, Ed, me ocurre algo muy raro. No siento nada. Por eso no estaba segura. Es como si no tuviera tacto. Estoy como... insensible.

-Esto desaparecerá -le aseguré-. Cuando salga al aire libre y haga un poco de ejercicio. Se levantó y yo la sostuve por el brazo.

-Mucho cuidado -advertí-. Lleva mucho tiempo en cama y tal vez sus piernas estén un poco envaradas. Es como si volviera a aprender a andar.

Sus pies se movieron con cierta torpeza, pero observé que sabía coordinar los gestos. La ayudé a llegar hasta un sillón y se sentó como si nunca lo hubiese hecho en su vida. Por un momento sus ojos miraron sin poder enfocar, pero después se estabilizaron.

-Ya está -dije-. ¿Ha visto?

-Sí. Veo que estoy mucho mejor. Pero, Ed, sigo sin sentir. Es como si todo mi cuerpo fuese un pie dormido.

-No se preocupe por esto.

-Pero es que eso no es todo. Desde que me desperté, he seguido estando despierta.

Durante días *y* más días. Se lo dije al doctor Loxheim *y* le pedí que me diese algún sedante, pero él no quiso. Dijo que podía ser peligroso. Y he seguido estando despierta, de noche y de día. Y lo más extraño es que no me siento fatigada.

Asentí en silencio.

-En realidad -prosiguió Kay-, no siento *nada.* Ni hambre, ni sed. Y ni siquiera... Titubeó y yo le di unas palmadas en el hombro.

-También estoy enterado de todo esto. No tiene ninguna importancia.

-¿Ninguna importancia? -repitió frunciendo el ceño-. Ed, ¿qué me ha ocurrido? El doctor Loxheim no quiere explicarme nada. Sé que me hizo algo en su despacho, ¿cuándo fue? Hace mucho tiempo, ¿verdad? Y creo que me hicieron una operación. Una operación muy larga, o varias operaciones. No consigo recordarlo. -Hizo una pausa-. Cuando desperté y permanecí despierta, traté de recordar. Pero no pude.

-¿Y esto la preocupó?

-Sí. Pero hubo algo que aún me preocupó más. Quise llorar y no pude. -Me miró con ojos muy abiertos-. Ed, dígame la verdad. ¿He sufrido algún trastorno mental? ¿Me encuentro en algún sanatorio especial?

Denegué con la cabeza.

-Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Qué me ha ocurrido?

Sonreí.

-Lo que usted tanto deseaba que ocurriera. Se enteró del secreto.

-¿El secreto?

Se acordaba, desde luego. Pude observar que lo recordaba todo hasta el momento en que le hundieron aquella aguja, *y* ello me tranquilizó definitivamente. Saldría adelante, *y* yo podía hablarle sin esperar más tiempo.

-Sí -dije-, el secreto de Loxheim. Nuestro secreto. El secreto que usted quería saber, para poder formar parte de los Diez Grandes y quedarse entre ellos. No olvide, Kay, que usted me dijo que era capaz de pasar por cualquier cosa con tal de conseguirlo. Pues bien, lo ha logrado, y no debe estar asustada.

-¿Qué me ha hecho Loxheim? -inquirió. Su voz era firme y tranquila-. ¿Y quién es este hombre?

Me senté junto a ella.

-Me sorprende un poco que no lo sepa -dije-. ¡La juzgo tan experta en cuestiones de cine! De todos modos, es de suponer que los especialistas técnicos nunca han merecido mucha atención, sobre todo en los primeros tiempos del cine.

"Por esos tiempos fue cuando Loxheim llegó aquí. Realizó algunos trabajos de animación de objetos para un par de estudios, más o menos cuando Cooper y Schoedsack rodaban *King Kong. Su* especialidad eran las figuras de tamaño natural *y* tenía unos cuantos procedimientos propios que habían resultado demasiado caros para los alemanes. También resultaron demasiado caros para nosotros. Se trataba de algo maravilloso, nada de cartón *y* maquinaria, ni tampoco mecanismos de relojería. Al fin *y* al cabo, él era un médico, *y* un médico brillante. Un maestro en cirugía, anatomía *y* neurología. Pero no había plaza para él en los estudios.

"Tan pronto como pudo conseguir una licencia para practicar, abrió una pequeña clínica en Beverly Hills y volvió a la cirugía. Cirugía plástica, la especialidad más lucrativa. Modeló unas cuantas caras y con ello se ganó una reputación. Ganó dinero. Y además, continuó sus estudios y gradualmente perfeccionó el proceso.

-¿Qué proceso?

-Permítame que se lo explique. Aún no puedo pretender dominar la jerga técnica, pero sí comprendo lo que el proceso ha hecho de mí. Y a los hombres más famosos, a esos astros y estrellas que tanto la intrigaban, aquellos que parecen capaces de seguir trabajando para siempre. Personas como Paul Sanderson y una docena más.

"Formamos una especie de corporación muy hermética, Kay. Sólo unos pocos de nosotros, los que podíamos permitirnos una operación que cuesta doscientos cincuenta mil dólares. Los que podían comprender las ventajas de permanecer en la cumbre durante veinte o más años, manteniéndose jóvenes y pimpantes mientras sus dobles actuaban en todas las actividades rutinarias para desvanecer toda sospecha. ¿Nunca lo sospechó, verdad, Kay? Incluso cuando descubrió lo del doble de Sanderson, nunca sospechó de Paul. Usted misma me dijo que no bebía, que no sudaba bajo los focos, que nunca estaba cansado, *y* que nunca hacía el amor. Yo puedo añadir que nunca come *y* nunca duerme. Porque no lo necesita. ¿Cómo va a necesitarlo con su cerebro y sus órganos vitales conectados a un sistema nervioso sintético, en un cuerpo también sintético?

Se llevó la mano a la boca y la dejó caer en seguida.

-Este es mi secreto, pequeña. El gran secreto de los hombres más famosos. Sólo unos pocos de ellos perduran, porque sólo unos pocos estuvieron dispuestos a aceptar el riesgo *y a* pagar el precio. Sólo los que pusieron la fama *y* el estrellato por encima de los dudosos placeres a los que se llama "vida". Sólo los que no titubearon en prescindir de comida, bebida, sueño *y* amor porque ellos sólo comían, bebían *y* amaban la fama.

"Usted me aseguró que éstas eran sus ideas, Kay. No quiso esperar diez años hasta verse envejecida y pensando en el retiro. Usted suplicó que se le revelase el secreto ahora mismo. Y ya lo conoce.

Kay se levantó. Se movía de un modo espasmódico, como si fuera una muñeca.

-Cuidado -le dije-. Tendrá que aprender a controlarse a sí misma. No se trata del peligro de que se rompa o se astille, pues la cubierta es prácticamente indestructible, pero el sistema de equilibrio es distinto y en sus oídos ya no hay los canales semicirculares. También se ha alterado su profundidad de foco.

Me miró con fijeza.

-Tenía miedo de estar loca -afirmó-, pero estaba equivocada. Usted es el que está loco de atar, Ed. Admítalo. ¡Decirme a mí que soy una especie de autómata...!

-Coja un alfiler -sugerí-. Descubrirá que es incapaz de hacerse sangre con él.

-¿Dónde está el doctor Loxheim? ¡Quiero ver inmediatamente al doctor Loxheim!

-Cálmese -dije-. Ya vendrá. Puede tener todas las pruebas que desee. Esta noche convocaremos una reunión y verá a todos los demás, entre ellos a Paul. Es preciso que se traten entre ustedes. Me olvidaba, estarán todos menos Betty; este mes está desconectada.

-¿Desconectada?

-Sí. Forma parte del proceso, ¿comprende? Sirve para descansar y conservar energías. Entre película y película, es mejor que los dobles se ocupen de lo demás. Se dura más. Como es lógico, no podemos permitir que una estrella se mantenga en la cima durante más de veinte años, veinticinco todo lo más, porque entonces el público cobraría sospechas. Después de este plazo, tienen que retirarse. Pero si descansan, pueden durar indefinidamente. Loxheim dice que tal vez doscientos o trescientos años. Sin envejecer, fíjese bien. Por consiguiente, la cosa no es tan desagradable cuando uno se acostumbra a ella. Pregúnteselo a Paul.

Kay dio unos pasos vacilantes.

-Paul. Betty. Todos ellos son sus amigos, ¿eh?

-Mis asociados, querida -sonreí-. Éste es mi secreto. Usted me preguntó una vez a qué se debía que yo siguiera siendo un nombre famoso en Hollywood, a pesar de que durante los últimos años no se había rodado ninguna película mía. Ello se debe a que dispongo de estos asociados. Todos ellos me deben la oportunidad de haber seguido siendo célebres. Todos ellos trabajan con Bitzer, mi propio agente. Yo cobro mi porcentaje. Es lo mismo que haré con usted.

Kay estaba tratando de abrir la puerta, tratando de no escuchar mis palabras. Me daba mucha pena, pero seguí sonriendo. Tenía que conservar la calma, en su propio beneficio.

-No haga tonterías, Kay -le aconsejé-. Reflexione otra vez. Mañana se sentirá mejor. Entonces le presentaré a su doble y empezaremos a trazar los planes necesarios.

-¿Mi doble?

-Claro. Ya le dije que se necesitaba un doble. Para esta misión he seleccionado a una joven de talento extraordinario. No sólo tiene un notable parecido físico con usted, sino que posee también una considerable habilidad histriónica propia. Mediante el estudio de sus películas ha conseguido captar la mayoría de sus gestos, y el resto lo adquirirá observándola directamente. Ha copiado su voz gracias a la cinta grabada por Loxheim y ha memorizado todos los datos que usted facilitó acerca de su vida, costumbres y aficiones. Usted se encargará de complementarlos. Las dos trabajarán juntas. -Hice una pausa-. Y a propósito, no creo que tengamos que inquietarnos pensando en la posibilidad de que se comporte estúpidamente, como hizo el doble de Paul. Sucede que esta joven posee antecedentes delictivos y yo lo sé. Y ella sabe que yo lo sé. Por lo tanto, estamos seguros de que usted le cobrará afecto. Lo espero, además, porque lo más probable es que vivan juntas durante bastantes años.

Me encaminé hacia la puerta y aparté a Kay.

-Será mejor que deje de forcejear -dije-. La puerta está cerrada.

Entonces se enfrentó conmigo y observé el desvarío en sus ojos.

-Un doble -murmuró-. ¡Ahora lo comprendo! ¿Es una jugarreta, verdad? Ha encontrado un doble mío, *y* usted, Loxheim *y* ese Bitzer se han asociado. Y Paul Sanderson también, probablemente. Creen que van a poder volverme loca, o por lo menos conseguir que la gente me crea loca si empiezo a contar esta historia. Y entretanto, ustedes hacen actuar al doble en mi lugar y se embolsan el dinero...

Coloqué las manos sobre sus hombros, la miré con fijeza y denegué con la cabeza.

-No, pequeña. La idea es magnífica para una conspiración, pero no es verdad. La verdad es que usted se ha convertido en un autómata. Y una vez se enfrente con los hechos, descubrirá que no es tan terrible como cree. Me consta.

-¿A usted?

-Desde luego. ¿Por qué cree que controlo el secreto? Porque yo fui el primero. Loxheim era mi amigo y cuando yo sufrí el accidente de polo vino a verme en el hospital donde me estaba muriendo. Le di permiso para llevarme a su clínica y le di permiso para efectuar su experimento. Cuando comprobé que había sido un éxito, comprendí lo que Loxheim había descubierto, lo que podía hacerse con su invento cuando éste se aplicase a las personas adecuadas. Durante años, esto es lo que he hecho. Como ya he dicho, sólo hay una docena de ellas, pero son las que ocupamos los puestos clave. Somos el gobierno secreto de Hollywood, las sombras animadas, los sueños que nunca mueren. Somos los inmortales, y ahora le damos la bienvenida a nuestro grupo.

Todavía no estaba preparada, no podía aceptarlo. Lo leí en sus ojos.

Entonces retiré la mano que tenía apoyada en su hombro, busqué en mi bolsillo y

saqué una aguja.

-Tenga -le dije-. Pruebe usted misma.

Contempló el alfiler y su rostro reveló la tortura interior.

-No -murmuró-. Es otro truco. Todo son trucos, trucos para que me vuelva loca. Yo no soy un robot. ¡No puede ser verdad! ¿Cómo se atreve a sonreírme, cómo puede mentirme de este modo? ¡Deje de sonreír! ¡Basta! ¡Basta ya!

Y entonces se abalanzó sobre mí y de un manotazo hizo saltar el alfiler que yo sostenía. Sus uñas se hundieron en mi mejilla.

Se inmovilizó súbitamente y empezó a gritar hasta que yo oprimí la parte superior de su cráneo. El grito se apagó *y* Kay se desplomó. La dejé en el suelo *y* cogí el teléfono. Loxheim contestó a la llamada.

-¿Y bien?

-Un ataque de histeria, como era de esperar. Pero se repondrá. Creo que mañana podremos llamar a Bitzer y decirle que prepare un nuevo contrato. Bajo en seguida.

Colgué el auricular. Después abrí el armario y saqué la caja que Loxheim había construido para ella, con su forro de terciopelo y los agujeros para la entrada de aire. El sistema respiratorio sigue funcionando por medio de oxígeno.

Ajusté las correas alrededor del cuello de *Kay y* la colgué. Antes de cerrar la tapa, la contemplé durante unos momentos. Era bella. Y seguiría siéndolo dentro de diez años, o de veinte años. Valía un millón de dólares. Un millón que ingresaría en la caja de nuestra sociedad.

Pertenecía ya al grupo de los Diez Grandes.

Por primera vez tuve el convencimiento de que había hecho lo que debía. La coloqué en un rincón y me dirigí silbando hacia la puerta.

Pero cuando me disponía a salir, recordé algo. Me coloqué ante el espejo y lo que vi confirmó mis temores. Pobre muchacha, no la culpé por su arrebato, pues tuve en cuenta que acababa de enterarse de todo.

Cuando me arañó arrancó unas tiras de plástico de mi mejilla, exponiendo lo que había debajo.

Por un momento me quedé mirando la brillante envoltura metálica, y después di media vuelta y me encaminé hacia la escalera.

LOS VERSOS NUNCA PAGAN

Miss Kent se acercó a la puerta de la torre y llamó con energía. Desde luego, era un lugar encantador, pensó; sin motivo aparente le recordaba la mansión del Conejo Blanco en *Alicia en el País de las Maravillas.*

Cuando la puerta se abrió para revelar al ocupante de la casa, miss Kent no pudo reprimir un respingo. Aparte de la longitud de sus orejas, el hombre que se hallaba ante ella hubiese podido pasar por el mismísimo Conejo Blanco. Era un hombrecillo pálido, de ojos rojizos, y con una nariz que parecía ocupar gran parte de su rostro; su boca era pequeña *y* la barbilla casi inexistente. También llevaba una chaqueta a cuadros, *y* mientras miss Kent le miraba incluso consultó su reloj.

-Estoy buscando a Dickie Fane -anunció.

El hombre parpadeó y sonrió.

-¿No quiere entrar? -invitóla.

Miss Kent entró y se halló en un vestíbulo revestido de paneles de madera, con muebles victorianos que realzaban la semejanza con el mundo de Lewis Carroll y las ilustraciones de Tenniel.

-Soy Archibald Pope -dijo el hombrecillo-. Usted debe de ser miss Kent, la dama que escribió acerca de la plaza de secretaria.

-Así es -admitió ella-. ¿Está en casa míster Fane?

El hombrecillo asintió.

-Si me hace el favor de pasar...

La acompañó hasta el umbral y ambos entraron en una amplia sala habitada como despacho. Las paredes estaban casi cubiertas por hileras de archivadores, y el centro de la habitación estaba presidido por una gran mesa en la que había una máquina de escribir eléctrica y una lámpara de tubo fluorescente.

El diminuto míster Pope se dirigió a la mesa y se sentó en el sillón que había detrás de ella.

-Vamos a ver -dijo-. ¿Puedo dar un vistazo a sus referencias, por favor?

Miss Kent titubeó.

-Pero yo creía que era míster Fane el que necesitaba una secretaria...

-Y así es. -El hombrecillo inclinó la cabeza-. Yo soy Dickie Fane.

-Pero...

Míster Pope suspiró.

-¿Ha sufrido una decepción al enterarse de que trabajo bajo seudónimo? -preguntó-. Teniendo en cuenta el carácter algo, ejem, violento de mis escritos, ello parece aconsejable.

Miss Kent se ruborizó ligeramente.

-No se trata de eso -confesó-. Espero que no interprete mal mis palabras, míster Pope, pero no parece un escritor.

Míster Pope emitió una sonrisa de satisfacción y se echó hacia atrás, pasándose las manos por sus blancos cabellos.

-¡Exactamente, mi querida señorita! -graznó-. No parezco un escritor, ¿verdad? Gracias a las fotografías de las cubiertas, todos sabemos cuál es el aspecto del escritor de hoy. Es una especie de joven prehistórico, con una barbilla sin afeitar que pincha tanto como sus cabellos cortados casi al rape. Viste camiseta blanca y posiblemente sostiene un perrito junto a su velludo pecho. ¿Éste es su escritor moderno, eh?

Miss Kent asintió.

-Si no recuerdo mal -murmuró-, hay una fotografía por el estilo en la cubierta posterior de todos los libros de Dickie Fane.

-Claro que sí -admitió míster Pope-. Se trata de un modelo profesional o, para ser más exactos, de un caballero griego al que mi agente descubrió lavando platos en un restaurante del Soho. Aunque es totalmente analfabeto, parece ser que tiene todo el aspecto de un escritor. Tuve que admitir este pequeño engaño en interés del aspecto comercial.

-Comprendo -dijo miss Kent.

-¿Acaso ha sufrido una decepción? -preguntó míster Pope en tono amable-. Ya me ha ocurrido este problema con otras secretarias. Acuden a mí con el anhelo de trabajar junto a un joven tosco y corpulento, un hombre impetuoso que responde a la visión de una rubia del mismo modo que los perros de Pavlov respondían a la campana que anunciaba su

comida. Si usted pensaba de este modo, tal vez ahora ya no le interese continuar esta entrevista.

Miss Kent denegó vigorosamente.

-Al contrario -aseguró-. Me siento muy aliviada. -Buscó en su monedero y sacó un fajo de cartas-. Mis referencias -dijo.

-Gracias. -Míster Pope depositó las cartas sobre su mesa, sin apenas dedicarles una ojeada-. Supongo que tendrá usted experiencia en mecanografía, archivo, dictado y todas las actividades que reseñaba mi anuncio en el *Times.* Pero todo esto es secundario. Lo que más me interesa saber es cuál ha sido su motivo para buscar esta plaza, si no tenía intención de colocarse junto a un hombre artista y viril.

-Porque yo soy una admiradora de Dickie Fane -replicó miss Kent con decisión-. He leído todos sus libros.

-¿De veras? -míster Pope dirigió una mirada a toda su biblioteca y sonrió-. ¿Conque los ha leído todos, eh? En este caso, tal vez tendrá la amabilidad de honrarme con su opinión. ¿Qué le pareció el primero?

-*Míster Clover empuña un revólver* -dijo miss Kent-. A mí me convenció.

Míster Pope sonrió.

-¿Y qué opina de *Míster Duval maneja un puñal?*

-Definitivo.

-¿Y de *Míster Allmahah esgrime una navaja?*

-Muy agudo.

-Después se publicó *Míster Arbuthnote blande un garrote.*

-Formidable.

-¿Y ha leído mi último libro, *Míster Sacha utiliza un hacha?*

-Ameno e intrigante. Penetra profundamente en los personajes. Los abre de par en par y permite que el lector pueda ver lo que hay dentro.

Míster Pope se arrellanó en su sillón y su rostro se iluminó.

-Me entusiasma observar que es usted un crítico tan perspicaz -le dijo-. Si lo desea, puede considerarse contratada a partir de este momento. ¿Qué le parece habitación y comida y veinte libras semanales?

-¡Pero esto es maravilloso, míster Pope! -Miss Kent titubeó por un momento-. Sin embargo, yo pensaba tomar una habitación en el pueblo...

-¡No diga tonterías, mi querida joven! Usted se quedará aquí, no faltaría más. Hay sitio de sobra y puedo asegurarle que soy un excelente cocinero. Supongo que un régimen a base de cordero frío no halaga mucho su paladar, y la fonda del pueblo apenas sirve otra cosa.

-Sí, pero...

Míster Pope bajó la vista y sonrió con timidez.

-Le aseguro que nada ha de temer por mi parte -dijo-. Y si lo que le preocupa son los vecinos, no hay uno en un kilómetro a la redonda. A juzgar por sus referencias, está usted sola en el mundo y por lo tanto no hay ninguna posibilidad de escándalo. Y como a menudo necesito trabajar por la noche, su presencia en la casa resultará conveniente. Miss Kent se atusó sus rubios rizos con nerviosismo.

-Está bien -contestó-. Acepto su oferta. ¿Cuándo empezamos?

-Inmediatamente -replicó míster Pope frotándose las manos-. Dentro de quince días tengo que entregar mi próxima novela al editor.

-¡Qué emocionante!

Míster Pope suspiró.

-No puedo estar de acuerdo con usted, puesto que todavía tengo que escribir la primera línea.

-¿Cuál es el problema? ¿No da con el argumento?

El hombrecillo movió la cabeza.

-Ya veo que no comprende -dijo-. El argumento carece de importancia. Usted ha leído mis obras y las tonterías que publican otros escritores. ¿En qué consiste el argumento? Dickie Fane es un detective privado que escribe en primera persona, aunque no tan en primera persona como otros que podría mencionarle. Descubre el cadáver de una mujer bellísima, y ya que no es un necrófilo sólo puede hacer una cosa, o sea resolver el crimen. En el transcurso del relato vence a varios malhechores y también es apaleado a su vez; se le acercan varias hembras voluptuosas *y* bien desarrolladas *y* también él se aproxima a ellas. Una especie de juego de estira y afloja, podríamos decir. Finalmente, descubre que la hembra más voluptuosa de todas es la asesina y acaba pegándole un tiro en el ombligo, o haciendo que ella muera en el consiguiente tumulto. El argumento se halla supeditado al problema real.

-Pero yo diría que el problema real consiste en descubrir al asesino.

-Para el lector, sí. Pero no para el autor. Al escribir la historia, su problema estriba en hallar el crimen.

-Nunca lo había enfocado desde este punto de vista -asintió miss Kent-. Pero creo que es lógico.

-Claro que lo es. De aquí saco todas las ideas para mi serie. Cierto día se me metió una frase en la cabeza, una frase corriente que suele pasar inadvertida. *Justicia poética.* Fue entonces cuando empecé a pensar en el crimen en verso. Mis títulos surgieron como resultado de una evolución natural. Pero en cada caso, lo más importante fue el crimen en sí.

-¿Tuvo que idear crímenes perfectos?

Míster Pope denegó con la cabeza.

-Crímenes imperfectos -dijo.

-No le entiendo.

-No tiene mérito idear un crimen perfecto -explicó-. Scotland Yard nos dice que en la vida real se comete un crimen cada doce minutos. Las estadísticas nos revelan que la mitad de estos crímenes quedan sin resolver. *Ergo,* se produce un asesinato insoluble cada veinticuatro minutos; sesenta crímenes perfectos cometidos cada día, o cerca de diecinueve mil al año.

-Es usted un experto -admitió miss Kent.

-Debo serlo. Al fin y al cabo, se trata de mi negocio. Y como experto, puedo asegurarle que el crimen perfecto es el menor de mis problemas. Lo que cuenta es inventar un crimen que *parezca* perfecto, pero que contenga un fallo o error básico en su elaboración, algo que Dickie Fane pueda descubrir y le conduzca a la solución del enigma.

-Estoy empezando a comprender lo que quiere usted decir -aseguró miss Kent-. Y esto es lo que está buscando ahora.

-Desesperadamente -admitió míster Pope.

-Mucho me temo que estas cuestiones se aparten de mis conocimientos -dijo la joven-, pero tal vez si habláramos de ello...

Míster Pope se levantó.

-Más tarde -dijo-. Me doy cuenta de que me he comportado como un anfitrión muy poco hospitalario. Permítame que tome la maleta que ha dejado en el vestíbulo y que le enseñe su habitación. Sin duda, deseará refrescarse un poco después de su viaje. El tren de Londres es abominable.

La condujo al piso superior y le mostró un apartamento muy confortable.

-El cuarto de baño se encuentra en el otro extremo del pasillo -le explicó-. Después de mi habitación *y* del cuarto de cachivaches. *Voy a* dejarla un rato mientras doy una vuelta por el jardín. Tal vez el crepúsculo me dé alguna inspiración.

Hizo una leve reverencia y se retiró.

Miss Kent no perdió el tiempo vaciando su maleta. Esperó a que míster Pope hubiese salido de la casa y entonces registró su habitación. Durante unos minutos estuvo muy ocupada en ella, interrumpiendo sólo sus esfuerzos para escuchar atentamente un posible ruido de pasos. Al no oír nada, redobló en sus actividades, transfiriendo después su atención al cuarto trastero.

Viose obligada a forzar la cerradura, pero lo hizo con eficiencia y sin esfuerzo. Una vez dentro, descubrió que su trabajo quedaba ampliamente recompensado. Hasta el punto de que miss Kent quedó absorta, olvidándose de escuchar hasta que fue demasiado tarde.

Y supo que ya era tarde cuando levantó la vista y descubrió que míster Pope se hallaba en el umbral.

-Bien, bien -dijo suavemente-. ¿Qué estamos haciendo aquí?

-Examinando lo que hay aquí -replicó, señalando un montón de objetos que había sacado de un baúl-. Una automática "Webley" calibre 38, la misma arma descrita en *Míster Clover empuña un revólver.* Una daga con empuñadura de madreperla con ciertas manchas sospechosas en la hoja, como la mencionada en *Míster duval maneja un puñal.* Y esta navaja no tendría todas estas manchas ni siquiera si la hubiese utilizado legítimamente un hemofílico crónico. Me recuerda el arma homicida de *Míster Allmahah esgrime una navaja.* Tampoco cabe duda acerca de la sangre que hay en el extremo de este palo; es exactamente el descrito en *Míster arbuthnote blande un garrote.* En cuanto al hacha, tal vez perteneció en otro tiempo a miss Lizzie Borden, pero me inclino a pensar que es el original de la que aparece en *Míster Sacha utiliza un hacha.*

Míster Pope frunció los labios, pensativo.

-Totalmente exacto -admitió-. Veo que no tenía sentido seguir tratando de ocultar mis métodos. Como todos los artistas literarios auténticos, confío plenamente en mi experiencia personal cuando se trata de mi trabajo. El ángulo autobiográfico, podríamos decir. Juzgo que es mejor sacar mi obra de la vida real.

-De la muerte real, dirá usted.

-Como quiera, querida señorita. -Míster Pope se encogió de hombros-. No discutiremos por cuestión de detalles.

-¿Detalles? Acaba de admitir virtualmente que ha cometido cinco asesinatos.

-En un período de cinco años -añadió míster Pope-. Permítame que le refresque la memoria en cuanto a las estadísticas. Mi contribución a las mismas es insignificante, tan sólo uno por diecinueve mil al año. En cambio, mi contribución al mundo literario es cuantiosa.

Dio un paso adelante y su voz cobró mayor fuerza.

-El instinto asesino es básico en todos nosotros -explicó-. Incluso una jovencita como

usted halla un extraño placer al investigar algún siniestro misterio, y lo mismo les ocurre a jóvenes imberbes, clérigos amables y solterones de edad más que madura. En el caso de usted, se trata de una sublimación inofensiva, pero el apremio existe, un instinto lo bastante fuerte como para obligarla a leer novelas de crímenes. Piense, sin embargo, que este instinto ha de ser aún mucho más fuerte en el hombre que las escribe.

-Esto no sirve de justificación -alegó miss Kent.

-Yo no necesito justificarme -replicó míster Pope-. Mi trabajo es lo bastante elocuente. Durante los últimos seis años he estado viajando por el país con diversos nombres y diferentes disfraces, y como resultado de mis actividades cinco mujeres han pasado a mejor vida. Pero piense por un momento en todas las vidas que yo habré salvado. Piense en las jóvenes como usted que hallan una salida inofensiva a sus tendencias homicidas gracias a mis libros. Piense en los muchachos que me han utilizado como escape para sus impulsos violentos, y en los maridos que se han abstenido de asesinar a sus esposas y se han dado por satisfechos con la lectura de mis obras. ¡Pero si he evitado centenares de tragedias! Este es el enfoque práctico de la cuestión. Y desde el punto de vista crítico, usted ha admitido que mi obra es... ¿cómo dijo usted? Definitiva, aguda y formidable, ¿no es así?

-Francamente repelente -exclamó miss Kent-, si desea que le diga la verdad.

-Vamos, vamos -dijo míster Pope-. ¡No se deje llevar por su carácter, pequeña! No discutamos. Me recuerda a alguien a quien conocí en cierta ocasión en Kent. Ella...

-¡La viuda! -interrumpióle miss Kent-. La que se mató cuando miraba a través de una de las armas de la colección de su marido. Usó usted casi la misma situación en su primer libro.

-Cierto.

-Y hubo también aquella chica de Rainham, *y* la mujer de Manchester, *y* la corista de Brighton...

-No diga más -murmuró míster Pope-. Ya me ha dicho bastante. Lo suficiente como para comprender que no entró en este cuarto por mera curiosidad ni por casualidad. Usted, mi querida señorita, no es más que una confidente de la bofia.

Miss Kent se irguió con orgullo.

-¡Nada de esto! -exclamó-. Estoy al servicio de Scotland Yard.

-¿Y esto significa que me hallo bajo sospecha desde hace bastante tiempo?

-Exactamente, míster Pope, o cualquiera que sea su nombre. La variedadd de nombres y disfraces que ha usado nos desorientó durante años. Pero después alguien notó que al cabo de un año de cometerse cada crimen, aparecía una nueva novela de misterio de Dickie Fane. La similaridad de las armas y el uso de los nombres puestos a cada una de las víctimas nos ofreció la pista. Nos costó dar con usted, pues sus editores sólo conocen a su agente, y éste parece ser muy escurridizo.

-No tengo agente -dijo míster Pope-. Es tan ficticio como el resto de mis disfraces. -Hizo una pausa-. ¿Qué piensa hacer?

Miss Kent se dirigió hacia la puerta.

-Pienso telefonear a Scotland Yard -murmuró.

-¿No puedo persuadirla para que cambie de intención? Al fin y al cabo, ha de pensar en los centenares de asesinatos que yo he evitado...

-Sólo pienso en los cinco que ha cometido -replicó ella-. Debo advertirle -dijo, al ver que míster Pope se acercaba a ella- que será mejor que no trate de obstaculizarme. Mis

superiores saben que estoy aquí.

-Pero nadie sabe que yo estoy aquí -le recordó él-. Buscarán a un tal míster Pope y no es necesario que le diga que yo me habré marchado mucho tiempo antes.

-No puede salirse con la suya. Usted publicó aquel anuncio buscando una secretaria... -Como cebo para que picase Scotland Yard, en el caso de que tuviesen sospechas. No significa nada. -Moviéndose con rapidez, se acercó a la puerta y la cerró de golpe-.

Vamos a ver -dijo.

-¡Gritaré!

-Pero no por mucho rato.

Míster Pope salió a su encuentro. Hubo unos momentos de lucha, pero el hombre demostró poseer una fuerza sorprendente. A los pocos minutos, miss Kent yacía en el suelo con las manos atadas a la espalda y sus gritos inútiles empezaban a ahogarse en su garganta.

-Empieza a hacer calor -observó míster Pope-. Creo que antes de continuar con mi trabajo *voy a* desembarazarme de esa cabellera.

Se quitó con cuidado la peluca blanca descubriendo una cabeza con los cabellos cortados casi al rape. También se libró de los lentes, de la prominente nariz, del plástico que modelaba su boca y de los dientes protuberantes. En un momento se desprendió de la chaqueta *y* de la pechera *y* respiró satisfecho al quedar ante ella en camiseta blanca. -Así se va mejor, ¿no cree? -preguntó, mientras hacía flexionar sus músculos. Miss Kent se estremeció.

-¡Pero si es igual que el hombre fotografiado en las cubiertas! -exclamó.

-Desde luego -rióse-. El lavador de platos del Soho es otro invento mío. Descubrí que me servía de excelente protección. Por esto, aunque la policía venga a buscar a Dickie Fane, nunca podrá encontrarlo. No saben cuál es su verdadero aspecto, ni lo que es. Nada saben de nosotros.

-¿De nosotros?

La sonrisa se convirtió en mueca lobuna.

-Sí. Le he revelado el secreto, pero usted no se ha dado cuenta. Nosotros somos los que escribimos las novelas de crímenes, los que ganamos fama y dinero porque nuestras historias resultan tan convincentes. Desde luego, todos escribimos con pleno conocimiento de causa. Y aunque parezca extraño, la mayoría nos parecemos. Tiene algo que ver con la antigua teoría de Lombroso acerca de los tipos criminales.

-¡Pero esto es imposible! He visto fotografías...

-Sí, claro que las ha visto. ¿Cree que soy yo el único que tiene la astucia de usar una caracterización? ¿O de cambiar de nombre? La mayoría de los demás también usan seudónimos. -Su voz se había convertido en un susurro-. Piense por un momento. ¿Quién es, en realidad, Ellery Queen? ¿O Carter Dickson, o H. H. Holmes, o...?

-¿No irá a decirme que todos ellos...?

-Se trata sólo de una teoría, querida. Hablo sólo por mí cuando le digo que el verdadero autor de las historias detectivescas oculta su identidad y los crímenes en los que basa sus narraciones de ficción. Ya le dije antes que mi problema primordial consistía en confeccionar un crimen perfecto. En lo fundamental, estoy tan entregado a mi labor que sólo pienso en perfeccionarla. Porque soy un autor de historias detectivescas, y ello significa que soy un maestro de asesinos.

Miss Kent rebulló y forcejeó con la cuerda que sujetaba sus muñecas.

-Esta vez no se saldrá con la suya -amenazó-. Darán con usted.

-¿Con quién? -exclamó míster Pope encogiéndose de hombros-. Mi último disfraz ha quedado descartado. Jamás me reconocerán de nuevo. Y si buscan a Dickie Fane, sus trazas desaparecerán en aquel restaurante del Soho. Además, bastante les costará averiguar que usted ha sido víctima de un crimen, pues todo señalará el suicidio.

-¿Suicidio? -exclamó miss Kent.

-Precisamente. Abajo habrá una nota explicatoria, y todo estará dispuesto. He perfeccionado mis planes durante el paseo que acabo de dar pro el jardín, sobre todo cuando me acordé de que tenía esto.

Se agachó y buscó un momento en un rincón de la habitación, hasta dar con un rollo de cuerda de cáñamo.

-Sujetaré un extremo alrededor de esta viga -dijo.

-¡Espere! -suplicó miss Kent.

Míster Pope asintió con expresión apenada, pero después hizo un gesto negativo.

-Me imagino cómo debe sentirse, mi querida señorita -dijo-. Pero es que el tiempo apremia. Ya le dije que mis editores deben tener el próximo original dentro de quince días. *Ars longa, vita brevis,* ya sabe usted...

Se inclinó, apretó el nudo y pasó el lazo alrededor de su cuello...

El original de *Míster* Pope *aprieta el gañote* llegó a la editorial precisamente el día en que vencía el plazo. Cuando se publicó, la crítica se mostró entusiasta y el público extasiado.

Si Scotland Yard no se adhirió al entusiasmo general, ello se debió tan sólo a que sus funcionarios estaban tratando inútilmente de solucionar un intrincado problema cuyos factores eran una cuerda, un suicidio aparente, una villa abandonada y un caballero parecido al Conejito Blanco y al que nadie podía localizar.

Los incondicionales de los misterios de Dickie Fane esperan entretanto el próximo volumen de la serie. Como de costumbre, nadie sabe de qué tratará la siguiente novela. Pero muy recientemente, en la distante región de Cornwall, un vivaracho y bigotudo caballero francés alquiló una habitación en la casa de una atractiva divorciada.

Una buena mañana tuvo ocasión de entrar en la tienda del farmacéutico cercano.

-Soy el señor Denneneau -anunció-. Me interesa comprar una pequeña dosis de ácido prúsico...

DESCANSO SABATINO

Nota publicada en el *Daily Bulletin* de la Universidad de Yardley, el 1° de abril de 1925:

"El profesor Herbert Claymore, jefe del Departamento de Física, ha anunciado hoy que se dispone a ausentarse para un breve descanso sabatino. Mientras dure su ausencia, las clases del profesor Claymore serán dadas por el doctor Potter"

Llevaba ya ocho martinis y medio en el pequeño bar situado al otro lado de la calle,

en los bajos del edificio "Television City". Ocho y medio era un horario subjetivo, desde luego, pero Don Freeman siempre se había regido por esta clase de tiempo. Pensándolo bien, ¿acaso muchos no hacen lo mismo?

O sea que pasaba ya de los ocho martinis...

Don no lo sabía, pero ardía en deseos de discutir esta cuestión con cualquier conocido.

Pero lo malo era que en aquellos momentos no había conocidos. Parecía como si Rosalie hubiese optado por no dejarse ver, y no había nadie más en aquel cuchitril iluminado con tubos de neón a quien valiese la pena dirigir la palabra. Don comprendió que dentro de poco iba a emborracharse a conciencia. No quedaba más remedio que volver a cambiar unas palabras con el barman.

Mala cosa. Pero volver a casa sería aún peor. Además, no se puede volver a casa. Thomas Wolfe lo había dicho y era una observación muy aguda, teniendo en cuenta que procedía de un individuo que ni siquiera estaba casado.

Don apuró su bebida y extendió la mano con el vaso vacío.

-¡Por el amor de Alá! -dijo.

El barman cumplió con su deber.

Alguien chocó contra el hombro de Don y apoyó un pie en el suyo, con fuerza.

-Permítame que le invite -murmuró Don, pero se trasladó al otro extremo de la barra.

Allí había más gente, uno no se oía beber. Y esto era una gran ventaja, ¿no creen? Tampoco uno podía oírse pensar. Y si uno apuraba su buena suerte (y su vaso), al cabo de un rato era ya como si no pensase... Poder pensar en Rosalie *y* en la casa *y* el empleo sin sentir ninguna pena ni remordimiento. O no pensar en ellos para nada...

Y se acercaba ya el momento, tal vez dentro de sólo uno o dos martinis más. Pronto podría olvidar que Rosalie no era más que una presuntuosa que se había dejado enjaular con él, esperando hallar un puesto en uno de los *shows* de la agencia. También olvidaría el regreso a su casa, el regreso junto a Beverly, Pat y Michael. En realidad, nada había de malo en ellos. Pero parecía como si casi todos los tipos de su edad estuvieran casados con una chica llamada Beverly (o Shirley, o Susan) y como si todos tuvieran un par de chicos llamados Pat o Michael.

En cuanto a olvidar el empleo, eso sí que era el premio gordo. Parecía extraño que en otro tiempo lo hubiese deseado tanto, persiguiendo la plaza de director ejecutivo de *Playlights.* Pero una vez convertido en jefazo, aparecieron nuevas pesadillas: la lucha contra el cliente, la lucha contra la tarea, la lucha contra los talentos y los necios que le enviaban, *y* la lucha contra los pelmazos que le mandaban una *y* otra vez los tres mismos guiones estúpidos.

Había el guión de la chica que convalecía de un trastorno nervioso y que se hacía un lío al creer que había cometido un asesinato, hasta que su médico descubría al verdadero asesino y entonces se casaban. Había el guión del piloto, o del corredor automovilista, o del pistolero que perdía su aplomo hasta que las cosas se ponían mal de veras, y entonces sabía salirse del atolladero. Y había el del joven que se veía obligado a elegir entre el grosero materialismo *y* la integridad personal, *y* adivinen ustedes el resultado...

Este último era el que Don odiaba más. Acaso se debiera a que él lo vivía. Y su rubia esposa no había pronunciado el conmovedor parlamento de renuncia manifestando que prefería la pobreza financiera a la pobreza espiritual, y él tampoco había protagonizado la escena dramática en la que el héroe deja plantado a su jefe y busca un trabajo más honesto y creativo.

Pero él era ya un hombre importante, un productor escénico, y ello le autorizaba a sentarse en un bar ruidoso durante su noche libre y pedir otro martini.

Tendió otra vez su vaso al barman.

-El número nueve -dijo.

Nuevamente alguien le empujó. Aquella noche había allí medio "Television City": músicos, agentes publicitarios e incluso una manada de actores maquillados para los ensayos nocturnos. Si quería, podía hallar a muchas personas con las que poder hablar, pero ¿de qué le serviría? La mayoría se encontraban allí por las mismas razones que él; todos pasaban sus propios apuros. Un día tenía que escribir algo acerca de la industria de la televisión *y* su eventual colapso debido a cuestiones internas. *La caída de la* Casa *de la Ulcera.*

Pero no sería esta noche. No entonces. Porque allí estaba su vaso lleno, y quizá sería mejor buscarse un reservado en la parte posterior donde poder cuidar de su bebida sin derramar el tonificante líquido sobre una corbata de seda de veinte dólares.

Don divisó un lugar vacío, flotó hacia él y entró en el departamento. Se había sentado ya cuando se dio cuenta de que el lugar no estaba vacío. Sentado ante él, había un hombre de mediana edad que saboreaba una cerveza.

-Lo siento -dijo Don-. No me di cuenta...

-No importa -le interrumpió el hombre de mediana edad-. No me molesta estar acompañado.

Don le miró, tratando de catalogarlo de un vistazo.

El hombre frisaba ya en los sesenta y recordaba a uno de esos tipos característicos de Nueva Inglaterra. Aunque no estaba maquillado, no cabía duda de que era un actor escapado de un ensayo, puesto que iba disfrazado. Llevaba una chaqueta negra cruzada, con amplias solapas, un cuello de celuloide fijado a su camisa blanca y una corbata de lazo que hacía juego con la cinta negra de sus lentes de concha.

-El viejo profesor, ¿eh? -murmuró Don.

El hombre enarcó las cejas.

-¡Pero esto es extraordinario! -exclamó-. ¿Cómo ha podido reconocerme?

-Muy sencillo. -Don señaló su vaso-. *In vino veritas.* Ya sabe usted que ése es el lema de la MGM -añadió inclinándose hacia su interlocutor.

El hombre parecía perplejo.

-No me haga caso -le dijo Don-. Acaba de visitarme mi meteorologista y me ha dicho que me amenaza un temporal.

-Pero usted me ha reconocido...

-Claro. ¿Cómo podría olvidar al viejo..., al viejo...?

-Herbert Claymore.

-¡Eso es! ¡Herb Claymore, el mismo que viste y calza! ¡El último de los alegres vividores! ¿Qué está usted haciendo aquí? ¿El papel del científico desequilibrado? El hombre levantó su vaso de cerveza.

-Por favor, no hable tan alto. -Bebió lentamente y después levantó la vista-. Pero, ¿cómo ha podido saberlo? Usted tenía que ser un chicuelo cuando me vio. ¿Puedo preguntarle cuántos años tiene?

-Treinta y cuatro -contestó Don.

-Eso es imposible. Ni siquiera había usted nacido.

-Claro que he nacido -exclamó Don-. Puedo enseñarle mi ombligo para demostrárselo. -Está usted bebido.

-¿Acaso no lo están todos los demás? ¿Para qué ha venido usted aquí?

-Sólo para estudiar.

-Sigue usted con su oficio, ¿eh? Pues bien, no quiero molestarle. De todos modos estaba a punto de marcharme.

-No, quédese, por favor. Esperaba encontrar a alguien con quién charlar. Y usted me está intrigando. No pensé que nadie pudiera reconocerme.

-¿No reconocer a Herb Claymore, el hombre que trastornó al mundo científico con sus descubrimientos? Se burlaron de usted, se rieron y le ridiculizaron de pies a cabeza. ¡Pero usted no se desalentó! ¡Qué va! Siguió su camino, empujando los límites de sus descubrimientos más allá de la etapa H, hasta la etapa 1, incluso hasta la etapa J...

-¿Quiere decirme quién es usted, caballero?

-Me llamo Don Freeman. Don Freeman, a su servicio, como suelo decirles a las chicas que me son presentadas.

-No me resulta familiar. Sin embargo, parece como si usted estuviera enterado. -Lo estoy. *¡Vaya* si lo estoy!

-¿Tal vez a causa de mis ropas?

Don asintió con un gesto.

-Ese cuello Hoover es capaz de delatar a cualquiera.

-¿Cuello Hoover? -El hombre hizo una pausa-. ¡Ah, sí, Herbert Hoover! El hombre que organizó la ayuda a Bélgica durante la guerra.

-El presidente Hoover -corrigióle Don.

-¿Es presidente?

-Ya no. Pero en 1929...

-Lo siento. Fue después de mis tiempos.

-¿Después?

-Cuatro años después. Me marché en 1925.

-¿De veras? ¿Y qué otras novedades ha descubierto?

-¡Pues todo! Acabo de llegar y debo confesar que los cambios no son más sorprendentes de lo que yo creía. Estos terrenos en los que se levantaba la Universidad están ocupados ahora por estas instalaciones de la televisión, y además...

-¡Vamos, Claymore! Se pasa usted de rosca.

-¿Cómo dice?

-El chiste no tiene gracia. No nos divertimos.

-Le aseguro que estoy hablando en serio.

Don trató de enfocar su mirada hacia el anciano.

-¿No es una broma? ¿No será usted un fugitivo?

-No soy un fugitivo, ni mucho menos, caballero. Soy un visitante.

-¿No irá a decirme que usted, Herbert Claymore, ha venido aquí en una máquina del tiempo y procedente del año 1925?

-Hasta cierto punto, así es.

Don suspiró resignado.

-Entonces es que yo, Don Freeman, necesito otro trago. Hasta cierto punto. ¡Caray, si lo necesito!

Hizo señas al barman.

-¿Lo mismo? -preguntó éste.

-No, prepáreme un "Miltown especial". -Miró a su compañero-. ¿Pido lo mismo para usted?

-¿Qué es un "Miltown especial"?

-Es como un martini corriente, pero meten un tranquilizante en la aceituna. -No sé si...

-¡Vamos! Apuesto a que no se lo servirían allí de donde viene usted. ¡Hombre, pero si aún tenían la Ley Seca! ¿No es así?

-Sí, desde luego -Claymore miró al barman-. Sírvame lo mismo.

-No hagamos bromas -murmuró Don-. ¿De 1925, eh? Como si tal cosa.

-Nada de "como si tal cosa". Me pasé dieciocho años perfeccionando el *modus operandi.* Steinmetz *y* Edison tuvieron la amabilidad de escucharme, pero nadie más demostró interés por mi trabajo.

-¿Ni siquiera Einstein?

-¿Se refiere a Einstein, el matemático alemán? Nunca conocí a ese caballero. Yo no llegué a viajar por el extranjero.

El barman les sirvió las bebidas pedidas y Don firmó la nota.

-Se empeña usted en seguir con su broma, ¿en? -preguntó Don-. Viajando por el tiempo. *¡Vaya* disparate! ¿Y por qué se le ha ocurrido venir aquí?

-Creí que la universidad seguiría existiendo -explicó Claymore-. Ahora me acabo de enterar de que desapareció durante la... Depresión, según creo que la llamaban ustedes. -Sí, la Depresión. Yo soy una autoridad en depresiones, sobre todo en lo que se refiere a las mías -dijo Don-, depresiones, baches, tumbas. Un tema muy profundo. -Sin embargo, parece como si esta época fuese maravillosa.

-¿Usted lo cree? Mire, vamos a jugar limpio. Usted se queda aquí. Yo me marcho al 1925, y allí me quedo mientras viva.

-No sería justo -le dijo Claymore-. Era una época de barbarie.

-Ya veo que no ha leído usted los periódicos -replicó Don-. Tal vez no se acerquen los repartidores a su manicomio.

-Caballero, debo pedirle que...

-Está bien, no he querido ofenderle. Pero todo el que se sienta dichoso con las cosas que hoy ocurren, ha de estar chiflado. Fíjese tan sólo en la situación: guerra fría, escándalos sindicales, paro, conformismo, carrera espacial, bombas con todas las iniciales del alfabeto, por qué Juanito no sabe leer, seguridad, censura, conflictos raciales. ¡Una calamidad!

-Aún no veo que sea peor que lo que dejé detrás de mí -dijo Claymore-. En 1925 teníamos la amenaza bolchevique, el escándalo del Teapot Dome y el contrabando de bebidas. Y si hablamos de censura, ¿qué me dice usted de la Prohibición? ¿Y aquella ley de Tennessee que prohibía la enseñanza de la evolución en las escuelas? ¿Conflictos raciales? ¿No ha oído hablar de los linchamientos? Y en cuanto a los asesinatos, nuestros periódicos sólo hablan de Al Capone.

-Está bien, está bien -dijo Don-. Vamos a cambiar de tema y buscar otro. ¿Aún no se ha fijado usted en el *rock'n'roll,* en Presley, en los automóviles con aletas detrás, en los anuncios estúpidos, en las películas para imbéciles? *¿Estropeará el éxito al monstruo de Frankenstein?* Contésteme a esto.

Claymore tomó un sorbo de su bebida.

-He oído su *rock'n'roll* como usted le llama, *y* también a míster Presley. Pero, ¿ha oído alguna vez nuestras canciones de moda o el ¿Sí, *no tenemos bananas?* ¿Ha tratado usted alguna vez de conducir un "Ford" modelo T a través de una carretera accidentada en día de tormenta? ¿Han formulado alguna vez sus agentes publicitarios la inmortal pregunta *¿Por qué lleva braguero? Y* en cuanto al cine, puedo ofrecerle las producciones épicas

protagonizadas por Mae Murray o Gilda Gray, y los dramones impresionantes de Cecil B. de Mille. -Sonrió-. Por lo menos, ustedes se benefician de la tecnología moderna.

-Claro. Aire acondicionado, televisión, supermercados, lavadoras automáticas. También disponemos de *missiles* teleguiados *y* del arma más mortal de todas, el impuesto sobre la renta.

-Que también teníamos nosotros.

Don bebió, esquivando su aceituna.

-Entonces estamos empatados. Pero hablemos de las cosas verdaderamente importantes. Por ejemplo, de las viviendas apretujadas que están dando al traste con nuestras zonas metropolitanas, de las chaquetas de franela gris que vestimos, y de las mujeres que amamos... esas bellezas de busto rotundo, cabellos rubios teñidos y cabeza de pájaros.

-Muy bien -sonrió Claymore-. Me gustaría comparar las viviendas actuales con las casas del 1925. ¿Sabía que sólo la mitad de las viviendas tenían bañera, y que menos de la mitad tenían instalaciones empotradas? Y vale más que no hablemos de aquellos muebles tan espantosamente incómodos. En cuanto a la ropa, tampoco es preciso que hable de ella. Fíjese en lo que yo llevo, comparado con su traje.

-Estos detalles pequeños carecen de importancia -dijo Don-. Volvamos a lo fundamental, o sea a la cuestión del sexo.

-Está bien. Usted ha trazado un cuadro bastante decepcionante del ideal femenino. En su lugar, yo le ofrezco el tipo de nuestros tiempos: delgada, sin busto, neurótica, aficionada a la ginebra, afectada...

-De acuerdo, me hago cargo -interrrumpióle Don-. Pero ya que seguimos el juego, ¿por qué limitarnos a mi tiempo actual *y* al suyo pretérito? Si el pasado *y* el presente son tan intolerables, ¿por qué no nos metemos en su vehículo y emprendemos un viaje de placer al futuro?

-Yo lo he hecho -dijo Claymore.

-¿Cómo?

-Digo que lo he hecho -Claymore apuró su vaso-. Podríamos decir que esta es mi segunda etapa. La primera fue en un tiempo situado a más o menos treinta y cinco años de hoy.

-¿Por qué no se quedó allí? ¿No irá a decirme que todo andaba tan mal?

-Juzgue usted mismo. No existe ya ninguna clase de amenaza comunista. -¡Magnífico!

-Es a los conservadores a quienes se teme. Los partidarios del inmovilismo en el gobierno, negocios y relaciones internacionales. Todo requiere ser hecho. Debe ser hecho. Resultado: supresión de la libertad de expresión, censura general y caza de espías. Después, hay que tener en cuenta el escándalo del plutonio, el problema de la delincuencia infantil y el contrabando de drogas. No es necesario que me extienda acerca de sus canciones populares o de lo que ha ocurrido con sus medios de esparcimiento. La televisión dimensional llega a resultar abrumadora y, como es lógico, la publicidad no se queda atrás. En cuanto a comodidades, no puede usted imaginar lo que llega a representar el rigor y el malestar de un viaje en cohete a la Luna.

-¿Y las mujeres? -preguntó Don, esperanzado.

Claymore dibujó una elipse con las manos.

-Soberbias. Su peso normal ronda los cien kilos. Se les llama "muñecas tamaño superior". Bastante agresivas, desde luego, pero esto es lo natural en un matriarcado. Como

tal vez ya haya detectado, gracias a las tendencias actuales, controlan virtualmente todas las sociedades *y* empresas comerciales, aparte del Gobierno *y* de los medios de comunicación.

-Entonces, ¿cuál es la solución? -protestó Don-. ¿Acaso no se puede ganar en ese juego? ¿No puedo escapar, *vaya* adonde *vaya?*

-No puede huir de sí mismo -afirmó Claymore-. Esta es la única solución que he descubierto. Su modo de vivir, en cualquier época, es cosa suya. Todo depende de su adaptación a su ambiente.

-¡Pero esto es una desdicha! -exclamó Don-. Supongo que pretende regresar a 1925 y volver a empezar donde acabó, ¿no es verdad?

-¿Por qué no? He descubierto lo que deseaba averiguar. Y si usted tiene problemas, le aconsejo que haga lo mismo. Aceptar la realidad.

-Esto es mucho... -Don titubeó y de pronto descargó un puñetazo sobre la mesa-. ¡No, no lo es! ¡A fe mía que tiene usted razón! La solución consiste en aceptar la realidad. Vamos a ver. Usted me asegura que ha llegado aquí en una máquina del tiempo. ¿Se da cuenta de lo que esto significa? ¡Pero si es un asunto que nos puede convertir en millonarios!

Don se inclinó hacia adelante.

-Mire, usted y yo podemos unirnos; una sociedad a partes iguales. Yo me cuidaré de todo, haré todo el trabajo ingrato. En dos semanas, en todo el mundo no se hablará de otra cosa. Puedo ofrecerle la campaña publicitaria más gigantesca que llegue a concebir: páginas en todos los periódicos y revistas del país, apariciones en la Radio o la Televisión a las horas que le dé la gana. En cuanto al *slogan* publicitario, éste es tan magnífico que no vale la pena comentarlo. ¡El hombre del pasado estará hoy aquí, en persona! ¡Acaparará todos los espacios más importantes! ¿Y lo que pueda ganar como presentador de cualquier producto? Mostrándose junto a una nevera del año 1925 y estableciendo comparaciones con un frigorífico moderno, rompiendo unos cuantos discos de Caruso después de haber escuchado el último álbum de Fats Domino... ¿Capta la intención? Va usted a ser grande, más famoso que Godfrey incluso cuando éste se hallaba en el ápice de su celebridad, más célebre que...

-Lo siento -interrumpió Claymore levantándose-. Estoy decidido. Me vuelvo al tiempo al que pertenezco.

-¡Espere un momento! ¡Estas oportunidades sólo se presentan una vez en toda una vida! Y no hay época mejor que la actual...

-Para usted, tal vez sí. Para mí, no hay época como la pasada.

-¡Pero si usted mismo me ha dicho que apestaba!

-Sabré ajustarme a ella. Y esto es lo que le digo a usted: ajústese a su tiempo, a sus circunstancias.

Don movió la cabeza mientras contemplaba su vaso vacío. Cuando volvió a alzar la mirada, Claymore se había marchado.

Ello suponiendo que alguna vez hubiese estado allí.

¡Demonios, tal vez todo se debía a la bebida!

Claro que se debía a la bebida. Los viajes a través del tiempo eran un absurdo. Y lo mismo ocurría con aquella filosofía. *Sacar el mejor partido de las circunstancias.* En otras palabras, su subconsciente le estaba aconsejando que dejase a Rosalie, olvidase aquella vida desastrada *y* volviera a casa junto a su mujercita *y* sus pequeños. Un final de folletín bastante ñoño. Pues bien, no compraría aquel guión.

¡Pero si no tenía que comprarlo! *Podía venderlo.*

¡Claro! ¡Ésa era la solución! Bendito subconsciente, siempre trabajando sin cesar, aún viviendo y respirando a través de un tubo en el fondo de los diez martinis. Le acababa de dar un argumento estupendo. Se podía conseguir un guión de primera.

Primero, saldría aquel abuelo del pasado. Inventa aquella máquina del tiempo y viene a nuestra época. Al principio se siente bien en ella y se convierte en un personaje célebre, pero al cabo de un tiempo nota que ya no puede resistir todas esas falsas rutinas. Finalmente, se disponen a hacerle actuar en la televisión para dirigir un gran discurso a la nación -un poco al estilo de Will Rogers- y una pandilla de políticos le soborna para que recomiende a su pelmazo de candidato. Pero él se sobrepone y los deja con un palmo de narices cuando denuncia públicamente la engañifa. Después dice al pueblo que retorne a su robusto individualismo, a las virtudes hogareñas y todas esas mojigangas.

Un exitazo, lo que se llama un exitazo.

Don buscó la agenda en sus bolsillos. Era mejor escribirlo todo antes de que se le olvidase. Mañana podría darlo a un par de muchachos de su oficina y todo lo que éstos tendrían que hacer sería pasarlo a máquina. Tal vez tendría que ofrecerles una tercera parte de la operación, pero él se anotaría la fama como escritor.

Ninguna época como la actual. Un gran título. Una gran idea. Y también un gran pensamiento.

Hay que sacar el mejor partido de lo que nos rodea.

Don empezó a tomar notas. Sabía dónde estaba *y* lo que hacía, *y* en aquel momento no se habría cambiado por ninguna otra persona del mundo. En ninguna parte, en ninguna época.

Nota del *Daily Bulletin* de la Universidad de Yardley, 5 de abril de 1925:

"El profesor** Herbert **Claymore, jefe del departamento de Física, se** ha **reintegrado** hoy **a su cátedra después de un breve descanso sabatino."

TRAICIÓN

Uno de estos días verán mi nombre en los periódicos. Lo que me molesta es que lo más probable es que ni siquiera lo reconocerán.

De todos modos, tampoco es fácil que sepan recitar una lista de los vicepresidentes ejecutivos de la NBC, la CBS, la ABC o la Mutua.

Lo importante es que en estos lugares, cuando la gente oye el nombre de Willis T. Millaney pega un brinco. Siempre he pensado mucho en esta red de emisoras y esto es lo que cuenta.

Por lo menos contaba en lo que se refiere a la mayor parte del personal empleado en la industria de la televisión. El único a quien parecía importarle un pepino era Buzzie Waters.

Sí, Buzzie Waters. Su nombre, sí lo saben. Por la razón de que durante los últimos tres años he trabajado de día y de noche tras los bastidores haciéndolo célebre. Y también

convirtiendo su peso en oro. De no ser por mí, ese cerdo cebado no valdría nada. ¡El y su número de "Bzzzzz--Buzzie" y sus necios chistes pueblerinos!

Permítanme que les diga una cosa; en el mercado los cómicos como Buzzie se cotizan exactamente a un octavo del uno por ciento, o sea poco menos de un céntimo por docena. Jamás habría salido de los Circuitos Borscht de no haber sido por mí, y todo el mundo lo sabe.

Todo el mundo excepto Buzzie, según parece. El conflicto empezó cuando él lo olvidó.

Una tarde calurosa, estaba sentado en mi despacho cuando sonó el teléfono. Era Sid Richter, que me llamaba desde el teatro donde se ensayaba *Buzzin' Around* para el primer *show* de otoño. Sid es de esos productores a quienes gusta prever todos los detalles, de modo que cuando mi secretaria pronunció su nombre comprendí que algo no funcionaba como era debido.

-Está bien -dije-. Cuéntame qué ha ocurrido.

-¿De verdad quieres que te lo cuente? -preguntó Sid-. Va a dolerte.

-Pues no me lo cuentes, déjame que lo adivine -contesté-. A Buzzie no le ha gustado el guión.

-No.

-¿No le gusta el formato a base de estrella invitada?

-Prueba otra vez.

-Se ha presentado borracho.

-Peor que esto.

-¿Mucho peor?

Pude oír cómo Sid respiraba profundamente en el otro extremo del cable. -Lo que ocurre es que no se ha presentado de ninguna forma.

-Oye, espera un momento...

-He estado esperando durante más de una hora. Y ahora me encuentro con catorce extras, más todo el personal auxiliar, todos ellos sindicados, y una orquesta de veinte profesores.

-¿Cuál es el motivo? ¿Has tratado de localizarlo?

-No hay motivo, y no me molestaría en llamarte si no lo hubiese intentado todo. Él lo sabía, desde luego, y esta noche ha estado por aquí. Alguien le vio en "Lindy's". -¿Borracho o sobrio?

-Mitad y mitad. Arrojó un pedazo de tarta de queso al camarero.

-¡El bueno de Buzzie! ¡Siempre será el mismo!

-Bueno, pues hoy no es el mismo. Hemos tratado de localizarle en todos los lugares de la ciudad. Esta mañana salió de su hotel y nadie más le ha visto desde entonces. Su agente no sabe nada, sus guionistas no saben nada...

Tuve una corazonada.

-¿Has llamado a su psiquiatra?

Sid soltó una carcajada fatigosa.

-¿A cuál de ellos? Ya sabes cómo ha estado últimamente. Cambia de psiquiatras con más rapidez que de guionistas.

-¿Y aquella amiguita suya, Melody Morgan?

-Acabo de hablar con ella. Me ha dicho que hace una semana que no le ve el pelo. Reflexioné durante unos instantes.

-Está bien. Por lo menos, estaréis ensayando el resto del número, ¿verdad? Como si

él estuviera presente...

-¿Qué otra cosa podemos hacer? Ni siquiera he podido echar mano de su sosias, aquel doble que él contrató y cuyo nombre no recuerdo.

-Joe Traskin -le dije-. No importa, porque Buzzie me dijo la semana pasada que se disponía a despedirle.

-¡Magnífico! Ni siquiera podemos tomar los enfoques. Y se supone que mañana también tenemos ensayo general.

-No lo suspendas -le dije-. Yo te encontraré a Buzzie aunque tenga que revolver toda la ciudad.

-No te lo recomiendo -murmuró Sid-. Podrían salir de ella algunos bichos muy raros. - Hizo una pausa-. Hablando en serio, ¿crees poder localizarlo?

-No me queda más remedio -contesté con toda sinceridad-. No te preocupes. Ese trabajo corre a mi cargo.

Colgué el auricular y sacudí la cabeza. Era mi trabajo, cierto. Preocuparme de Buzzie Waters. Me había torturado todo el verano, haciéndose el remolón para firmar los programas de otoño *y* esquivando las citas con el patrocinador, la agencia *y* los representantes de la televisión. Y nada se pudo hacer por evitarlo. Buzzie se había convertido en celebridad durante la última temporada, a pesar de que a los críticos no les gustasen sus bufonadas. De modo que de nada servía tratar de asustarle; sabía que era solicitado y que podía colgar el micrófono en el programa que más le gustase.

Aparte de esto, un escritorzuelo de vía estrecha se pegó a él y empezó a trabajar en una de esas estúpidas biografías. Ya conocen ustedes el paño; la historia acerca del pobre niño abandonado que sabe compensar las desdichas de su infancia hasta convertirse en un cómico vocinglero, sólo a causa de su inseguridad.

No sé el motivo, pero esto de la inseguridad es el gran recurso. He trabajado durante veinte años con gente del espectáculo y puedo asegurarles que este detalle es un buen truco.

Tomemos a Benny, por ejemplo; él creía que no podía trabajar ante un auditorio sin un violín en la mano. Dejó el *vaudeville,* empezó a trabajar en la radio *y* sus beneficios se multiplicaron. Yo también sabría arreglármelas con esa clase de inseguridad. Ed Wynn se hizo popular gracias a sus ridículos sombreritos, pero supo encontrar su camino actuando en *Playhouse 90 y* también en las películas. Y podría citar a una docena más.

No, esa historia del pobre payaso es algo que no me entra. Son muchas las personas inseguras, dentro y fuera del mundo del espectáculo. Pero no van de un lado a otro exhibiendo sus fortunas, aplicando iniciales de oro a sus ligas y pegando puñetazos a los periodistas del *Toots* Shor's.

Desengañémonos, Buzzie era una calamidad.

Pero ¿dónde estaba?

Marqué un par de números en mi teléfono privado. Un corredor de apuestas conocido mío, un individuo que dirigía un casino flotante, *y* una madura *y* maternal viuda capaz de suministrar en el acto todo cuanto uno pudiese necesitar, incluso menores.

Por último, como postrer recurso, llamé a casa de Buzzie; no su hotel en la ciudad, sino la gran mansión de la isla. Nunca iba allí en días laborables, pero se me acababan los números y tenía que llamar a cualquier parte.

Sin embargo, alguien descolgó el auricular.

-Bosque de Sherwood -dijo una voz-. Robin Hood al habla.

-¡Buzzie! Soy Millaney. ¿Qué demonios te pasa? ¿No sabes que tienes ensayo? -Esto no me divierte. El rey ha declarado día de fiesta y la gente baila por las calles. Estaba borracho como una cuba.

-¿Vienes o tengo que llegarme hasta tu casa para arrastrarte hasta el teatro?

-¡Lo siento, pero ésta no es la respuesta correcta! De todos modos, muchas gracias por habernos honrado con su presencia y, como premio de consolación, la casa que patrocina este programa desea obsequiarle con una caja de supositorios, que usted puede... -No te muevas de donde estás -le atajé-. *Voy* en seguida.

Salí sin molestarme en telefonear a Sid o avisar a mi secretaria. Me precipité hacia mi salida particular y subí al coche que tenía aparcado en la calle.

No fue un viaje agradable, sino una lucha contra el tráfico, contra el calor y contra el enojo que seguía erizándome los cabellos.

Bien mirado, tal vez la cosa no fuese tan grave. No era la primera vez que un artista cómico se emborrachaba *y* perdía un ensayo; se cargaba la cosa a la cuenta del cliente *y* todo quedaba olvidado. Pero aquella semana Buzzie no era mi único problema. Ya había tenido una ligera fricción con uno de esos pequeños monstruos de nuestro programa "Lo toma o lo deja", un arrapiezo de ocho años que sabía todos los tanteo conseguidos por cada jugador de la Liga nacional desde 1908. Quería salirse del torneo para pasar a los campeonatos mundiales. También había tenido una áspera discusión con nuestro nuevo protagonista de películas del Oeste, que había tratado de cortarse las venas a causa de un desdichado asunto amoroso. Yo le había dicho que, ante todo, no debía enredarse nunca con un chico del coro. También había...

Pero, ¿por qué continuar? Al fin *y* al cabo, éste es mi oficio; apaciguador, niñera *y* vigilante todo a la vez. Cada semana me pregunto una docena de veces si vale la pena continuar, y la respuesta siempre llega en forma de atractivas sumas en metálico. La única diferencia estriba en que aquella semana me había hecho la pregunta de marras doce veces al día.

Supongo que se trataba de aquella historia tan antigua. Buzzie Waters solía contarla y yo siempre la había considerado divertida. Se trata del hombre que tiene su coche con avería *y* quiere pedirle prestado el caballo *y* el carro a un vecino muy avaro. Al dirigirse a casa del vecino va pensando lo muy roñoso que es aquel individuo, e imaginando cómo se negará a prestarle cualquier cosa. Finalmente, se deja autosugestionar y cuando el vecino abre la puerta, nuestro hombre se limita a mirarle y a gritar:

-¡Está bien, métase el caballo y el carro donde más le molesten!

Éste era mi estado de ánimo cuando llegué a casa de Buzzie Waters, y la cosa nada tenía de graciosa. Me había hecho a la idea de que sería mejor no armar ningún jaleo, porque mis nervios no lo hubieran soportado.

No vi el automóvil de Buzzie ante la casa y esto era un mal síntoma. Tal vez había tomado las de Villadiego antes de que yo llegara. Cuando toqué el timbre y nadie contestó, estuve seguro de ello. Entonces la ira se apoderó de mí y quise utilizar el gran picaporte de bronce, lo cual fue un error por mi parte. El objeto estaba al rojo debido al calor del sol y me abrasé los dedos.

Fue entonces cuando empecé a lanzar juramentos y asestar patadas contra la puerta. Después me quedé plantado como un estúpido, al ver que la puerta se abría de par en par.

Entré *y* pude notar que dentro de la casa se estaba más fresco. Pero yo no me enfrié *y* el aire acondicionado no sirvió de nada. Si me estremecí un poco, fue a causa de la rabia que me invadía.

-¡Está bien, Buzzie! -grité-. ¡Puedes salir! ¡Sé que estás aquí!

Estas palabras me hicieron sentir como si fuera un niño de diez años y, dándome cuenta de que tampoco lograban tranquilizarme, atravesé corriendo el vestíbulo y entré en la biblioteca. Mejor dicho, en lo que había sido biblioteca hasta que Buzzie compró la casa y la convirtió en un bar.

Era un bar, desde luego, pues había botellas *y* vasos en todas partes *y* al entrar pisé un charco de licor que se había formado en el suelo. Al parecer, Buzzie se había estado divirtiendo.

Pero ya no se divertía entonces. Estaba echado en el sofá y ni siquiera podía moverse. Vestía un sucio conjunto deportivo, llevaba un par de días sin afeitarse y cuando empecé a sacudirlo me dedicó una vaharada alcohólica.

-¿Qué? -murmuró-. ¿Quién es usted? ¿Millaney, eh? ¡Largo de aquí!

Tiré de él y le obligué a sentarse.

-Cierra la boca -le dije-. Vas a venirte conmigo.

-No. ¿Por qué tengo que venir contigo?

-Para asistir al ensayo.

-Nada de ensayos. No quiero ensayar.

-¡Maldición, ya estoy harto de ti! Vas a tomar una ducha *y a* serenarte, *y* dentro de veinte minutos te quiero ver vestido y a punto de marcha. ¿Me has oído?

-¡Déjame en paz! Tú no me mandas.

Lo abofeteé.

-¡Oye, tú...! -rugió.

Y de pronto lo vi de pie, tambaleándose hacia delante. Su mano barrió la mesa, arrojando un vaso al suelo, y sus dedos se cerraron alrededor del cuello de una botella. La agarró y quiso golpearme con ella.

Sólo podía hacerse una cosa, y no vacilé. Descargué mi puño contra su mandíbula. Buzzie cayó de espaldas arrastrando la mesa. Los vasos volaron por el aire y se estrellaron contra el blanco mármol, más allá de la alfombra, pero ya sólo oí el siniestro impacto de su cabeza al entrar en contacto con el suelo.

Todo el mundo sabe que no se puede causar grave daño a un borracho; también yo lo recordé cuando me incliné para sacudirlo. Pero entonces ya no estuve tan seguro. Sus miembros estaban flácidos y era como si sacudiera a un cadáver. Tenía los ojos abiertos *y* las pupilas vueltas hacia atrás, *y* su aspecto no me gustó nada.

Busqué su muñeca. Su piel estaba más blanca que el mármol y mármol podía ser a juzgar por el pulso que latía en las venas.

Había un profundo silencio en la habitación. Pude oír mi propia respiración, pero no la suya...

Y entonces comprendí...

Mayor era el silencio tres horas más tarde, cuando llegó mi visitante. La luz del sol empezaba a amortiguarse pero a pesar de ello pude ver claramente su rostro. Se parecía más a Buzzie Waters que el propio Buzzie.

-Joe Traskin -dije, levantándome-, supongo que te acordarás de mí. Soy Willis Millaney. Me dedicó una mueca burlona.

-El jefe de Buzzie -dijo.

-Lo era. Por lo menos, hasta esta tarde.

-¿Qué ha sucedido...?

No le dejé terminar la frase; lo tomé por el brazo y lo acompañé hasta detrás del sofá. Quedóse contemplando a Buzzie Waters.

-Un accidente -dije.

Después le conté lo que había ocurrido. No necesité mucho tiempo, pues sabía exactamente lo que debía decir. Lo sabía todo a la perfección, excepto lo que más me interesaba averiguar. Cómo lo tomaría él.

-Claro, claro, ya comprendo -dijo Joe Traskin-. Pero, ¿por qué contarme todo esto a mí? ¿No sería mejor que avisara a la policía?

Le miré con fijeza y denegué lentamente con la cabeza.

-No lo creo, Joe.

-Pero...

-Hubiese podido llamar a la policía hace tres horas, cuando ocurrió todo esto. Pero ¿y después qué? Habría contado mi historia y ellos me habrían encerrado. Oh, ya sé que con un poco de suerte habría escapado con un cargo de homicidio involuntario. Digamos un par de años y libertad por buena conducta. Al salir de la cárcel, podría encontrar otro empleo. No precisamente lo que hago ahora, pero sí algo similar; por ejemplo, encargado de los retretes en algún hotel de los suburbios.

-Lo siento, pero no veo qué tengo que ver yo con sus apuros.

-Oye, Joe -le puse la mano en el hombro-. ¿Todavía no ves la cuestión, verdad? No estoy hablando de mis apuros. Desde luego, confieso que fue lo primero que se me ocurrió cuando descubrí lo que había sucedido. Pero esto no tiene importancia. Pensar en lo que había ocurrido no me servía de nada. Apenas me di cuenta de que Buzzie Waters había muerto, dejé de lamentarme y volví a pensar como un vicepresidente ejecutivo. ¿Sabes cómo piensa un vicepresidente ejecutivo, Joe?

-¿Es que piensan?

Lo soltó así, como hubiese hecho Buzzie, y ello me ayudó. Oprimí su hombro.

-Sí, Joe, piensan. Esta es su misión. Esta es mi misión. Pensar y preocuparme. No por mí, sino por mi gente. Por toda mi gente y por todos mis números de espectáculos. Por ejemplo, en *Buzzin Around* tengo empleadas a setenta *y* cinco personas. Y en ellas estoy pensando ahora. Matar a Buzzie Waters es una cosa, bastante mala de por sí. Pero asesinar a estas personas cortándoles sus medios de vida es otra cosa muy importante. He llegado a una conclusión, Joe. No puedo hacerlo.

-Pero, ¿por qué...?

-Atiende, Joe. Hay una salida muy airosa. Una solución evidente. La estoy viendo ante mis ojos.

-¿De qué me estás hablando?

-De ti, Joe. A partir de este momento, tú eres Buzzie Waters.

-Oiga...

-No me interrumpas, Joe. Deja que hable yo. Lo he pensado todo. Vamos a ver, siéntate.

Me dirigió una mirada llena de curiosidad, pero se sentó. Y entonces supe que lo tenía a mi merced y empecé a emplearme a fondo.

-Veamos cómo puede solucionarse la cosa -dije-. En primer lugar, nadie sabe que Buzzie estaba aquí. Todo parece indicar que ha estado viajando en coche hasta muy avanzada la noche y que ha bebido de lo lindo. Sid dice que alguien le vio en Lindy's. Yo lo comprobaré *y* reuniré todos los detalles; con quién ha estado *y* lo que estuvo haciendo. Todo cuanto tú necesitas es empezar a partir de este momento.

-Pero...

-Escúchame. -Encendí un cigarrillo con manos que no temblaban-. He examinado la habitación. No hay sangre y todo este destrozo parece consecuencia de una vulgar borrachera. Además, ¿quién nos impide arreglarlo todo? De todos modos, nadie va a tener sospechas, puesto que Buzzie Waters seguirá dejándose ver.

-Es verdad -asintió Joe-. Yo aún le estoy viendo. ¿Y qué va a hacer con él?

-Algo haremos -repliqué-. Hay una cantera muy adecuada no lejos de aquí y la noche es muy oscura. unas cuantas piedras de buen tamaño y el problema quedará solucionado.

-Problema solucionado. Buzzie Waters haciendo su vida normal. -Hizo una pausa-. ¿Y qué será después de Joe Traskin?

Sostuvo su mirada.

-Nada -contesté-. Hablemos con franqueza. ¿Qué era de ti antes de que conocieras a Buzzie el año pasado? Eras un tipo vulgar como cualquier otro, ¿no es cierto? Conducías un camión. Sin familia y sin amigos.

-Ha estado leyendo mi correspondencia -murmuró.

-He hecho mis averiguaciones. Forma parte de mi oficio. Pero esto poco importa; volvamos a los hechos. Buzzie te eligió a ti a causa del parecido. Es extraordinario y ello significó una buena oportunidad para ti. Has actuado como su doble. Incluso has hecho apariciones en público en su lugar, y creo que una o dos veces te llamó para que te prestaras a fotos publicitarias porque él no podía. ¿No es así?

Joe no contestó, pero hizo una mueca.

-Perfectamente. Trabajaste un año con él como doble. Y después, la semana pasada, te despidió. ¿Qué ocurrió después?

Joe se encogió de hombros.

-Dejé mi hotel y tomé una habitación en las afueras. Desde entonces, casi siempre he estado allí.

-Y pensabas largarte cuando se te acabase la pasta -proseguí-. Para acabar volviendo a conducir un camión. Acaso de cuando en cuando alguien te diría que te parecías a Buzzie Waters, y eso es todo. Me molesta tener que decírtelo, Joe, pero eres un pobre diablo. Sin tu trabajo de doble, no sirves para nada. Nadie en nuestro negocio se ha preguntado siquiera qué se hizo de ti cuando Buzzie te despidió. Te limitaste a desaparecer. Además, ni siquiera tienes un agente, ¿verdad? Y sin familia que te cause preocupaciones.

-Sin embargo, supo usted localizarme en poco tiempo -observó.

-Cuestión de suerte -saqué un pedazo de papel del bolsillo-. Encontré tu nombre y dirección anotados en el bloque del escritorio.

Joe asintió.

-Cierto, recuerdo haberle llamado cuando cambié de domicilio, para darle mi nuevo

número en caso de que me necesitara. Tal vez hoy me hubiese dado algún trabajo. -Nunca lo sabremos -le dije-. No tiene importancia. Lo que importa es que puedas

esfumarte sin que nadie sospeche. Te ausentaste de la ciudad, y eso es todo. -Sigue pareciéndome muy arriesgado.

-Tonterías. ¿Te acuerdas de aquel individuo que, hará unos siete años, actuó en una serie de espectáculos a causa de su parecido con Harry Truman? ¿Cuántas veces has pensado en qué se habrá hecho de él? -Hice una pausa-. No, no habrá peligro alguno. Te lo prometo. Y puedes creerme, yo arriesgo más que tú. Pero apenas vi tu nombre y tu teléfono en aquel bloque, comprendí que tenía el problema resuelto.

-Está bien -Joe encendió uno de sus cigarrillos-. Tal vez pueda desaparecer sin que nadie se dé cuenta. Pero esto no significa que pueda volver a exhibirme como Buzzie Waters.

Me encogí de hombros.

-En tu lugar, yo lo pensaría, Joe. Lo pensaría muy detenidamente. La cosa puede salirte a cuenta.

-¿Cuánto?

Cuando vi la expresión de su rostro y percibí el tono de ansiedad en su voz, me tocó a mí el turno de reprimir una mueca.

-No te ofrezco ni un céntimo -dije-. Ni uno sólo. Todo lo que te ofrezco es el nombre de Buzzie Waters. Y esta casa, su apartamento en la ciudad, sus automóviles, su cuenta corriente en el Banco, y sus actuales ingresos semanales. Aparte de ello, su contrato, su fama y su porvenir. Todo ello en bandeja de plata. Sólo tienes que decir que sí.

-¿Sólo esto, eh? -exclamó Joe aferrándose a los brazos de su sillón-. Pues creo que se olvidan unas cuantas cosas. Buzzie Waters es... mejor dicho, era un gran cómico. Tiene que resucitar y presentar una actuación cada semana, logrando que la gente se parta de risa.

-Ya sabes cómo funciona el negocio, Joe. Contamos con cuatro escritores que se ocupan de todos los chistes. Durante la última temporada, Buzzie se dedicó tanto a la botella que ni siquiera se molestaba en asistir a las reuniones de los guionistas. En realidad, no aprendía nada de memoria; se limitaba a leer el teleapuntador, añadiendo sus muecas *y* gestos, esto desde luego. Pero en una semana puedes captar su *voz y* su técnica. Yo me encargaré de que puedas ver películas de todas sus actuaciones. Nunca cantó ni bailó, de modo que no hay dificultad alguna. Buzzie era un producto de síntesis, Joe; sólo una combinación de guionistas apropiados. Si yo me pareciera a él tanto como tú, podría hacer lo mismo.

Joe asintió.

-¿No le tenía en gran estima, verdad, Millaney?

-¿Y quién le apreciaba? -exclamé levantándome-. Hablemos con franqueza. Si sus amigos se enterasen de lo que ha ocurrido hoy aquí, me obsequiarían con una medalla. Lo que sucede es que no se enterarán, y además dudo de que los tuviera.

-Es posible que tenga usted algún prejuicio. -Joe vaciló-. Pero estoy seguro de una cosa. Conocía a mucha gente. Tal vez podría pasar por Buzzie Waters ante las cámaras, pero ¿qué ocurriría en la vida privada, ante todos los que le conocían?

Había llegado el momento de volver a sonreír.

-Ya has tenido cierta experiencia en ese aspecto. Pasaste por él ante los fotógrafos, y nadie advirtió la diferencia. Lo demás no es sino una cuestión de detalle, de aprender pormenores de su vida y de sus relaciones. Yo te proporcionaré todos los recortes de prensa que han habido de Buzzie; me encargaré de que tengas acceso a nuestros archivos, *y* puedo asegurarte que tenemos por escrito toda su vida *y* milagros. Ya te he dicho que he estado pensando como un ejecutivo, Joe. Elaboré todo este plan en el momento en que decidí llamarte, y he previsto todos los detalles. Buzzie Waters no tenía un verdadero agente de negocios y no contaba con más amistades que las de un grupo de amigotes de bar. Aún disponemos de otra ventaja; me consta que ha cambiado de psiquiatra, de modo que no hay nadie que pueda llamarse íntimo de ese individuo. En cuanto a detalles, sé que puedo proporcionarte más de lo necesario. Dentro de una semana serás más Buzzie que el propio Buzzie. Exceptuando que no beberás tanto, que no serás un perdido, y que no serás un charlatán egoísta como él.

-¿Le odiaba usted, verdad?

Suspiré.

-¿Cómo supones que se sintió el doctor Frankenstein cuando vio qué clase de monstruo había creado? Así me sentía yo con respecto a Buzzie. Yo lo saqué de la nada. -Y ahora se supone que yo seré el nuevo monstruo.

-¿Qué puedes perder con ello?

Joe me miró con fijeza.

-Está bien -dijo-. ¿Qué puedo perder?

Le ofrecí la mano.

Tuvo que tender todo el brazo para estrechármela, porque nos hallábamos uno a cada lado del cadáver...

En la televisión, estas cosas se arreglan con un fundido o un corte. En los libros, mediante unos asteriscos o el encabezamiento de un nuevo capítulo. Pero en la vida real, es preciso vivir todo el paso del tiempo.

Por suerte mía, no hubo contrariedades.

Desprenderse del cadáver en la cantera, una vez oscurecido, no representó ningún problema. Tampoco fue una merienda campestre, pero era algo que debía hacerse. Y una vez listo el trabajo, lo peor quedó atrás, por lo menos para mí.

A partir de entonces, toda la carga gravitó sobre las espaldas de Joe, y quedé satisfecho al ver cómo cumplía con su tarea. Cuidó todos los detalles sin un solo fallo, marchándose de su alojamiento, desprendiéndose de todos sus efectos personales y trasladándose a la mansión de Buzzie. Yo elaboré una historia destinada a Sid Richter, relatando mi encuentro con Buzzie *y* mis desvelos para quitarle la borrachera, *y* al día siguiente el ensayo tuvo lugar tal como estaba programado. Si Joe cometió algún error, lo más probable es que todos lo atribuyeran a su jaqueca, pero en realidad no oí hablar de error alguno. Durante las dos semanas siguientes pasé mucho tiempo a su lado dándole datos *y* aleccionándole sobre nombres, asociaciones, referencias *y* amistades, o lo que hacía las vedes de amistades en aquel mundo de Buzzie poblado de barbudos, bohemios, golfos y sicofantes. Todo parecía marchar sobre ruedas una vez dueño Joe de la situación. Incluso dimos lecciones de caligrafía y en pocos días supo reproducir exactamente la firma de Buzzie. Las películas de las actuaciones cómicas de Buzzie acabaron de hacer el resto.

Confieso que sudé como un condenado y, a medida que se aproximaba la fecha de la primera actuación, mi frente se mantuvo en constante humedad. Pero, incluso en los peores momentos, todo parecía resultar más fácil que si se hubiera tratado del propio Buzzie. Con jaquecas o sin ellas, por lo menos yo sabía que había alguien que colaboraba conmigo y que ambos podíamos actuar en equipo. Con Buzzie, habría sido una discusión continua.

Joe realizó una buena tarea. Aprendía de prisa y yo lo mantuve ocupado, protegiéndole de las asiduidades de periodistas y curiosos. La proximidad de la nueva temporada me sirvió de excusa. Y una vez superada la prueba de la primera actuación, tenía el presentimiento de que el negocio estaría hecho.

De modo que él sudó gotas como balas de fusil y yo sudé bombas atómicas, pero llegó la gran noche y mi frente volvió a estar seca.

Trabajó ante el público y se lo metió en el bolsillo.

Era tan bueno como Buzzie cuando éste estaba en su mejor forma. ¡Mucho mejor que Buzzie! No hubo ni un comentario adverso, ni una risa forzada. Su actuación fue perfecta.

Y cuando todo hubo terminado, se fue a su casa y se acostó, en vez de dedicarse a

arrojar tartas de queso a los camareros.

En realidad, yo fui el que salió para celebrarlo. Pensé que bien me lo merecía.

Durante las semanas siguientes todo fue estupendo. Ni un solo problema. Llegué hasta el punto de permitir que Joe actuara a su gusto, pues todo indicaba que era capaz de administrar su propia vida sin ayuda de nadie. Claro está que no le perdí de vista y que salíamos juntos, pero no hubo ningún fallo o desliz.

-¿Qué te parece todo esto? -le pregunté una vez.

-Nunca me había divertido tanto en toda mi vida -replicó, y comprendí que decía la verdad.

Y entonces dejé de lado toda preocupación.

Dos meses más tarde, yo casi había olvidado todo lo sucedido. Ya sé que parece absurdo, pero esta es la realidad; el auténtico Buzzie Waters se borró de mi memoria y lo mismo ocurrió con aquella tarde desagradable. Todo quedó relegado al olvido. O a la cantera...

Y de pronto ocurrió lo inesperado.

Una joven esquivó a mi secretaria una mañana y se aposentó en mi despacho privado. -¡Melody Morgan! -exclamé con una alegría que no sentía.

Pero ahí estaba ella. Melody Morgan, la amiguita de Buzzie Waters.

Apenas la vi, empecé a sudar otra vez. Nada tenía que hacer en mi despacho. Normalmente, una figurante de tres al cuarto como ella nunca llegaba tan alto; en realidad, ni siquiera podía soñar en verlo por dentro. Y mucho menos en entrar, sentarse y balancear sus pantorrillas desde mi mejor sillón. Pero ahí estaba.

-¿Puedo hacer algo por usted? -pregunté.

-Pues sí, míster Millaney. Creo que sí. -Agitó sus pestañas y me dirigió una tímida mirada-. Quiero un empleo.

-¿Un empleo, eh?

-Ya sabe usted que soy cantante.

-Sí, lo sé -admití, torciendo el gesto-. Pero no es ésta mi especialidad. Tendrá que ver a Loomis, de Audiciones, o a Seagrist, del Departamento de Discos.

-No, míster Millaney, ya he hablado con ellos. No pueden ofrecerme nada. -¿Los negocios no marchan, verdad?

Sonrió.

-No se trata de esto, precisamente. Si he de serle franca, míster Millaney, no creen que yo sea una gran cantante. Por esto nunca me contratan.

-¡Oh!

-Y puestos a hablar con toda franqueza, también debo admitir que tampoco yo me creo una gran cantante.

-Sin embargo, cree que yo puedo contratarla.

-Eso es, míster Millaney.

-¿Algún motivo?

-Sí. Soy una buena amiga de Buzzie Waters.

-Lo sé.

-Le he visto muy a menudo durante estas últimas semanas.

-Esto... esto no lo sabía.

Cierto que lo ignoraba y me maldije a mí mismo.

-Es usted un hombre muy ocupado, míster Millaney. No puede controlarlo todo al

mismo tiempo.

-Es verdad.

Era verdad, pero había una cosa que hubiese debido controlar. Era lógico que Joe viese a la amiguita de Buzzie más tarde o más temprano. Pero, ¿por qué no pudo ser más tarde?

-Por lo tanto, me gustaría que me ofreciera un empleo -dijo ella.

-¿Se le ocurre algún trabajo en particular, que usted pueda hacer?

Se encogió de hombros.

-En realidad, no me importa. Puede extenderme un contrato general con la emisora. Puedo animar concursos, llenar espacios, anuncios. -Las pestañas de Melody Morgan dejaron de moverse y me dirigió una mirada llena de firmeza-. En realidad, puesto que soy una pésima cantante, le daré una oportunidad. Ni siquiera insistiré en aparecer en la pantalla. Limítese a extenderme un contrato y con eso me daré por satisfecha.

-Bueno -repliqué vacilante-. Solemos extender unos contratos de prueba, usualmente para un periodo de seis meses... El mínimo normal...

-Por favor -me interrumpió, levantándose-; me agradaría más un contrato para cinco años. Uno de esos que no pueden cancelarse. Y yo no estaba pensando en el mínimo. -¿Qué pretende usted?

-Mil dólares semanales.

Me soltó estas palabras como si cantara. Una actuación perfecta.

De momento, no pude contestar. Se me ocurrieron muchas respuestas, pero ninguna de ellas era la apropiada. Podía preguntarle si estaba loca, si había empinado el codo, quién se creía ser, con quién creía estar hablando, pero comprendía que de nada me hubiese servido. Ni siquiera los cuatro guionistas de Buzzie Waters podían ofrecerme la respuesta correcta.

Carraspeé y dije:

-¿Está enterado Buzzie de su presencia aquí?

La joven se echó a reír.

-¡Claro que no! Los dos sabemos que Buzzie ya no está enterado de nada. ¿No cree, míster Millaney? -Observó la expresión de mi rostro y se rió otra vez-. No quiero que conteste a esta última pregunta. Podría resultarle violento. Contésteme únicamente a lo del empleo.

-¿Y si no quiero?

-Entonces, mucho me temo que tendré que volver a hacerle la última pregunta. Y muchas otras. Por ejemplo, ¿qué se hizo de Joe Traskin, aquel tipo que Buzzie despidió? Hace tiempo que no lo he visto. ¿O tal vez sí?

-¿Cómo ha podido...?

-¡Por favor! Ahora es usted el que me pone en una situación violenta a mí. Cuando una chica tiene tanta amistad como yo tenía con Buzzie, se da cuenta de ciertos detalles, ¿me comprende? Pequeños cambios, diferencias. Y entonces es cuando empieza a pensar. Después inicia sus averiguaciones, hasta obtener un resultado.

-¿Qué resultado?

-Mil dólares por semana.

Ya volvía a canturrear otra vez, y sólo había un método para evitarlo.

-De acuerdo -dije-. Pero no necesito recordarle cuál es el trato. Tendrá que guardar silencio.

-Será un placer.

Necesitaría una infinidad de gestiones y de negociaciones. Tendría que dar largas explicaciones para justificar mi concesión de un contrato incancelable a una chica que no valía ni cinco céntimos. Cabía la posibilidad de que al final tuviera que pagarlos de mi propio bolsillo. Pero no había otro remedio. Por lo menos, hasta que hablase con Joe... Joe no pudo ayudarme.

-Le aseguro que nada sabía de ello -me dijo-. Nunca pensé que pudiese sospechar algo.

-Pero, ¿por qué tuviste que hacerle la rosca?

-Puede imaginar la respuesta. Porque ella y Buzzie eran tan amigos. No podía mandarla con viento fresco, pues me exponía a armar un jaleo gordo. Ya sabe que él le pagaba el apartamento. Hubiese provocado un escándalo.

-¿Y esto de ahora qué es? -pregunté-. ¡Mil dólares semanales durante cinco años! ¿No irás a decirme que es la gran solución?

-Muy desagradable, pero así están las cosas.

-Yo podría cambiarlas.

-¿Qué quieres decir?

Levanté la vista hacia el techo.

-Supongamos que tienes un animalito predilecto, Joe. Digamos un canario. Y que te cansas de él. A lo mejor no quieres volver a oír sus cantos. ¿Qué harías?

Pero él no miraba hacia el techo. Me estaba mirando a mí y movía la cabeza en ademán negativo.

-Escúcheme, amigo -me dijo-. A mí me gustan mucho los animalitos. Y sobre todo éste. Me gustan las cosas tal como son. Si tengo que ser Buzzie Waters, quiero tener todo lo que él tenía. Tal fue nuestro trato.

-Sí, pero ¿qué tiene de particular esta chica? Quiero decir que puedes tener todo lo que se te antoje. Mi amiga Maggie te proporcionaría...

-No me interesan los pencos. Este canario me satisface. Y usted desea verme satisfecho, ¿no es verdad, amigo?

-Sí. Claro que sí, Joe.

-Llámeme Buzzie. Todos lo hacen. -Se inclinó sobre mi escritorio-. Y si quiere que me sigan llamando Buzzie, será mejor que no ahonde en tantos detalles. Se libró de una buena en cierta ocasión, pero no es prudente volver a tentar a la suerte. Tenga más conformidad.

-Está bien.

Pero no estaba bien, y así me constaba. Los mil pavos ya representaban una desgracia, pero la nueva actitud de Joe era aún peor. Anteriormente, jamás había tratado de hacer el gallito, y lo de ahora era un mal síntoma.

Antes de terminarse aquella semana, sufrí un golpe aún más duro. Joe me llamó para pedirme que fuese a su apartamento para charlar un rato.

-¿Qué le parece esta noche, a las nueve en punto?

Accedí.

Iría y sería puntual. Ya era hora de solucionarlo todo de una vez.

Cuando llegué, Joe me estaba esperando. Parecía sentirse a sus anchas y ostentaba una bata con las iniciales de Buzzie *y* también la amplia *y* falsa sonrisa del difunto actor. También pude observar que había estado catando un muestrario de los licores predilectos de Buzzie. La mesita de café estaba llena de botellas.

-Bien venido a mi humilde hogar -saludóme-. Siéntese, por favor.

-Dejémonos de comedias -contesté-. Tengo que decirte unas cuantas cosas y quiero que me escuches atentamente. Francamente, no me gusta esa actitud tuya tan independiente. A partir de hoy, seré yo quien dé las órdenes. He aquí cómo vamos a trabajar de ahora en adelante...

-Ahórrese las palabras -me atajó-. No será necesario.

-¿Por qué no?

-Porque de ahora en adelante no vamos a trabajar juntos. -Pasó al otro lado de su mesa escritorio-. Le dije que tenía que darle noticias. Dé un vistazo a esto.

Me tendió un legajo de papeles y vi en seguida el membrete.

-¿Un contrato? ¿Y con esa pandilla de...?

-Por favor. Está usted hablando de mis futuros empresarios. Dentro de cinco semanas lo serán.

-¡Pero tú perteneces a nuestra empresa!

-Con opciones de treinta semanas, privilegio de cancelamiento y aviso con un mes de anticipación.

-¡No puedes dejar el programa de *Buzzin'Around!*

-Claro que no. Me lo llevo conmigo. El nombre no, desde luego, pero me seguirá la mayor parte de mi compañía.

-¿*Tu* compañía? ¿Quién te has creído ser?

-Buzzie Waters. Y así lo creen ellos, y todos los demás. Usted cuidó de ello, ¿no es cierto?

Mi cuello se había envarado y me resultó muy difícil hablar.

-Pero tú no puedes dejar...

-Por siete sábanas más cada semana, soy muy capaz de hacer cualquier cosa. Usted no puede llegar a esta cifra.

-Claro que no, ni pienso hacerlo. No tengo motivo para hacerlo. Estamos juntos en este fregado, *y* los dos nos quedaremos en él. Yo te creé *y* puedo destruirte.

-No le comprendo.

-Entonces, permíteme que te lo explique -dije sonriendo. Una sonrisa dolorosa, pero conseguí componerla-. Cuando te hice venir a casa de Buzzie aquella tarde, te dije que yo era un ejecutivo y que lo había previsto todo. Pues bien, te dije la verdad. Sabía lo que estaba haciendo *y* por qué lo hacía. Habría podido disponer del cadáver yo solo *y* llamarte después. Pero tenía un motivo para querer tenerte allí, para que me ayudases. No porque necesitase tu ayuda física, sino porque de este modo te convertía en cómplice de un asesinato. Un accesorio después del hecho, como dicen en los tribunales. O como dirán, si alguna vez tratas de jugarme una mala pasada.

-¿Conque esas tenemos, eh?

Asentí.

-Tal vez creas que yo nunca confesaré lo ocurrido. Pero si tú me obligas a ello, lo haré. Porque sabes muy bien lo que te puede suceder. Si *Buzzin' Around* se va al diablo, yo me juego el cuello. Me crucificarían. Si tú te marchas, yo pierdo mi empleo en la emisora y en cualquier otro lugar de ese negocio. He empeñado toda mi vida en este cargo; si lo pierdo, poco me importa perder el resto. Por consiguiente, te lo advierto sin circunloquios: si te marchas, hablaré, y cuando me sienten en la silla eléctrica, a ti te sentarán sobre mis rodillas.

-¿No se detendrá ante nada, verdad?

-Eso es -dije-. Soy un ejecutivo.

-Usted es un asesino -murmuró-. Y por esto firmé ese contrato. Antes no me había dado cuenta de la verdad.

-¿Qué quieres decir?

-Recuerde la situación -explicó-. Cuando llegué a la casa, usted me contó que lo que había sucedido era un accidente. Yo quise creerlo, y también vi algún sentido en el hecho de protegerme, y mucho más en el de proteger a las demás personas que trabajaban en el *show.* Al fin *y* al cabo, de nada servía a nadie el denunciarle. Por consiguiente, decidí seguir la farsa. Pero después he descubierto que es usted un asesino de verdad. Lo comprendí el otro día cuando me pidió que le ayudase a librarse de Melody. Sólo un asesino auténtico piensa de este modo, Millaney. Y entonces fue cuando decidí abandonarle. Y esto es lo que pienso hacer.

-Será mejor que no lo intentes -susurré-. Hablaré.

Movió la cabeza en ademán negativo.

-Olvida que tengo una coartada.

Le miré sobresaltado.

-Sí, una coartada. Melody. Ella jurará que yo pasé la primera parte de la tarde con ella. Tengo las espaldas bien guardadas. -Sonrió-. Y en realidad, es cierto que pasé parte de la tarde con ella. Y hubo personas que me vieron entrar. Por suerte, nadie me vio salir.

Conseguí articular una serie de palabras.

-¿Pero cómo puedes considerarte a salvo? ¡Tú no estabas en el apartamento de Melody! Ella ni siquiera te conocía antes de que Buzzie muriese.

Volvió a sonreír.

-Tengo que darle una noticia -me dijo-. Buzzie no murió.

-Pero...

-Usted mató a Joe Traskin -murmuró-. Yo soy Buzzie Waters.

Quedé paralizado, contemplando la mesita de café. Daba vueltas.

-*Voy a* explicarle la parte cómica del asunto -seguía diciendo él-. Yo estaba en casa cuando usted llamó, fuera de sí. No tenía ganas de asistir al ensayo, y menos de tener que soportar su mal humor. Usted dijo que se disponía a venir a buscarme.

"Y entonces se me ocurrió la gran idea para tomarle el pelo. Llamé a Joe y le dije que buscase un taxi y viniera en seguida. Cuando llegó le ofrecí volver a emplearlo, con la condición de que se hiciera pasar por mí y aguantase todas las impertinencias que usted diría. Tomamos un par de copas y accedió. Pero le preocupaba la posibilidad de que la patrona de su alojamiento se apoderase de sus pertenencias, puesto que andaba atrasado de pago de alquiler. Le dije que no era ningún problema y que si me entregaba la llave yo pasaría por allí, arreglaría la cuenta y volvería a casa con sus cosas. Éste fue el trato.

"Pero en el camino quise visitar a Melody, y los dos nos reímos de buena gana cuando pensamos en la bronca que usted le soltaría al pobre Joe. Después salí y me dirigí hacia el lugar donde vivía Joe. Entonces usted llamó allí.

"Desde luego, no se me ocurrió pensar en lo que había pasado. No se me ocurrió hasta que llegué a casa *y* me vi ante usted... *y* Joe. El pobre diablo se había dedicado a traguear de lo lindo cuando yo le dejé. No lo censuro; no tenía el menor deseo de enfrentarse con usted. Pero la broma salió mal y él pagó por ella.

"Pero cuando usted me contó lo del accidente, decidí que era preciso seguir con la farsa. Y entonces fue cuando ésta alcanzó una altura insospechada... ¡cuando usted hizo aquel trato conmigo para que yo desempeñase el papel del propio Buzzie Waters! Es la

cosa más divertida que jamás he visto u oído; nadie lo creería jamás, ¿no es cierto? Y por esta razón yo no me hallo en apuros. ¿Quién creerá que yo ayudé a ocultar el cadáver de mi doble, sólo para poder representarme a mí mismo? No tendría ningún sentido, puesto que no tengo ningún motivo. Usted sí tenía motivos. En cuanto a mí, dispongo de Melody y de mi coartada.

Se echó a reír y yo casi pude empezar a moverme.

-¡Y lo de Melody! Eso ya fue el colmo, cuando le dije que aplicase la vieja canción del chantaje. Me dijo que tuvo la impresión de que le había dado a usted la puntilla. Traté de moverme, pero aún me fue imposible.

-¿Tú la obligaste a hacerlo? -susurré-. ¿Aún no estabas satisfecho y tuviste que hacerme sangrar por ella?

Asintió.

-Todo formaba parte del chiste, como ya he dicho. Mi mejor ocurrencia. Un auténtico bromazo, pero lo que ocurre es que usted no tiene sentido del humor, ¿no cree? Usted no comprende lo que es un artista cómico, porque usted es un ejecutivo. Mejor dicho, lo era. -Agitó el contrato ante mi rostro-. Cuando yo me marche, lo veremos. Nada pueden hacer para impedírmelo, usted y su mente de ejecutivo...

-¡Oh, sí que puedo! -exclamé, *y* noté que ya podía hablar en voz alta *y* moverme con mayor rapidez.

Cogí una de las botellas que había sobre la mesita del café y la levanté para dejarla caer con fuerza, repitiendo el gesto una y otra vez, e incluso cuando la botella se rompió seguí utilizando el mellado trozo que aún tenía en la mano.

Fue una repetición exacta de la escena de aquella tarde. Exceptuando una diferencia; ya no tenía ningún doble al que poder llamar. Y tampoco podía ya pensar como un ejecutivo.

Buzzie Waters había dicho la verdad, poco antes de morir. Soy un asesino. ¿ *Y qué puede hacer un asesino en estas circunstancias?*

EL MAESTRO DEL PASADO

Yo ya no sé qué hacer, palabra. A juzgar por el comportamiento de George, cualquiera creería que fue culpa mía. Cualquiera creería que ni siquiera vi nunca a aquel individuo. Cualquiera creería que robé su coche. Y sigue pidiéndome que se lo explique todo. Pero si se lo he contado ya docenas de veces... ¡y a los policías también! Además, ¿qué tengo que contarle? Él estuvo allí.

Desde luego, la cosa carece de sentido. Ya lo sé y ojalá me hubiese quedado en casa aquel domingo. Ojalá le hubiera dicho a George que tenía otro compromiso cuando él me telefoneó. Ojalá le hubiese obligado a acompañarme al teatro en vez de ir a aquella playa. ¡George y su automóvil convertible! Por otra parte, cuando hace calor las piernas se pegan a aquellos asientos de cuero...

Pero hubiese tenido que verme el domingo, cuando él vino a buscarme. A juzgar por mi aspecto, parecía como si tuviera que llevarme a Florida o a cualquier otro lugar por el estilo. Me había puesto aquel conjunto negro nuevo que compré en Sterns, y me había aplicado un poco de decolorante Restora a los cabellos. Ya saben ustedes que George fue el primero en la oficina que empezó a llamarme "Blondie".

Finalmente, vino a buscarme alrededor de las cuatro *y* hacía aún calor *y* él había

bajado la capota. Sospeché que acababa de lavar el coche, pues éste tenía un aspecto flamante.

-¿No crees que hace juego con tus cabellos? -me dijo.

Primero seguimos el Parkway y después salimos al Drive. Todo estaba lleno de automóviles. Por esto me preguntó si no sería mejor ir a la playa después de tomar algo.

Dije que sí y fuimos a "Luigi's", ese restaurante de pescado que hay al sur de la autopista. Es un lugar muy caro y presentan una de esas cartas en las que figura toda clase de mariscos *y* crustáceos, como percebes *y* tortugas.

Comí un filete con patatas fritas, y George tomó -no recuerdo; ¡ah, sí, ahora caigo!- pollo frito. Antes de comer tomamos un par de copas, *y* después nos sentamos dentro *y* bebimos otras dos. Hablábamos de la playa mientras esperábamos que se hiciera de noche y pudiéramos ir a nadar, puesto que no habíamos traído los trajes de baño.

Yo seguía la broma. George discurría alguna idea de las suyas. Y no crean que yo no sabía por qué me estaba invitando a beber con tanta insistencia. Cuando salimos, se detuvo en el bar y compró un litro de cerveza.

Estaba saliendo una luna casi llena y empezamos a cantar en el coche. Todo parecía más que satisfactorio. Por lo tanto, cuando él dijo que sería mejor no ir a la playa de siempre y que él conocía un rincón que estaba muy bien, yo pensé que por qué no.

Era una especie de cala pequeña y se podía aparcar junto al camino. Teníamos la arena allí mismo y era posible caminar largo trecho con el agua hasta la cintura.

Pero no era éste el motivo de que George hubiese elegido aquel sitio. A él no le interesaba contemplar el mar. Lo primero que hizo fue extender en el suelo una gran toalla de playa, lo segundo fue abrir la botella de cerveza, y lo tercero fue empezar a tontear conmigo.

Nada serio, ustedes ya me comprenden, sólo las tonterías de siempre. No es feo, a pesar de su nariz achatada, y seguimos bebiendo cerveza, de modo que la cosa resultaba bastante romántica. Me refiero a la luna y todo eso.

No le paré los pies hasta que empezó a ponerse pesado de veras. Incluso tuve que soltarle un buen tortazo antes de que se diera cuenta de que yo no bromeaba.

-¡Basta ya! -le dije-. Fíjate en lo que has hecho. Has desgarrado mi pañuelo de cuello. -Mujer, ya te compraré otro -contestó él-. Vamos, nena.

Trató de agarrarme otra vez, pero yo le di con fuerza en un lado de la cabeza. Por un momento pensé que iba a enfurecerse de veras, pero supongo que estaba ya un poco bebido *y* empezó a decirme que lo sentía mucho *y* que él sabía que yo no era de ésas, pero que él estaba loco por mí.

Casi me eché a reír; están todos tan graciosos cuando se ponen de este modo. Pero pensé que sería mejor fingir un poco y me hice la enfadada, como si no me hubiesen insultado de aquel modo en toda mi vida.

Entonces él dijo que podíamos tomar otra copa y olvidarlo todo, pero la botella de cerveza ya estaba vacía. Me propuso llegarse a la carretera y comprar más. O bien, si yo quería, ir los dos a una taberna.

-¿Con todas estas señales en el cuello? -le dije-. ¡Desde luego que no! Si quieres más, ve a buscarla.

Dijo que sí, y que volvería dentro de cinco minutos. Y se marchó.

Así fue como me quedé sola, y entonces ocurrió aquello. Estaba sentada en la toalla, contemplando el mar, cuando observé aquella especie de movimiento. Primero me pareció como si fuese un tronco, pero al acercarse más me di cuenta de que era alguien que nadaba

a gran velocidad.

Seguí observando y no tardé en ver que era un hombre que se dirigía hacia la playa. Se acercó tanto que pude ver cómo se levantaba y empezaba a vadear. Era alto, muy alto, como uno de esos jugadores de baloncesto, pero nada tenía de delgado. Y entonces vi que no llevaba bañador de ninguna clase. ¡Ni siquiera un taparrabos!

Bueno, *¿y* qué podía hacer yo? Juzgué que no me habría visto, *y* además, no iba a echarme a correr y a gritar. Tampoco me habría oído nadie. Estaba allí sola. Por consiguiente, seguí sentada *y* esperé a que él saliera del agua *y* se alejara de la playa.

Pero no se marchó. Salió del agua y se encaminó derecho hacia mí. Imaginen, allí estaba yo sentada, *y* allí estaba él, chorreando *y* sin ninguna clase de ropa. Sin embargo, me dirigió un gran saludo, como si no sucediera nada de particular. Al sonreír estaba francamente guapo.

-Buenas noches -dijo-. ¿Puedo saber dónde me hallo, señorita?

Se lo expliqué y él asintió. Después, al observar mi modo de mirarle, me preguntó: -¿Le molestaría prestarme esa toalla?

¿Qué otra cosa podía hacer yo? Me levanté, le di la toalla y él la arrolló a su cintura. Fue entonces cuando me fijé en la bolsa que llevaba en la mano. Era de una especie de plástico y no sabría decir qué contenía.

-¿Qué se ha hecho de su bañador? -le pregunté.

-¿Bañador? -Lo dijo de una manera que parecía como si nunca hubiese oído hablar de tal cosa. Después sonrió otra *vez y* dijo-: Lo siento. Supongo que lo he perdido. -¿De dónde sale usted? -pregunté-. ¿Tiene alguna lancha aquí cerca?

Estaba muy bronceado y parecía uno de esos individuos que se pasan el día en el Club Náutico.

-Sí. ¿Cómo lo sabe? -dijo.

-¿De dónde saldría, si no fuese así? -repliqué-. Es lógico suponerlo.

-Así es.

Eché un vistazo a la bolsa.

-¿Qué lleva aquí? -inquirí.

Abrió la boca para contestarme, pero no tuvo tiempo, pues de pronto llegó George corriendo. Yo no había visto los faros ni había oído el motor del coche, pero allí estaba él, furioso y con una botella en la mano, dispuesto a entrar en acción. ¡Todo un carácter! -¿Qué diablos ocurre aquí? -gritó.

-Nada -contesté yo.

-¿Quién es ese tipo? ¿De dónde ha salido? -vociferó George.

-Permítame que me presente -dijo el tipo-. Me llamo John Smith y...

-¿Conque John Smith, eh? -aulló George, añadiendo algunas palabras que no repetiré-Vamos a ver, sepamos lo que ocurre aquí. ¿Qué estabais haciendo los dos?

-No estábamos haciendo nada -contesté-. Este hombre estaba nadando y ha perdido su bañador, por esto ha pedido prestada la toalla. Tiene una embarcación cerca de aquí y...

-¿Dónde? ¿Dónde está la embarcación? ¡Yo no veo ninguna embarcación! -A decir verdad, tampoco la veía yo, pero George no esperó respuesta alguna-. ¡Oiga, devuélvame esa toalla y lárguese de aquí!

-No puede -expliqué yo-. No lleva nada encima.

George se quedó con la boca abierta y después blandió la botella.

-Está bien, amigo. En este caso se vendrá con nosotros. -Me dirigió una mirada llena de astucia-. ¿Sabe lo que estoy pensando? Tengo la impresión de que aquí hay gato

encerrado. Este individuo puede ser incluso uno de esos espías que los rusos nos mandan desde sus submarinos.

Así es George. Desde que los periódicos hablan de la posibilidad de una guerra, él ve comunistas en todas partes.

-Empiece a hablar -ordenó-. ¿Qué hay en esa bolsa?

El hombre se limitó a mirarle y a sonreír.

-Muy bien, ya veo que desea pasar por el aro. No tengo inconveniente. Coja la bolsa, amigo. Vamos a visitar a la policía. Vamos, antes de que tenga motivos para acordarse de mí.

Agitó amenazadoramente la botella.

El hombre se encogió de hombros y después miró a George.

-¿Tiene un automóvil? -preguntó.

-¡Claro! ¿Me ha tomado por Paul Revere? -exclamó George.

-¿Paul Revere? ¿Todavía vive?

El desconocido bromeaba, pero George no supo comprenderlo.

-Cállese y vamos de una vez -dijo-. Tengo el coche aquí mismo.

El hombre contempló el coche. Después hizo un gesto de asentimiento y miró a George.

Esto es todo cuanto hizo. Lo prometo. Sólo le miró.

No hizo ninguno de esos pases tan raros que hacen los hipnotizadores con las manos, ni dijo palabra. Sólo le miró, sin dejar de sonreír. Su rostro no sufrió ningún cambio.

En cambio, el rostro de George sí cambió. Fue como si se petrificase de repente. Y lo mismo le ocurrió a su cuerpo. Sus manos perdieron toda fuerza *y* la botella cayó *y* se rompió. Fue como si George no pudiera moverse.

Abrí la boca, pero el individuo me miró y juzgué mejor no decir nada. De pronto, sentí frío y no supe lo que pasaría si seguía mirándome.

Por lo tanto, me quedé donde estaba *y* entonces aquel hombre se acercó a George *y* lo desnudó. George era como uno de esos maniquíes que se ven en los escaparates de los almacenes. Después, aquel individuo se puso todas las ropas de George y tapó a George con la toalla. Pude observar que llevaba la bolsa de plástico en una mano y las llaves del coche de George en la otra.

Me dispuse a gritar, pero el desconocido volvió a mirarme y no pude. No estaba paralizada como George, ni mucho menos, pero por más que me esforcé no conseguí gritar. Y además, ¿de qué hubiera servido?

Porque aquel hombre se dirigió al camino, subió al coche de George y se alejó tan campante. No dijo ni una palabra más ni miró atrás. Se limitó a largarse.

Entonces pude gritar, y lo hice a conciencia. Seguía gritando cuando George recuperó los sentidos. Pensé que iba a sufrir un ataque de apoplejía o algo por el estilo.

Bien, tuvimos que regresar a pie. Había más de cinco kilómetros hasta el puesto de policía de la autopista, y me hicieron contar toda la historia una docena de veces.

Anotaron la matrícula del coche de George y aún siguen buscándolo. Y el sargento opinó que tal vez George tuviera razón en lo de los comunistas.

Pero él no había presenciado la mirada que aquel individuo dirigió a George. ¡Cada vez que pienso en ella, me estremezco!

Declaración de Milo Fabian

Apenas había corrido las cortinas cuando él entró. Desde luego, primero creía que venía para hacer alguna entrega. Llevaba unos feísimos pantalones color aceituna y una chaqueta de confección, y se cubría con una gorra parecida a las que usan los jockeys.

-¿Qué desea? -pregunté.

Mucho me temo que me mostré un poco grosero, pero lo cierto es que yo estaba de pésimo humor desde que Jerry me dijo que se iba a Cape Cod para ver la exposición. Por lo menos, hubiese podido tener cierta consideración conmigo e invitarme a ir con él, pero no fue así y tuve que quedarme para ocuparme de la galería de arte.

Pero, en realidad, esto no justifica mi actitud desdeñosa ante el desconocido. Resultó ser una persona bastante atractiva cuando se quitó aquella gorra tan absurda. Tenía el cabello negro *y* rizado, *y* era muy alto, altísimo. Casi le tuve miedo hasta que sonrió.

-¿Míster Warlock? -preguntó.

Moví la cabeza en ademán negativo.

-¿No es ésta la galería Warlock? -insistió.

-Sí, pero míster Warlock se ha ausentado de la ciudad. Yo soy míster Fabian. ¿Puedo servirle en algo?

-Se trata de un asunto bastante delicado.

-Si desea vendernos algo, puede enseñármelo a mí. Me ocupo de todas las compras de la galería.

-No tengo nada para vender. Quiero comprar algunos cuadros.

-Bien, entonces le ruego que venga conmigo, míster...

-Smith -dijo él.

Avanzamos por el pasillo.

-¿Podría orientarme acerca de lo que le interesa? -pregunté-. Como ya debe saber, nosotros tendemos a especializarnos en pintura moderna. En este momento, tenemos un Kandinsky muy bueno, y también un Mondrian de la primera época...

-Estoy seguro de que aquí no tienen los cuadros que yo deseo -me dijo.

Habíamos entrado ya en la galería y me detuve.

-Entonces, ¿qué es lo que usted desea?

Se quedó plantado ante mí, balanceando aquella gran bolsa de plástico.

-¿Se refiere al género de pintura? Pues bien, yo quiero uno o dos buenos Rembrandt, un Vermeer, un Rafael, algo del Tiziano, un Van Gogh y un Tintoretto. También deseo un Goya, un Greco, un Breughel, un Hals, un Holbein y un Gauguin. Supongo que no habrá manera de conseguir "La última cena"; se trata de un fresco, ¿no es verdad?

Era una pesadilla escuchar a aquel hombre. Creo que me dejé llevar definitivamente por el mal humor, y lo demostré.

-¡Por favor! -exclamé-. Esta mañana estoy muy ocupado. No tengo tiempo para...

-No me ha comprendido -me interrumpió-. Usted compra cuadros, ¿no es cierto? Bien, pues yo quiero que me compre unos cuantos. Como si fuese mi... mi agente, ¿se dice así, verdad?

-Ésta es la palabra -contesté-. Pero usted no habla en serio. ¿Tiene idea de lo que costaría la adquisición de semejante colección? Sería un precio sencillamente fabuloso. -Tengo dinero -aseguró.

Nos hallábamos junto a la mesa de transacciones junto a la entrada. Se acercó a ella e invirtió su bolsa. Seguidamente, la abrió con una especie de cremallera.

Nunca, pero es que nunca, he visto un espectáculo tan fantástico en toda mi vida. La bolsa estaba llena de billetes; fajos *y* más fajos de billetes, *y* cada uno de ellos era de cinco

mil o diez mil dólares. ¡Ni siquiera había visto yo uno sólo de ellos!

De haberse tratado de billetes de veinte o cien dólares, habría sospechado una falsificación, pero nadie hubiese tenido la audacia de pensar que podía salirse con la suya con un botín como aquel. Parecían auténticos, y lo eran. Me consta porque... pero hablaré de esto después.

Allí me quedé sin poder moverme, contemplando aquella fortuna, y míster Smith, como él decía llamarse, me preguntó:

-Y bien, ¿cree que hay bastante?

No sé cómo no me desmayé sólo de pensarlo.

Imagínense ustedes un perfecto desconocido, paseando por las calles con diez millones destinados a la compra de cuadros. ¡Y mi parte en la comisión es de un cinco por ciento!

-No lo sé -contesté-. ¿Habla usted en serio?

-Ahí está el dinero. ¿Cuándo puede entregarme lo que yo deseo?

-Por favor -supliqué-. Todo esto es tan poco corriente, que apenas sé por dónde empezar. ¿Tiene una lista detallada de lo que desea adquirir?

-Puedo escribirle los nombres de los cuadros -me dijo-. Recuerdo la mayoría de ellos. Confieso que sabía lo que quería. Velázquez, Gorgione, Cézanne, Degas, Utrillo, Monet, Toulouse-Lautrec, Delacroix, Ryder, Pissarro...

Después empezó a escribir títulos. Me temo que dejé escapar una imprecación. -¡Pero hombre, usted no puede pretender comprar la "Mona Lisa"!

-¿Por qué no?

Daba la impresión de hablar en serio.

-Ya sabe usted que no se vende a ningún precio.

-No lo sabía. ¿A quién pertenece?

-Al museo del Louvre. Está en París.

-Lo ignoraba. -Seguía serio; puedo jurar que hablaba en serio-. Pero, ¿y los demás?

-Siento decirle que lo mismo puede decirse de la mayor parte de estas obras. No están a la venta. La mayoría se encuentran en museos *y* galerías públicas del país *y* del extranjero. Y otros cuadros que usted ha anotado se hallan en manos de coleccionistas que jamás se decidirían a venderlos.

Se levantó y empezó a meter los billetes dentro de la bolsa. Lo agarré por el brazo.

-Pero, desde luego, haremos cuanto podamos -añadí-. Tenemos nuestras fuentes de información, nuestros contactos. Estoy seguro de que, como mínimo, podremos procurarle algunas de las obras menores de cada uno de los maestros que ha anotado en la lista. Sólo es cuestión de tiempo.

Movió la cabeza.

-No me serviría. Hoy es martes, ¿verdad? Debo tenerlo todo en mi poder el domingo por la noche.

¿Han oído ustedes alguna vez una cosa tan absurda? Aquel hombre tenía que estar loco.

-Mire -me dijo-, empiezo ya a comprender cuál es la situación. Estos cuadros que yo deseo están esparcidos por todo el mundo. Son propiedad de museos públicos y de entidades privadas que no los venderían. Y supongo que ocurrirá lo mismo con los manuscritos. Cosas como la *Biblia* de Gutenberg, las primeras obras de Shakespeare, la Declaración de Independencia...

Loco de remate. Todo cuanto pude hacer fue asentir en silencio.

-¿Cuántas de las cosas que deseo se encuentran aquí? -preguntó-. ¿Aquí, en este país?

-Muchas, casi la mitad.

-Perfectamente. *Voy a* decirle lo que debe saber. Siéntese aquí *y* hágame una lista. Quiero que me escriba los nombres de los cuadros que yo he anotado y el lugar donde se encuentra cada uno de ellos. Por esta lista le pagaré 10.000 dólares.

¡Diez mil dólares por una lista que podía haber obtenido gratuitamente en la biblioteca pública! ¡Diez mil dólares por menos de una hora de trabajo!

Le di la lista. Y él me entregó el dinero y se marchó.

Para entonces, yo estaba ya casi frenético. Todo mi cuerpo temblaba. Había venido y se había marchado, y yo no sabía nada, ni siquiera su verdadero nombre. ¿Quién podrá hablarme de millonarios excéntricos? Se marchó, y yo me quedé con 10.000 dólares en la mano.

Bueno, yo no soy de esos que hacen las cosas a ciegas. Aún no habían pasado tres minutos cuando cerré la tienda y me encaminé al Banco. Al regresar a la galería, estaba como extasiado.

Y entonces me pregunté por qué regresaba.

En realidad, no tenía por qué regresar. Aquel dinero era mío, no de Jerry. Me lo había ganado yo, con mi insignificante persona. En cuanto a Jerry, podía quedarse en el Cape y pudrirse allí. Ya no necesitaba su precioso empleo.

Me alejé de allí y compré un billete para París. En mi opinión, todas esas historias de la guerra fría no son más que tonterías.

Desde luego, Jerry se enfurecerá cuando se entere de lo ocurrido. Bueno, que se enfurezca. Sólo puedo decirle que se busque otro chico.

Declaración de Nick Krauss

No me aguantaba de pie. Había estado trabajando desde el martes por la noche y era ya sábado. Tenía los nervios de punta.

Pero yo no podía perderme aquel trabajito. Porque la recompensa era fabulosa. La recompensa al golpe más inmenso jamás proyectado.

Desde luego, he oído hablar del asunto de Brink. Incluso tengo una idea muy aproximada de quienes dieron el golpe. Pero aquello fue miseria al lado de esto, y además se necesitó más de un año para realizarlo.

Ese negocio los deja chiquitos a todos. Figúrense, seis millones de pavos en metálico. ¿Qué les parece? He dicho seis millones de pavos en cuatro días. ¿Una nadería, verdad? ¿Y quién lo hizo? Yo, y nadie más que yo.

Voy a decirles una cosa: me gané ese dinero. Hasta el último centavo. Y no crean que no tuve que repartir la pasta a manos llenas. Incluso ahora no consigo acordarme de cuánta gente intervino desde el principio hasta el fin. Entre propinas y gastos -como alquilar aviones para que todos me trajeran la mercancía- creo que la broma me costó cerca de millón y medio, sólo para montar la operación.

Por lo tanto, quedan cuatro millones *y* medio. Cuatro millones *y* medio que debía recoger a bordo del yate.

Tenía toda aquella maldita mercancía dentro del camión. Ciento cuarenta piezas, algunas de ellas muy pesadas. Pero no quise que nadie más se ocupase de la descarga. Aquello era dinamita. Sólo dos millas desde el almacén donde lo había guardado todo. Las dos millas más largas que jamás he recorrido.

Claro que tenía un almacén. ¡Yo mismo lo había comprado! También compré el yate para él. Pagué en dinero contante y sonante. Cuando se dispone de seis millones para negociar, uno no corre riesgos con cosas que se pueden comprar sin armar jaleo.

El negocio presentaba muchos riesgos. Tuve que correr esos riesgos, trabajando con tanta rapidez. Aún no sé cómo me salí con la mía sin que me fallase una docena de cosas.

Pero la pasta ayudó. Coges a un fulano, y por dos o tres sábanas es capaz de traicionarte. Le das veinte o treinta y el hombre es tuyo. Utilicé a muchos tipos que ni siquiera eran del oficio, tipos que nunca habían conocido la chirona por dentro. Unté las manos de guardianes, policías y empleados de los museos.

Aún no sé qué quería hacer aquel guasón con toda esa pacotilla. Lo único que se me ocurre es que tal vez fuese uno de esos rajás indios, o algo por el estilo. Pero no tenía la pinta de hindú, era un fulano alto y corpulento, más bien joven. Tampoco hablaba como si lo fuese. Pero, ¿a quién más se le puede ocurrir soltar toda esa pasta a cambio de un puñado de telas cubiertas de pintura?

Sea como fuere, el martes por la noche se me presentó provisto de aquella bolsa. Nunca he podido saber cómo llegó hasta mí, y cómo pudo esquivar a Lefty en el piso de abajo.

Pero allí estaba. Me preguntó si era verdad lo que le habían contado de mí, y me preguntó si quería hacer un trabajito para él. Dijo llamarse Smith. El nombre que adoptan todos los que quieren permanecer en el anonimato.

Poco me importó cuál fuese su nombre. Porque, como dijo aquel tipo, el dinero habla por sí solo. Y desde luego, aquel martes por la noche el dinero soltó un verdadero discurso cuando el fulano aquel *va y* me esparce dos millones de machacantes sobre la mesa.

Dos millones de machacantes, ¿me oyen? ¡Y en metálico!

-He traído esto para los gastos -me dijo-. Si puedes ayudarme, hay cuatro millones más.

Prescindamos del resto. Hicimos el trato y yo puse manos a la obra. El miércoles lo tenía ya a bordo del yate, y no se movió de allí mientras yo trabajaba. Cada noche, yo iba allí y le informaba.

Fui personalmente a Washington *y* también me ocupé del negocio en Nueva York *y* Filadelfia. El viernes visité Boston. Lo demás lo solucioné por teléfono en su mayor parte. Mandé hombres en avión con pedidos *y* dinero contante *y* sonante a Detroit, Chicago, San Luis *y* la costa. Tenían listas *y* sabían lo que debían buscar. Cada uno de los que se pusieron en contacto conmigo hizo sus propios planes para dar su golpe. Yo pagué todo lo que me pidieron y de ese modo todos estuvieron contentos. No había la posibilidad de que alguno me la diera con queso; ¿dónde habría podido vender el género? Estas cosas queman al que las toca.

El jueves yo estaba ya medio sepultado entre gráficos, planos de salas y rutas de escape. Había seis individuos sólo para revisar los sistemas de alarma en los lugares que corrían a mi cargo. En Nueva York trabajaban más de cincuenta, sin contar el personal sobornado. Nadie me creería si yo dijera los nombres de algunos de los que nos ayudaron. Profesores de importancia, explicando cómo podíamos entrar, o cortando alambres *y* dejando puertas sin cerrar. Oí a una docena de ellos *y* cuando todo hubo terminado hasta me escandalicé. Esto es lo que el dinero a grandes dosis puede comprar.

Como es lógico, me vi en algún apuro. En varios. No pudimos sacar el género de Los Ángeles. El camión no estaba en el lugar previsto, y perdieron todo el cargamento tratando

de pirárselas en el aeropuerto. Fue una suerte que la bofia se cargase a los cuatro que habrían podido cantar. Gracias a esto, no pudieron sacar nada en claro.

En resumidas cuentas, hubo unas siete u ocho bajas; los cuatro de Los Ángeles, dos en Filadelfia, un fulano en Detroit y otro en Chicago. Pero nadie se chivó. Yo estuve siempre en contacto por radio y tenía a mis muchachos en todas partes, supervisando. Todo el género al que pudimos echar mano llegó a Jersey en avión particular y lo metí directamente en el almacén.

Y cuando salí para cobrar la factura, tenía todas las obras, 143 piezas, metidas en mi camión.

Necesité tres horas para subir la mercancía a bordo del yate. Aquel tipo, el supuesto míster Smith, estuvo sentado y vigilándome durante todo ese rato.

Cuando terminé, le dije:

-Aquí está todo. ¿Está contento, o prefiere que le extienda un recibo?

Ni siquiera sonrió. Lo único que hizo fue mover la cabeza.

-Tendrá que abrir las cajas -me dijo.

-¿Abrirlas? -exclamé-. Necesitaré dos horas más.

-Disponemos de tiempo -replicó.

-¡Y un cuerno! óigame, esa mercancía quema y yo aún más. Hay más de cien mil polizontes buscando ese género. ¿No ha leído los periódicos ni ha escuchado la radio? Todo el país está que arde. Esto es peor que una crisis bélica o como quiera que se llame. Quiero largarme de aquí, más que de prisa.

Pero él insistió en que abriera las cajas *y* las cestas, *y* tuve que hacerlo. Al fin *y* al cabo, por cuatro millones de pavos un poco trabajo extra no hace daño a nadie. Ni siquiera cuando uno está que se cae de sueño. De todos modos, fue tarea dura pues todo estaba muy bien empaquetado. Con el fin de que no se averiase el género, se comprende.

No había nada que estuviera enmarcado. El hombre extendió aquellas telas en el suelo y las comprobó una por una, mientras consultaba un cuaderno. Y cuando yo hube sacado el último maldito cuadro, llevando todas las maderas *y* virutas a cubierta, *y* arrojado todos los restos por la borda aprovechando la oscuridad, fui a buscarlo a la cabina de proa.

-¿Qué está haciendo aquí? -pregunté-. ¿Adónde vamos?

-A trasbordar todo esto a mi buque -me dijo-. No supondrá usted que me dispongo a marcharme con esta embarcación, ¿verdad? Y necesito su ayuda para trasladarlo a bordo de la mía. No se preocupe, no está muy lejos de aquí.

Puso en marcha los motores, pero yo me coloqué detrás de él y le hurgué las costillas con mi "Especial".

-¿Dónde está la pasta? -le pregunté.

-En la otra cabina, sobre la mesa.

Ni siquiera se volvió para mirarme.

-¿No intentará ninguna jugarreta, verdad?

-Juzgue usted mismo.

Fui a verlo y me convencí de que jugaba limpio.

Había cuatro millones de pavos sobre la mesa. Billetes de cinco *y* de diez mil dólares, *y* nada de falsificaciones. No resultaría muy fácil pasar aquellas sábanas tan grandes, pues los federales darían la alarma, pero tampoco entraba en mis planes dormirme con aquel fardo a cuestas. Hay muchos países aficionados a los billetes de gran calibre y que no hacen ninguna pregunta. Varios lugares de Suramérica. Este panorama no me inquietaba

mucho, siempre y cuando pudiera llegar allí.

Y me cuidé de que pudiera llegar allí. Volví a la otra cabina y le enseñé otra vez mi "Especial".

-No se detenga -le dije-. Le ayudaré, pero si se pasa de listo le extirparé el apéndice de un balazo.

Sabía quién era yo. Sabía también que podía agujerearle y largarme de allí cuando me diese la gana. Pero ni siquiera parpadeó, ni tan sólo levantó la vista de su timón.

Navegamos unas cuatro o cinco millas. La oscuridad era total y él no llevaba ningún faro encendido, pero sabía adónde íbamos pues de pronto nos paramos en alta mar y me dijo:

-Hemos llegado.

Subí a cubierta con él *y* no pude ver nada. Sólo las luces de la costa *y* el agua que nos rodeaba. ¡Que me ahorquen si vi una embarcación en parte alguna!

-¿Dónde está? -le pregunté.

-¿El qué?

-Su nave.

-Aquí abajo -contestó, señalando a un lado.

-¿De qué diablos se trata? ¿De un submarino o de algo por el estilo?

-De algo por el estilo.

Se inclinó sobre la borda. Sus manos estaban vacías, no hizo más que asomarse, y que me maten si de repente no aparece aquella maldita cosa. Una especie de bola de plata, con una escotilla encima.

Ni siquiera distinguí la escotilla hasta que se abrió, y la bola flotó junto al yate de modo que pudimos apoyar la pasarela en la escotilla.

-Venga -me dijo-. Le ayudaré, así ganaremos tiempo.

-¿Se figura que *voy a* transportar la mercancía sobre esta plancha tan delgada? -le pregunté-. ¿Y a oscuras?

-No se preocupe, no podrá caerse. Está magnomesurizada.

-¿Qué diablos significa esto?

-Se lo enseñaré.

Caminó sobre la plancha y subió a la bola antes de que yo pensara en detenerlo. La plancha no se movió ni un milímetro.

Después regresó junto a mí.

-Vamos, no hay motivo para tener miedo.

-¿Quién tiene miedo?

Pero yo estaba que no me tocaba la camisa al cuerpo. Porque entonces comprendí lo que era aquel hombre. Durante los últimos tiempos había estado leyendo mucho los periódicos y no me perdía ni detalle de tanta charla sobre la próxima guerra. Era uno de aquellos comunistas, con sus armas nuevas y todo su material. No era de extrañar que gastase millones de machacantes de aquella manera.

Por lo tanto, pensé en cumplir con mi deber de patriota. Sí, le metería todos aquellos cuadros a bordo. Quería echar un vistazo a aquel submarino suyo. Pero una vez terminado el trabajo, decidí que no iría a Rusia, ni a ningún otro sitio. Yo me encargaría de ello.

Esto es lo que planeé y así le ayudé a acarrear toda la mercancía hasta el submarino.

Pero después volví a cambiar de opinión. No era un ruso. No era nada que yo pudiese imaginar, excepto tal vez un inventor. Porque aquella cosa suya era absurda.

El interior estaba hueco. Completamente hueco, sólo con una pared delgada

alrededor. Puedo jurar que no había sitio ni para un motor ni para nada. Sólo el espacio necesario para apilar los cuadros y para que dos o tres hombres estuvieran de pie.

Tampoco había ninguna luz eléctrica, pero había luz. Y luz de día. Sé de lo que estoy hablando, estoy bien enterado de los tubos fluorescentes y de neón. Aquello era distinto. Algo nuevo.

¿Instrumentos? Bueno, en un lugar había una especie de ranuras pequeñas, pero estaban en el suelo. Había que echarse para ver cómo funcionaban. Y él no me quitaba la vista de encima, por lo que no quise obrar de forma tan descarada. Pensé que no sería prudente.

Tuve miedo porque no tenía miedo.

Tuve miedo porque no era un ruso.

Tuve miedo porque no hay bolas redondas que floten en el agua, o que salgan de ella sólo cuando uno las mira.

Y porque aquel hombre no vino a ninguna parte con todo aquel dinero y no iba a ningún sitio con todos aquellos cuadros.

No pude fijar mis ideas, con la excepción de una sola. Quería salir de allí, y salir cuanto antes.

Tal vez ustedes creerán que estoy como una cabra, pero ello se debe a que nunca han visto una bola resplandeciente flotando en el agua, sin moverse siquiera a causa de las olas, y con luz de día dentro cuando no había nada para iluminarla. Nunca han visto a un señor Smith que no se llamaba Smith y que tal vez ni siquiera era tal señor.

Pero si hubiesen pasado por esta experiencia, comprenderían por qué me alegré tanto al verme otra vez en el yate y al poder bajar a la cabina a recoger la pasta.

-Perfectamente -dije-. Y ahora, vamos a regresar en seguida.

-Márchese cuando quiera -contestó él-. Yo me *voy* ahora mismo.

-¿Que usted se va? ¿Y entonces cómo diablos regreso yo?- grité.

-Con el yate -me dijo-. Es suyo.

Así, tal como lo oyen, me contestó.

-Pero si yo no puedo volver con el yate... ¡Ni siquiera sé tripularlo!

-Es muy sencillo. Vamos, se lo explicaré. Yo lo comprendí en menos de un minuto. Venga conmigo a la cabina.

-Un momento -saqué el "Especial"-. Usted me llevará ahora mismo hasta el muelle. -Lo siento, no tengo tiempo. Debo ponerme en camino antes de...

-Ya me ha oído -insistí-. Ponga en marcha ese cascarón de nuez.

-Se lo ruego, no me oponga dificultades. Tengo que marcharme enseguida.

-Primero me volverá a tierra firme. Después márchese a Marte o a dondequiera que sea.

-¿Marte? ¿Quién ha hablado de...?

Sonrió y movió la cabeza. Y entonces me miró.

Me miró con fijeza, me miró a mí. Miró a mi interior. Sus *ojos* eran sus *ojos* eran como dos de aquellas grandes bolas de plata, introduciéndose en rendijas detrás de mis globos oculares *y* chocando contra mi cerebro. Se acercaron a mí, pesadas *y* lentas, *y yo* no supe esquivarlas. Vi cómo venían y supe que si chocaban contra mí, yo era hombre muerto.

Mis pies no me sostenían. Todo mi cuerpo estaba semiparalizado. Él seguía sonriendo *y* mirándome, mientras sus *ojos* se me acercaban. Dieron vueltas *y* percibí su choque. Después... me sentí morir.

Lo último que recuerdo es que oprimí el gatillo.

Declaración de Elizabeth Rafferty, M. D.

El domingo por la mañana, a las 9:30, llamó a la puerta. Recuerdo la hora con exactitud porque yo había terminado de desayunar y había conectado la radio para escuchar noticias de la guerra. Al parecer, habían descubierto otro navío soviético, esta vez en la bahía de Charleston y con un dispositivo atómico a bordo. Los servicios de vigilancia costera *y* las fuerzas aéreas se hallaban en estado de alarma, y...

Sonó el timbre y abrí la puerta.

Allí estaba él. Medía por lo menos un metro noventa y cinco. Tuve que mirar hacia arriba para ver su sonrisa, pero el esfuerzo bien valía la pena.

-¿Está el doctor? -preguntó.

-Yo soy, el doctor Rafferty.

-Bien. Esperaba tener la suerte de encontrarle en casa. Acabo de llegar caminando, en busca de un médico. Se trata de una urgencia...

-Lo suponía -di un paso atrás-. ¿Quiere pasar? No me gusta que mis pacientes se desangren en el umbral de mi casa.

Dio un vistazo a su brazo izquierdo. Sangraba, desde luego. Y a juzgar por el agujero de su chaqueta y las huellas de pólvora, adiviné la causa.

-Por aquí -le dije, entrando en el despacho-. Y ahora, si me permite que le ayude a quitarse la chaqueta y la camisa, míster...

-Smith.

-Desde luego. Suba a la mesa. Eso es. Vamos a ver, permítame... Aquí. ¡Bien! Un orificio muy limpio, sobre el triceps. Doble el brazo. Otra vez. Parece como si hubiese tenido suerte, míster Smith. Ahora estése muy quieto. *Voy a* sondar... Tal vez le dolerá un poquitín... ¡Magnífico! Y ahora vamos a esterilizarlo...

Le estuve observando todo el rato. Tenía el rostro impasible de un jugador de naipes, pero sin ninguno de sus gestos. No supe clasificarlo. Pasó por toda la cura sin un solo gemido ni un cambio de su expresión.

Por último, le vendé el brazo.

-Probablemente, su brazo estará entumecido durante varios días. Le aconsejaría que no se moviese mucho. ¿Cómo ha sucedido?

-Un accidente.

-¡Vamos, míster Smith! -Saqué la pluma y busqué un formulario-. No seamos chiquillos. Sabe usted tan bien como yo que un médico debe presentar un informe completo cuando se trata de una herida de bala.

-No lo sabía -saltó de la mesa-. ¿Quién recibe el informe?

-La policía.

-¡No!

-¡Se lo ruego, míster Smith! La ley me exige que...

-Acepte esto.

Buscó algo en el bolsillo con la mano derecha, y lo arrojó sobre la mesa. Lo miré: nunca había visto hasta entonces un billete de cinco mil dólares, y era algo que recreaba la vista.

-Y ahora me marcho -me dijo-. En realidad, nunca he estado aquí.

Me encogí de hombros.

-Como guste -le dije-. Pero antes quiero enseñarle una cosa.

Me levanté, abrí el primer cajón de la izquierda de mi escritorio y le enseñé lo que guardaba allí.

-Esto es una pistola calibre "22", míster Smith -le expliqué-. Un arma para damas. Nunca la he usado fuera del campo de tiro. Me disgustaría tener que utilizarla ahora, pero le prevengo que si lo hago sentirá usted molestias en su brazo derecho. Como médico, mis conocimientos de anatomía se unen a mis habilidades como tirador. ¿Me ha comprendido?

-Sí, desde luego. Pero tiene que dejarme salir. Es muy importante. Yo no soy un criminal.

-Nadie ha dicho que lo sea. Pero lo será si trata de burlar a la ley negándose a contestar a mis preguntas para hacer el informe. Éste debe hallarse en poder de las autoridades dentro de las próximas veinticuatro horas todo lo más tarde.

Soltó una risita.

-Nunca lo leerán.

Suspiré.

-No discutamos. Y no vuelva a meter la mano en su bolsillo.

Me miró, sonriendo otra vez.

-No llevo armas. Sólo quería incrementar sus honorarios.

Otro billete cayó sobre la mesa. Diez mil dólares. Cinco mil más diez mil son quince mil, sumé mentalmente.

-Lo siento -dije-. Todo esto resulta muy tentador para un médico joven que trata de abrirse camino, pero resulta que yo tengo ideas muy anticuadas sobre estas cosas. Además, no creo que nadie me los cambiase a causa de todo ese gran jaleo que publican los periódicos acerca de...

Callé súbitamente al recordar. Billetes de cinco mil y de diez mil dólares. Todo coincidía. Le sonreí desde mi escritorio.

-¿Dónde están los cuadros, míster Smith? -pregunté.

Le tocó a él la voz de suspirar.

-Por favor, no me lo pregunte. Yo no quiero perjudicar a nadie. Sólo quiero marcharme, antes de que sea demasiado tarde. Usted ha sido amable conmigo. Le estoy agradecido. Acepte el dinero y olvídese de todo. Este informe no servirá para nada, créame.

-¿Creerle? ¿Con todo el país en vilo buscando obras de arte robadas, y con un comunista debajo de cada cama? Tal vez se trate solamente de curiosidad femenina, pero me gustaría saberlo todo. -Le apunté cuidadosamente-. No se trata de una conversación, míster Smith. Hable o disparo.

-Está bien. Pero no le servirá de nada. -Se inclinó hacia mí-. Debe creerme. No servirá de nada. Podría enseñarle los cuadros, es verdad. Se los podría entregar. Y sin embargo, de nada serviría. Dentro de veinticuatro horas resultarían tan inútiles como el informe que usted quería presentar.

-Es verdad, el informe. Tal vez sea mejor que empecemos por él -dije-. A pesar de sus frases pesimistas. A juzgar por lo que dice, parece como si las bombas tuviesen que empezar a caer mañana.

-Caerán -me aseguró-. Aquí y en todas partes.

-Muy interesante -empuñé la pistola con la mano izquierda y cogí la estilográfica-. Pero ahora, al grano. Su nombre, por favor. Su nombre auténtico.

-Kim Logan.

-¿Fecha de nacimiento?

-25 de noviembre de 2903.

Levanté el arma.

-El brazo derecho -dije- a media altura del triceps. Le dolerá.

-25 de noviembre de 2903 -repitió-. Llegué aquí el domingo pasado a las 10 de la noche, según el horario de ustedes. Siguiendo la misma cronología, me marcharé mañana a las nueve. Es un ciclo de 169 horas.

-¿De qué me está hablando?

-Mi instrumento está ahí, en la bahía. Los cuadros y los manuscritos se encuentran en él. Quería permanecer sumergido hasta el momento de marcharme esta noche, pero un hombre disparó contra mí.

-¿Se siente febril? -pregunté-. ¿Le duele la cabeza?

-No. Le dije que no serviría de nada explicárselo todo. Usted no quiere creerme, como tampoco ha creído lo de las bombas.

-Ciñámonos a los hechos -sugerí-. Usted ha admitido que robó los cuadros. ¿Por qué? -A causa de las bombas, desde luego. Se aproxima la guerra, la gran guerra. Mañana, antes del amanecer, sus aviones volarán sobre la frontera rusa y los aviones soviéticos contraatacarán. Esto no será nada más que el comienzo. La guerra durará meses, años incluso. Al final... ruinas. Pero las obras maestras que yo me llevo estarán a salvo. -¿Cómo?

-Se lo he dicho ya. Mañana, a las nueve, regresaré a mi lugar en la coordenada continua del tiempo. -Alzó la mano-. No me diga que esto no es posible. Tal vez lo sea según sus conceptos actuales de la física. Tal como está incluso nuestra ciencia, sólo puede demostrarse el movimiento hacia adelante. Cuando sugerí mi proyecto al Instituto todos se mostraron escépticos, pero esto no impidió que construyeran el instrumento siguiendo mis instrucciones. También me permitieron utilizar el dinero de la Fundación Histórica, en Fort Knox. Y antes de marcharme, recibí irónicas bendiciones. Supongo que al verme desaparecer, todos se llevaron una sorpresa mayúscula. Pero esto no será nada comparado con la reacción que causará mi regreso. Mi regreso triunfal, con un cargamento de obras maestras que todos suponían destruidas mil años antes.

-Vamos a aclarar las cosas -dije-. Según su relato, usted ha venido porque sabía que la guerra estaba a punto de estallar y quería salvar de la destrucción unas cuantas obras maestras. ¿No es así?

-Exactamente. Era una jugada muy arriesgada, pero disponía de dinero. He estudiado esta época repasando todos los detalles disponibles en los archivos. Me puse al corriente de las peculiaridades lingüísticas de la época. Supongo que no tiene dificultad en comprenderme, ¿verdad? Y conseguí elaborar un plan. Desde luego, no he tenido un éxito completo, pero he conseguido mucho en una sola semana. Tal vez pueda volver otra vez, un poco antes, quizá con un año o dos de anticipación, y procurarme más. -Sus ojos brillaron-. ¿Por qué no? Podríamos construir más instrumentos, venir varios de nosotros. Entonces podríamos conseguir lo que quisiéramos.

Moví la cabeza denegando.

-Para no extendernos demasiado, supongamos por un momento que le creo, cosa que no es cierta. Dice usted que ha robado varios cuadros. Esta noche piensa llevárselos consigo al año dos mil novecientos y pico. Esto es lo que usted espera. ¿Es ésta su historia?

-Es la verdad.

-Muy bien. Pero ahora sugiere que podrían repetir el experimento en una escala más amplia. Regresar un año antes que hoy *y* apoderarse de más obras maestras. ¿Qué sucederá

con los cuadros que usted se llevará hoy?

-No la comprendo.

-Según usted, estos cuadros estarán en su época. Pero un año antes estaban colgados en diversos museos. ¿Seguirán allí cuando ustedes vuelvan? Seguramente, no pueden coexistir.

Sonrió.

-Interesante paradoja. Empieza usted a gustarme, doctora Rafferty.

-Pues bien, no deje que este sentimiento *vaya* en aumento. No es recíproco, puedo asegurárselo. Incluso aunque me estuviera diciendo la verdad, yo no podría admirar sus motivos.

-¿Por qué no? -Se levantó, haciendo caso omiso de la pistola-. ¿Acaso no es un objetivo dignísimo la salvación de tesoros inmortales de las insensatas destrucciones de una guerra de tribus? El mundo merece que este patrimonio artístico sea preservado. He arriesgado mi vida para poder llevar la belleza a mi propia época, donde podrá ser adecuadamente admirada y disfrutada por mentes que ya no están obsesionadas por la codicia y crueldad que he hallado aquí.

-Sus palabras suenan muy bien -observé-, pero los hechos prevalecen. Usted ha robado esos cuadros.

-¿Robado? ¡Los he salvado! Le aseguro que antes de terminarse este año estarían completamente destruidos. Sus galerías, sus bibliotecas, todo desaparecerá. ¿Es robar sacar los objetos más preciados de un templo en llamas? -Se inclinó hacia mí-. ¿Es un crimen?

-¿Y por qué no apagar el fuego? -repliqué-. Usted sabe (supongo que a través de datos históricos) que la guerra ha de estallar hoy o mañana. ¿Por qué no aprovecharse de su previsión y tratar de evitarla?

-No puedo hacerlo. Los datos que poseemos son mínimos e incompletos. Los acontecimientos se confunden entre sí. Ni siquiera he podido averiguar cómo empezó, o mejor dicho empezará, la guerra. Algún incidente trivial, que nadie mencionará. Sobre este punto, nada he podido aclarar.

-¿Pero no puede avisar a las autoridades?

-¿Y cambiar la historia? ¿Cambiar la secuencia actual de los acontecimientos, para ser más exacto? ¡Imposible!

-¿Acaso no la cambia al llevarse los cuadros?

-Esto es diferente.

-¿Lo cree? -Le miré con fijeza a los ojos-. No veo la diferencia. En fin, todo esto es imposible. He perdido mucho tiempo discutiendo con usted.

-¡Tiempo! -Miró el reloj de pared-. Son casi las doce. Sólo me quedan nueve horas. Y tengo que hacer muchas cosas. Entre ellas, ajustar el instrumento.

-¿Dónde está ese precioso mecanismo suyo?

-En la bahía. Sumergido, desde luego. Tuve esta idea cuando lo estaban construyendo. Imaginen los riesgos que supone tratar de moverse a través del tiempo y aparecer sobre una superficie sólida. La faz de la tierra sufre cambios, pero el océano es prácticamente inalterable. Sabía que si partía desde un lugar situado a varias millas del litoral y llegaba aquí, eliminaría gran parte de los riesgos más corrientes. Por otra parte, el mar ofrece un escondrijo ideal. Sepa que el principio de mi viaje es sencillo. Por medios puramente mecánicos, esta noche elevaré el instrumento hasta rebasar el límite estratosférico y entonces intercalcularé dimensional mente el momento en que me libere de la órbita terrestre. El impulso gántico será...

No cabía duda. No era preciso escuchar tantas tonterías para comprender que estaba loco de atar. Una lástima, pues era un ejemplar muy apuesto.

-Lo siento -le interrumpí-. No dispongo de más tiempo. Lamento verme obligada a ello, pero no me queda otra alternativa. No, no se mueva. *Voy a* llamar a la policía, *y* si da usted un paso dispararé.

-¡Deténgase! ¡No debe llamarles! Haré cualquier cosa. Incluso la llevaré conmigo. ¡Eso es! ¡La llevaré conmigo! ¿No le gustaría salvar la vida? ¿No le agradaría escapar?

-No. Nadie escapará -le aseguré-. Sobre todo, usted. Y ahora, quieto y nada de tonterías. *Voy a* hacer esa llamada.

Se detuvo. Quedóse inmóvil. Yo cogí el teléfono, con una dulce sonrisa. Él sonrió a su vez. Me miró.

Ocurrió algo.

Se ha discutido mucho acerca de los aspectos clínicos de la terapia hipnótica. Recuerdo que en la escuela intentaron hipnotizarme y demostré ser totalmente inmune. De ello deduje que se necesita cierta dosis de cooperación o de sugestibilidad condicionada para que un individuo resulte susceptible a la hipnosis.

Estaba equivocada.

Estaba equivocada porque entonces no pude moverme. Nada de luces, ni de espejos, ni de voces, ni de sugestión. Simplemente, no pude moverme. Seguí sentada, empuñando la pistola. Así continué mientras le veía marcharse, cerrar la puerta tras él. Podía ver *y* podía asentir. Incluso pude oírle cuando se despidió de mí.

Pero no conseguí moverme. Podía hacer algo, pero sólo funciones de tipo paralítico. Por ejemplo, podía mirar el reloj.

Estuve observando el reloj desde las doce hasta casi las siete. Durante la tarde llegaron varios pacientes, no pudieron entrar y se marcharon. Miré el reloj hasta que su faz se borró a causa de la oscuridad. Seguí sentada y sufriendo aquella rigidez hipnótica hasta que, providencial mente, sonó el teléfono.

Aquello rompió el hechizo. Pero también me quebró a mí. No pude contestar a la llamada. Me limité a desplomarme sobre mi mesa, con los músculos transidos por el dolor, mientras la pistola se desprendía de mis dedos entumecidos. Permanecí allí jadeando *y* sollozando, durante largo tiempo. Traté de sentarme otra *vez y* sufrí dolores de agonía. Después traté de andar. Las piernas carecían de tacto. Necesité una hora para volver a ser dueña de mí, e incluso entonces noté que sólo se trataba de un control parcial, un control meramente físico. Mis pensamientos eran otra cosa muy distinta.

Siete horas pensando. Siete horas de duda entre la falsedad o la certidumbre de aquel relato. Siete horas aceptando *y* rechazando lo posible *y* lo imposible.

Eran ya más de las ocho cuando conseguí valerme de los pies otra vez, y entonces no supe lo que debía hacer.

¿Llamar a la policía? Sí, pero ¿qué podía decirles? Tenía que estar segura, tenía que saber.

¿Y qué sabía yo? Que estaba allí, en la bahía, y que partiría a las nueve. Había un instrumento que se elevaría más allá de la estratosfera...

Salí en busca de mi coche y me puse en marcha. El muelle estaba desierto. Enfilé la carretera que conduce hasta la Punta, desde donde se goza de una buena vista. Llevaba mis prismáticos. Había estrellas, pero no luna, a pesar de lo cual pude ver perfectamente.

Había un pequeño yate que se mecía sobre las aguas, pero no brillaba en él ninguna luz. ¿Podía ser el yate?

Sería absurdo correr riesgos. Me acordé de las noticias de la radio acerca del servicio de vigilancia costera.

Esto me decidió. Regresé a la ciudad, me detuve ante una farmacia y llamé a la policía. Sólo comuniqué la presencia del yate. Tal vez investigarían la causa de que no hubiese luces. Sí, me quedaría allí y les esperaría, si así lo deseaban.

No me quedé, desde luego. Volví a la Punta y enfoqué mis prismáticos hacia el yate. Eran casi las nueve cuando vi que se acercaba la lancha guardacostas, pasando detrás del yate con gran rapidez.

Eran exactamente las nueve cuando encendieron los reflectores y, durante un increíble instante, captaron el brillante reflejo del globo plateado que salió del agua y subió derecho hacia los cielos.

Entonces se produjo la explosión y vi el fogonazo antes de percibir la detonación. El guardacostas llevaba artillería antiaérea y ésta se mostró efectiva.

Por un momento, el globo siguió su ascenso. Al momento siguiente, no había nada. Lo volaron en mil pedazos.

Y fue como si también me hicieran pedazos a mí. Porque si había un globo, tal vez él estaba dentro. Con las obras maestras, a punto de regresar a otra época. Por lo tanto, su historia era cierta, y si era cierta...

Creo que me desmayé. Mi reloj marcaba las 10:30 cuando recobré el conocimiento y me incorporé. Habían dado ya las once cuando entré en el Servicio de Vigilancia Costera y expliqué mi odisea.

Como es lógico, nadie me creyó. Incluso el doctor Halvorsen, el médico de guardia, dijo que me creía pero insistió en darme la inyección y en trasladarme al hospital.

De todos modos, hubiera sido ya tarde. Aquel globo fue la gota que acabó de llenar el vaso. Seguramente, comunicaron a Washington sin perder tiempo la historia de aquella nueva arma soviética destruida ante las costas. Al producirse el hecho después de haberse descubierto aquellos buques cargados de bombas, representó el golpe final. Alguien dio órdenes y nuestros aviones se pusieron en camino.

He estado escribiendo toda la noche. Desde el pasillo se oyen las noticias de la radio. Hemos bombardeado varios lugares. Y se ha dado la alerta, en previsión de posibles represalias.

Tal vez ahora me creerían. Pero ya no importa. Será tal como él pronosticó.

No puedo dejar de pensar en las paradojas del viaje a través del tiempo. Esa noción de trasladar objetos del presente al futuro, y esa otra acerca de alterar el pasado. Me gustaría desarrollar esta teoría, pero ya no es preciso. Los antiguos maestros no han podido ir al futuro. Como tampoco él, al regresar a nuestro presente, pudo evitar la guerra.

¿Qué había dicho? %i siquiera he podido averiguar cómo empezó, o mejor dicho empezará, la guerra. Algún incidente trivial, que nadie mencionará."

Pues bien, éste fue el incidente trivial. Su visita. Si yo no hubiera hecho aquella llamada por teléfono, si el globo no se hubiese elevado... pero ya no puedo pensar en ello por más tiempo. Me duele la cabeza. Todo ese ruido estridente y atronador...

Acabo de efectuar un descubrimiento importante. Estos ruidos estridentes y atronadores no proceden del interior de mi cabeza. También puedo oír el alarido de las sirenas. Si aún me quedaba alguna duda acerca de la veracidad de sus afirmaciones, se ha desvanecido ya por completo.

Ojalá hubiese dado crédito a sus palabras. Ojalá los demás me creyesen ahora. Pero ya no queda tiempo...

UN HOGAR HOSPITALARIO

El tren llevaba retraso y serían ya más de las nueve cuando Natalie se halló en el solitario andén de la estación de Hightower.

Como es natural, la estación estaba cerrada por la noche -no era más que un apeadero, pues no había allí ninguna población- y Natalie no supo lo que debía hacer. Había estado segura de que el doctor Bracegirdle vendría a recibirla. Antes de salir de Londres había mandado un telegrama a su tío para comunicarle la hora de su llegada, pero debido al retraso del tren cabía la posibilidad de que hubiese venido y se hubiera marchado otra vez.

Natalie miró a su alrededor indecisa y entonces vio la cabina telefónica que le ofrecía una solución. La última carta del doctor Bracegirdle estaba en su monedero y en ella figuraban su dirección y el número de su teléfono. Cuando llegó a la cabina ya había revuelto el monedero y hallado la carta.

La llamada resultó ser un pequeño problema; hubo una interminable demora antes de que la telefonista estableciera la conexión y había considerables zumbidos en la línea. Una mirada a las colinas cercanas a la estación, a través del cristal de la cabina, le sugirió el motivo de tales dificultades. Al fin y al cabo, recordó Natalie, se hallaba en la región occidental. Era muy posible que allí todo fuese más primitivo...

-¡Diga, diga!

La voz de aquella mujer tenía un tono agudo. Los zumbidos habían cesado, pero podía oírse un rumor que sugería una algarabía de voces. Natalie se inclinó y habló con voz clara ante el teléfono.

-Soy Natalie Rivers. ¿Puedo hablar con el doctor Bracegirdle?

-¿Quién dice que le llama?

-Natalie Rivers. Soy su sobrina.

-¿Su qué, señorita?

-Su sobrina -repitió Natalie-. ¿Puedo hablar con él, por favor?

-Espere un momento.

Hubo una pausa, durante la cual el sonido de las voces de fondo pareció amplificarse, y poco después Natalie oyó una resonante voz masculina que dominó el distante murmullo.
-Soy el doctor Bracegirdle. ¡Mi querida Natalie, qué inesperada sorpresa!

-¿Inesperada? ¡Pero si esta tarde te he enviado un telegrama desde Londres! -Natalie se contuvo al notar el ligero matiz de impaciencia que contenían sus palabras-. ¿Acaso no ha llegado?

-Mucho me temo que nuestro servicio no sea muy eficiente -replicó el doctor Bracegirdle con una risita a guisa de excusa-. No, no ha llegado tu telegrama. Pero veo que tú sí. -Volvió a lanzar una breve carcajada-. ¿Dónde estás, querida?

-En la estación de Hightower.

-¡Qué lástima! Precisamente en la dirección opuesta.

-¿En la dirección opuesta?

-Sí, de la casa de los Peterby. Me acababan de telefonear cuando tú has telefoneado. Una nadería acerca de un apéndice; lo más probable es que sólo se trate de un pequeño trastorno estomacal. Pero he prometido ir en seguida, por si acaso.

-¿No irás a decirme que aún ejerces medicina general?

-Sólo en caso de urgencias, querida. No hay muchos médicos por aquí. Por suerte, tampoco hay muchos pacientes. -El doctor Bracegirdle empezó a reírse otra vez, pero logró contenerse-. Vamos a ver. Dices que estás en la estación, ¿verdad? Mando en seguida a miss Plummer para que te recoja con el jeep. ¿Traes mucho equipaje? -Sólo un maletín de viaje. El resto viene con el mobiliario por barco.

-¿Por barco?

-¿No te lo escribí?

-Sí, claro que sí. Bien, no importa. Miss Plummer llegará en seguida.

-La esperaré ante el andén.

-¿Qué dices? Habla más alto, apenas puedo oírte.

-Dije que la esperaré ante el andén.

-¡Ah! -El doctor Bracegirdle volvió a soltar la carcajada-. Es que aquí estamos celebrando una fiestecilla.

-¿No molestaré? Me refiero a que no me esperaban esta noche...

-¡Ni hablar! No tardarán en marcharse. Espera a Miss Plummer.

Se cerró la comunicación y Natalie regresó al andén. Al cabo de un rato sorprendentemente corto, apareció el jeep y se desvió de la carretera para detenerse casi tocando los raíles. Una mujer alta *y* delgada, de cabellos grises *y* vestida con un uniforme blanco un poco arrugado, se apeó y llamó a Natalie.

-Venga, querida. Siéntese, yo meteré esto detrás. -Balanceó el maletín y lo arrojó a la parte posterior del vehículo-. ¡Y ahora, en marcha!

Sin esperar apenas a que Natalie cerrase la puerta, la enérgica miss Plummer aceleró y el automóvil volvió a enfilar la carretera.

El indicador de velocidades no tardó en marcar los ciento veinte, y Natalie parpadeó. Miss Plummer notó en seguida su inquietud.

-Lo siento -dijo-. Con el doctor visitando fuera de casa, no puedo estar ausente durante mucho tiempo.

-¡Ah, sí, a causa de los huéspedes! Ya me lo dijo.

-¿De veras?

Miss Plummer tomó un rápido viraje y los neumáticos protestaron con un chillido. Natalie decidió ocultar su aprensión mediante la conversación.

-¿Qué clase de hombre es mi tío? -preguntó.

-¿Nunca lo ha visto?

-No. Mis padres se marcharon a Australia cuando yo era aún muy joven. En realidad, ésta es la primera vez que salgo de Canberra.

-¿La han acompañado sus padres?

-Fallecieron hace dos meses en un accidente de coche -explicó Natalie-. ¿No se lo ha dicho el doctor?

-Pues no. Es que yo llevo con él muy poco tiempo. -Miss Plummer lanzó una breve imprecación y el coche zigzagueó a lo largo de la carretera-. ¿Un accidente de coche, dice usted? Hay gente que no debiera sentarse ante un volante. Eso es lo que dice el doctor. -Se volvió para mirar a Natalie-. Entonces, ¿viene usted para quedarse?

-Sí, desde luego. Me escribió cuando le nombraron mi tutor. Por esto me preguntaba cuál es su aspecto. Resulta tan difícil juzgar a través de unas cartas. -La mujer de rostro enjuto asintió en silencio, pero Natalie sentía la necesidad de hacer confidencias-. Si he de serle sincera, estoy un poco nerviosa. Es que nunca he conocido a un psiquiatra.

-¿Lo dice de veras? -exclamó miss Plummer estremeciéndose-. Tiene usted mucha

suerte. Yo he conocido a unos cuantos. Si quiere que le diga la verdad, son un poco sabelotodo. Aunque debo reconocer que el doctor Bracegirdle es uno de los mejores. Más comprensivo.

-Tengo entendido que ha adquirido una muy numerosa clientela.

-Para esa especialidad nunca faltan clientes -observó miss Plummer-. Sobre todo entre la gente adinerada. Yo diría que su tío se ha ganado bien la vida. La casa y todo lo demás... pero ya lo verá usted.

Una vez más el jeep describió un viraje mareante y pasó la imponente entrada de un amplio camino que conducía a una mansión enorme, semioculta entre una arboleda distante. A través de la ventanilla, Natalie pudo ver un ligero resplandor, justo el suficiente para revelar la ornamentada fachada de la casa de su tío.

-¡Ahora sí que la he hecho buena! -murmuró a media voz.

-¿Qué ocurre?

-Hay invitados... y es sábado por la noche. ¡Y yo sin arreglar a causa de mi viaje!

-No tiene la menor importancia -le aseguró miss Plummer-. Aquí no gastamos cumplidos. Es lo que me dijo el doctor cuando yo llegué. Es un hogar hospitalario.

Miss Plummer ladró *y* frenó al mismo tiempo, *y* el jeep se detuvo detrás de un lujoso automóvil negro.

-¡Apéese!

Con vigorosa eficacia, miss Plummer cogió la maleta del asiento posterior y subió con ella por la escalera de la entrada, invitando a Natalie a seguirla con un gesto de la cabeza. Se paró ante la puerta y buscó una llave.

-De nada serviría llamar -le explicó-. Nunca me oirían.

Cuando la puerta se abrió de par en par, sus palabras quedaron plenamente confirmadas. El ruido de fondo que Natalie había percibido a través del teléfono era entonces una formidable algarabía. Permaneció junto al umbral, titubeando, mientras miss Plummer irrumpía en la casa.

-¡Venga, venga!

Natalie obedeció y mientras miss Plummer cerraba la puerta, parpadeó ante el brillante resplandor del interior.

Hallóse en un vestíbulo amplio, pero escasamente amueblado. Ante ella había una suntuosa escalera *y,* en un rincón, entre la barandilla *y* la pared, una mesa de despacho *y* un sillón. A su izquierda, una puerta de madera oscura conducía al parecer al despacho privado del doctor Bracegirdle, pues una placa de bronce fijada en ella ostentaba el nombre del médico. A su derecha había un inmenso salón, con sus ventanas cerradas y protegidas por espesos cortinajes. De aquella gran sala procedía todo el bullicio de la fiesta.

Natalie se dirigió hacia la escalera y entonces pudo dar un vistazo al salón. Más de una docena de invitados rebullían junto a una mesa enorme, hablando y gesticulando con la animación que da la amistad íntima, rodeando profusión de botellas que adornaban el centro de la mesa. Una súbita carcajada estentórea indicó que uno de los invitados, por lo menos, había abusado de la hospitalidad del doctor.

Natalie apresuró el paso para que nadie la viera, y después miró hacia atrás para asegurarse de que miss Plummer la seguía con la maleta. Desde luego, miss Plummer la seguía, pero sus manos estaban desocupadas. Y cuando Natalie llegó al pie de la escalera, miss Plummer movió la cabeza con un ademán negativo.

-¿No pretenderá ir arriba, verdad? -murmuró-. Venga y la presentaré.

-Pensaba refrescarme un poco, ante todo.

-Permítame que yo la preceda y ordene su habitación. El doctor no me ha avisado, ¿sabe?

-¡Pero si no es necesario! Sólo quiero lavarme...

-El doctor regresará de un momento a otro. Debe esperarle.

Miss Plummer agarró del brazo a Natalie *y* con la misma celeridad *y* decisión que había demostrado al conducir el jeep, condujo a la joven hacia el iluminado salón.

-Ha llegado la sobrina del doctor -anunció-. Les presento a miss Natalie Rivers, de Australia.

Varias cabezas se volvieron hacia Natalie, a pesar de que la voz de miss Plummer apenas había podido penetrar en aquella conversación general. Un hombre bajo y obeso, de aspecto afable, se precipitó hacia Natalie blandiendo un vaso a medio llenar.

-¿De Australia, eh? -le ofreció el vaso-. Debe de estar sedienta. Vamos, beba. Yo *voy a* buscar otro.

Y antes de que Natalie pudiese replicar, dio media vuelta y volvió a mezclarse con el grupo junto a la mesa.

-Es el mayor Hamilton -murmuró miss Plummer-. Una excelente persona, de veras, aunque me temo que en estos momentos esté un poquitín achispado.

Cuando miss Plummer se alejó, Natalie contempló vacilante el vaso que sostenía en su mano. No estaba muy segura de cómo desembarazarse de él.

-Permítame.

Un hombre alto *y* distinguido, de cabellos grises *y* bigote negro, se adelantó *y* tomó gentilmente el vaso entre sus dedos.

-Gracias.

-De nada. Creo que deberá disculparle. Una fiesta animada, ya sabe. -Señaló con la cabeza a una dama con un generoso escote que charlaba animadamente con tres hombres sonrientes-. Pero ya que se trata de celebrar una despedida...

-¡Ah, está usted aquí! -El hombrecillo rechoncho al que miss Plummer había identificado como el mayor Hamilton, volvió a colocarse en órbita alrededor de Natalie, con otro vaso en la mano y una amplia sonrisa en su rostro curtido-. Ya estoy aquí otra vez -anunció-. Como un bumerang, ¿no cree?

Emitió una carcajada explosiva e hizo una pausa.

-A propósito, ¿hay bumerangs en Australia? ¿Y negros? Conocí a muchos australianos en Gallipoli. Claro que de esto hace ya mucho tiempo; yo diría que usted aún no había nacido...

-Por favor, mayor.

El hombre alto miró a Natalie sonriendo. Había algo tranquilizador en su presencia, así como también algo familiar. Natalie preguntóse dónde lo habría visto antes. Vio que se acercaba al mayor y le quitaba el vaso de la mano.

-Oye, ¿qué significa...? -exclamó el mayor.

-Ya has bebido bastante, muchacho. Y también es hora de que pienses en marcharte. -Otra para el camino... -El mayor miró a su alrededor y alzó las manos en ademán de súplica-. ¡Todos los demás están bebiendo!

Quiso recuperar su vaso, pero el hombre alto le esquivó y, sonriendo a Natalie por encima de su hombro, se llevó al mayor a un rincón y empezó a dirigirle una apremiante perorata en voz baja. El mayor asintió, súbitamente aplacada su borrachera.

Natalie paseó la mirada por la sala. Nadie le prestaba la menor atención, excepto una

mujer de cierta edad que se había sentado, solitaria, en el taburete del piano. La mujer miró a Natalie con una fijeza que contribuyó a subrayar su papel de intrusa en una fiesta de gala. Natalie dio una apresurada media vuelta y volvió a ver a la mujer del escote. De pronto volvió a asaltarle el deseo de cambiarse de ropa y miró hacia la puerta en busca de miss Plummer. Pero miss Plummer no apareció por ningún lado. Regresando al vestíbulo, miró hacia lo alto de la escalera.

-¡Miss Plummer! -llamó. No hubo respuesta.

Entonces, por el rabillo del ojo, advirtió que la puerta del despacho contiguo al vestíbulo estaba entreabierta. En realidad, se estaba abriendo en aquel momento, con cierta rapidez, *y* un momento después miss Plummer salió caminando de espaldas *y* llevando algo en la mano. Antes de que Natalie pudiese llamarla otra vez, cruzó presurosa el vestíbulo.

Natalie quiso seguirla, pero no pudo evitar detenerse ante la puerta abierta.

Contempló con curiosidad lo que era, evidentemente, el despacho de consulta de su tío. Era un estudio confortable y lleno de libros, con unos sillones tapizados de cuero ante las estanterías. La cama del psiquiatra se hallaba en un rincón, cerca de la pared, y ante ella había un gran escritorio de caoba. La superficie de la mesa estaba prácticamente desnuda, con la excepción de un teléfono de sobremesa y del delgado cable castaño que salía de él.

Había algo en aquel cable que inquietó a Natalie y, antes de darse cuenta de su gesto, se halló dentro de la habitación examinando la mesa de trabajo. En seguida reconoció el cable, desde luego; era el cable telefónico.

Y su extremo había sido netamente seccionado junto al enchufe de la pared.

-Miss Plummer -murmuró Natalie-. Eso es lo que llevaba... unas tijeras. Pero, ¿por qué?

-¿Por qué no?

Natalie se volvió precisamente cuando el hombre alto y de aspecto distinguido entraba en la habitación.

-Nadie necesitará el teléfono -dijo-. Ya le he dicho que se trata de una fiesta de despedida.

Y soltó una breve risita.

De nuevo, Natalie observó en él algo extrañamente familiar, pero esta vez supo de qué se trataba. Había oído aquella misma risa cuando telefoneó desde la cabina.

-¡Me está gastando una broma! -exclamó-. Usted es el doctor Bracegirdle, ¿verdad?

-No, querida. -Movió negativamente la cabeza mientras pasaba ante ella y se adentraba en el despacho-. Lo que ocurre es que nadie la esperaba. Estábamos a punto de marcharnos cuando usted llegó. Por esto tuvimos que decir algo.

Reinó un momento de silencio.

-¿Dónde está mi tío? -preguntó Natalie por fin.

-Ahí.

Natalie se halló junto al hombre alto, contemplando lo que yacía en el suelo, entre el diván y la pared. No pudo soportar aquella visión más de un segundo.

-Una carnicería -admitió el hombre alto-. Claro que todo fue tan repentino. Me refiero a la oportunidad que se presentó. Y después todos echaron mano a los licores...

Su voz resonaba profundamente en la habitación y Natalie advirtió que había cesado todo el bullicio de la fiesta. Levantó la vista y se dio cuenta de que todos se hallaban ante el umbral, observando.

Después el grupo cedió el paso y miss Plummer entró presurosa en el despacho,

llevando una incongruente chaqueta de pieles sobre su arrugado y ajado uniforme. -¡Dios mío! -exclamó-. ¡Lo ha descubierto!

Natalie asintió y dio un paso hacia ella.

-¡Tienen que hacer algo! -exclamó-. ¡Por favor!

-Claro.

Sin embargo, miss Plummer no parecía estar muy impresionada. Los demás se habían congregado en la habitación, detrás de ella, y seguían mirando sin decir palabra. Natalie se volvió hacia ellos, suplicante.

-¿Pero es que no lo ven? -gritó-. Esto ha sido obra de un loco. ¡De alguien que debería estar encerrado en un manicomio!

-Mi querida niña -murmuró miss Plummer, mientras cerraba rápidamente la puerta y daba vuelta a la llave y los silenciosos espectadores avanzaban-, esto es el manicomio.

LOS PADRES DE LA PATRIA

1

A primeras horas de la mañana del 4 de julio de 1776, Thomas Jefferson asomó su cabeza cubierta por la peluca a la desierta sala de lo que más tarde se conocería con el nombre de Independence Hall, y gritó:

-¡Vamos, muchachos, la costa está libre!

Entró en la gran habitación, seguido por John Hancock, que fumaba nerviosamente un cigarrillo.

-¡Ya basta! -exclamó Jefferson-. ¿Quieres apagar esta colilla? ¿O es que quieres perdernos a todos, estúpido?

-Lo siento, jefe. -Hancock dio un vistazo a su alrededor y después se dirigió a otro hombre que había entrado tras él-. Apaga el cigarrillo -murmuró-. No hay ni un solo cenicero en ese lugar. ¿En qué clase de ratonera nos hemos metido, Nunzio? Su interlocutor se molestó visiblemente.

-No me llames Nunzio -gruñó-. ¿No recuerdas que mi nombre es Charles Thomson? -De acuerdo, Chuck.

-¡Charles! -El hombre hurgó las costillas de John Hancock-. Enderézate esa peluca. Pareces un personaje de cuento para niños.

John Hancock se encogió de hombros.

-Bueno, *¿y* qué esperas que haga? No se puede fumar *y* esas polainas me aprietan tanto que apenas me atrevo a sentarme.

Thomas Jefferson dio media vuelta y le miró de pies a cabeza.

-No tienes que sentarte para nada -dijo-. Todo lo que has de hacer es firmar y mantener esa boca cerrada. Ben se cuidará de hablar, ¿recuerdas?

-¿Ben?

-Benjamin Franklin, imbécil -dijo Thomas Jefferson.

-¿Alguien ha mencionado mi nombre?

Un hombre bajo, rechoncho y calvo entró presuroso en la sala, ajustándose cuidadosamente sus gafas de forma cuadrada a la nariz.

-¿Por qué has tardado tanto? -inquirió Thomas Jefferson-. ¿Has tenido algún problema?

-Ni uno -replicó Benjamin Franklin-. Están durmiendo como lirones y he comprobado las mordazas. Es que estas gafas me impiden ver bien. Había olvidado que tenía que llevarlas.

-¿No puedes prescindir de ellas?

-No. Alguien podría sentir sospechas. -Franklin miró a sus compañeros por encima del borde de las gafas-. Y sospecharán si no hacéis todo lo que os dije. -Miró alrededor de la habitación-. ¿Qué hora es?

Thomas Jefferson revolvió los encajes de su manga y consultó la esfera de su reloj de pulsera.

-Las siete y media -anunció.

-¿Estás seguro?

-Lo comprobé con la Western Union.

-Déjate ya de Western Union. Y quítate ese reloj, métetelo en el bolsillo. Detalles como éste pueden ponernos en un aprieto.

-Hablando de aprietos -gruñó John Hancock-, estas botas me están matando. No son de mi medida.

-Pues aguántalas y cierra el pico -replicó Benjamin Franklin-. Me gustaría saber por qué no te has afeitado. Te felicito. En la jornada más importante de nuestra historia, el presidente del Congreso se presenta sin afeitar.

-Lo olvidé. Además, no había enchufe para mi máquina eléctrica.

-Está bien, no importa. Lo más esencial es que procures recordar lo que has de hacer. Míster Jefferson, ¿lleva consigo la declaración?

Nadie contestó. Franklin se acercó al hombre alto con la peluca.

-Jefferson, te estoy hablando a ti.

El hombrón esbozó una sonrisa tímida.

-No me acordaba.

-Pues será mejor que lo recuerdes. Vamos a ver, ¿dónde está?

-Aquí, en mi bolsillo.

-Sácala ya. Tenemos que firmarla en seguida, antes de que venga alguien. Supongo que empezarán a llegar alrededor de las ocho.

-¿A las ocho? -suspiró Jefferson-. ¿No irás a decirme que aquí empiezan a trabajar tan temprano?

-Los amigos que hemos dejado en la habitación de al lado daban la impresión de haber estado trabajando durante toda la noche -le recordó Franklin.

-¿Es que nadie les ha hablado nunca del horario sindical?

-No, y tú tampoco debes mencionarlo. -Miró atentamente a sus compañeros-. Y lo mismo reza para todos vosotros. No podemos permitirnos ninguna plancha. -¿A mí me lo dices?

Charles Thomson cogió el pergamino de manos de Thomas Jefferson y lo desplegó. -Ten cuidado con eso -advirtióle Franklin.

-Cierra el pico, ¿quieres? Sólo quiero echarle un vistazo -replicó Thomson-. Nunca lo había visto. -Examinó el manuscrito con curiosidad-. ¡Oye, pero si no hay nadie que pueda entender esa escritura!

Extendió la Declaración sobre una mesa y trató de descifrarla, leyendo a media voz.

-Cuando el curso de los acontecimientos humanos obliga a un pueblo a romper los vínculos políticos que le unían a otro, y a asumir entre los poderes de la tierra el... Pero, ¿qué clase de jerigonza es ésta? ¿Por qué esos tipos no escriben en inglés?

-No te preocupes. -Ben Franklin tomó el pergamino y se dirigió cojeando a un escritorio-. *Voy a* revisarla en seguida. -Buscó en un cajón *y* halló un pergamino nuevo *y* una pluma de ganso-. No podré copiar el tipo de letra, pero puedo dar una explicación de esa anomalía al Congreso. Les diré que Jefferson introdujo precipitadamente estos últimos cambios. Lo de la precipitación no es ninguna mentira.

Se inclinó sobre el pergamino en blanco y estudió la Declaración.

-Tengo que respetar el estilo -dijo-. Esto es muy importante. Pero lo principal es añadir las provisiones al final.

-¿Provisiones? -exclamó John Hancock radiante-. ¿Es que van a darnos de comer? Yo estoy hambriento.

-Eso puede esperar -replicó Jefferson-. Y ahora silencio, vamos a dejarle trabajar. Ésta es la parte más vital de todo el plan, ¿me entiendes?

Reinó el silencio en la habitación, sólo turbado por el rumor de la pluma de ganso que Ben Franklin usaba para escribir.

Jefferson se mantenía a su lado, asintiendo de cuando en cuando.

-No te olvides de anotarme como jefe provisional -dijo-. Y escribe aquello de que necesitamos un tesorero.

Franklin asintió con impaciencia.

-Lo tengo todo aquí -contestó-. No te preocupes.

-¿Crees que firmarán?

-Claro que firmarán. Es lógico. Inmediatamente después de hablar de los estados libres e independientes, habrá una mención de un arreglo gubernamental de carácter provisional. No pueden oponerse a esto. Me pregunto por qué se omitió en el original.

-A mí que me registren -manifestó Jefferson encogiéndose de hombros-. ¿Cómo *voy a* saberlo?

-Es que se supone que lo has escrito tú.

-¡Ah, sí, es verdad!

Franklin terminó de escribir, se echó atrás y hurgó el pecho de Jefferson con la pluma de ganso.

-Tose -ordenó.

Jefferson tosió.

-Otra vez. Más fuerte.

-¿Qué mosca te ha picado?

-Sufres de una fuerte laringitis -le dijo Franklin-. Es un caso agudo. Ello te impedirá hablar. Si alguien te hace una pregunta, te limitas a toser. ¿Comprendido?

-De acuerdo. De todas formas, no tenía ganas de hablar.

Franklin miró a Hancock y a Thomson.

-En cuanto a vosotros dos, será mejor que firméis y os larguéis. Cuando llegue toda la pandilla, os metéis en la habitación de al lado y vigiláis a los muchachos que hemos encerrado allí. Yo buscaré una excusa para justificar vuestra ausencia. No podemos correr el riesgo de que os acribillen a preguntas. ¿Me habéis entendido?

Los dos hombres asintieron. Franklin les tendió la pluma.

-Venid. Vosotros dos sois los que debéis firmar primero. -Cuando John Hancock tomó la pluma, Franklin se echó a reír-. Escribe "John Hancock" aquí.

Hancock firmó y rubricó, pasando después la pluma a Charles Thomson.

-Recuerda que eres el secretario -dijo Franklin, mientras Thomson mojaba la pluma en el tintero-. ¿Qué te ocurre? ¿Es que esta pluma es demasiado pesada para tus fuerzas?

-Claro que es pesada -respondió Thomson-. Y estas ropas me están matando, y ninguno de nosotros sabe lo que ha de decir. No podemos salirnos con la nuestra, Pensador. Cometeremos errores.

Benjamin Franklin se levantó.

-Vamos a forjar la historia -declaró-. Seguid mis instrucciones y todo marchará perfectamente. -Hizo una pausa y levantó la mano-. Según las inmortales palabras que yo, Benjamin Franklin, pronuncié, todos debemos mantenernos unidos. De lo contrario, nos ahorcarán por separado.

Habían estado juntos durante largo tiempo en Filadelfia. Eran Sammy, Nunzio, Mush, y Tomaszewski alias "Pensador". Trabajaban de firme, pasaban sus apuros, pero también les acudía el dinero.

Los comienzos fueron prometedores para todos, sobre todo cuando el "Pensador' entró en el negocio. El "Pensador" era un tipo listo, con carrera *y* despacho propio, *y* erigió una fachada para todo el grupo. Lo más curioso era que Tomaszewski, alias "Pensador", ejercía también como abogado y habría podido sacar su buena tajada sin necesidad de recurrir al negocio de las apuestas.

Pero al principio trabajó con ellos por puro instinto deportivo.

-La única explicación que puedo darme a mí mismo -les dijo- es que, al parecer, carezco de un superego.

El "Pensador' siempre utilizaba palabras retumbantes.

Y fueron estas palabras retumbantes las que finalmente iniciaron los apuros para la sociedad. Al principio, todo marchó sobre ruedas. Utilizando su bufete de abogado como tapadera, el "Pensador" no tuvo dificultad en trabar conocimiento con personas que gustaban de apostar en firme, no meros aficionados dispuestos a gastar un par de dólares. Los pasó a Sammy, a Nunzio o a Mush, y éstos llenaron de cifras sus libretas.

Su negocio fue en aumento, hasta el punto de que se vieron obligados a colocar unas cuantas apuestas propias para cubrirse ante figuras de peso como por ejemplo Mickey

Tarantino. Desde luego, jugaban con astucia y sólo confiaban en confidencias seguras, cuando alguien que podía saberlo les indicaba cuál era el caballo adecuado.

Sucedió una tarde. Se trataba de veinte billetes de los grandes. Mickey Tarantino tendió la mano y sonrió, pero su sonrisa se esfumó cuando Sammy le comunicó que necesitaba algún tiempo para reunir el dinero.

-¿Qué es eso? -preguntó míster Tarantino-. Vosotros estáis cargados de pasta. Sólo hay que ver a todos esos ricachos que os confían sus apuestas.

-De momento, no contamos más que con nuestras anotaciones -confesó Sammy-. Ocurre lo mismo que con la tienda de comestibles de tu viejo. Los pobres son los que pagan y los peces gordos los que se hacen el sueco. Lo mismo sucede en nuestro negocio. No hay modo de sacarles la pasta.

-Pues será mejor que la saquéis -advirtióle míster Tarantino-. Porque sólo os concedo tiempo hasta mañana. De lo contrario, vais a tener un disgusto mayúsculo.

Sammy se retiró, convocó una reunión en el despacho del "Pensador" y explicó las noticias.

También el "Pensador" tenía noticias para ellos.

-Tarantino no es el único en creer que andamos boyantes -anunció-. El Tío Sam nos

está persiguiendo por una cuestión de impuestos atrasados.

-¡Lo que nos faltaba! -gruñó Sammy-. Por un lado los alegres muchachos de Tarantino, y por el otro los agentes federales. ¿Hacia dónde nos inclinamos?

-Yo sugiero que nos dirijamos a nuestros clientes -respondió el "Pensador"-. Visitad a unos cuantos de nuestros inversores y pedidles que salden sus cuentas.

Sammy, Nunzio *y* Mush se ocuparon de las visitas *y a* primera hora de la tarde se reunieron para cotejar los resultados.

-¡Tres mil! -exclamó Sammy-. ¡Tres mil dólares únicamente!

¿Eso es todo? -El "Pensador" mostróse incómodo-. Yo creía que habríais sacado algo más.

-Claro que hemos sacado más. Excusas, promesas y hasta evasivas. Pero en cuanto a la pasta, ahí está. Tres sábanas y ni un centavo más.

-¿Y Cobbett? -preguntó el "Pensador".

-¿El profesor Cobbett? ¿Tu niño mimado?

El "Pensador' asintió. Sí, el profesor Cobbett era su cliente predilecto.

-¿Qué nos debe? -preguntó Sammy.

-Creo que unos ocho mil.

-Ocho y tres son once. La cosa varía. Si pudiésemos cobrarlos en seguida, tal vez Tarantino nos daría un plazo algo más largo.

-No perdamos más tiempo -sugirió Mush-. Vamos a ver inmediatamente a ese vejestorio de Cobbett.

Se metieron todos en el coche de Sammy y fueron a ver a Cobbett. El profesor vivía en una torre de las afueras, una mansión muy agradable para un hombre que vivía solo, y se mostró cordial y amable cuando saludó al "Pensador', ante el porche de la entrada.

Pero no estuvo tan cordial ni amable cuando se enteró de lo que deseaba el "Pensador", e incluso se comportó de un modo poco hospitalario cuando el "Pensador" hizo un gesto y sus tres compañeros aparecieron por sorpresa.

No hubo más remedio que meter un pie para que no se cerrase la puerta, y hurgarle las costillas con las pistolas.

-Nada de tonterías -le dijo Nunzio-. Queremos cobrar.

-¡Pobre de mí! -exclamó el profesor Cobbett, mientras retrocedía de espaldas hacia su propio vestíbulo-. Pero si no tengo ni cinco...

-No quiera tomarnos el pelo -advirtióle Mush-. ¿Y esta casa? ¿Y todos estos muebles? -Todo hipotecado -suspiró el profesor-. Hipotecado hasta el último ladrillo.

-¿Y esa escuela donde daba sus clases? -inquirió Mush-. Tal vez podría pedirle un adelanto sobre su paga...

-No tengo ya ninguna relación con la universidad.

-¿De qué vive, pues? -quiso saber Sammy.

-Sí -añadió el "Pensador'-. Yo creía que usted era un hombre acomodado.

El profesor se encogió de hombros y pasóse una mano por sus grisáceos cabellos.

-No es oro todo lo que reluce -alegó-. Por ejemplo, yo le consideraba a usted un profesional de buena reputación. Y cuando, con toda inocencia, le consulté acerca de la posibilidad de colocar alguna pequeña apuesta en las carreras de caballos, jamás hubiese imaginado que estaba asociado con estos rufianes.

-Ojo con sus palabras -le previno Sammy-. Ni nosotros somos rufianes, ni ocho mil dólares son una apuesta pequeña. Otra cosa, ¿qué quiere decir con eso de que no es oro

todo lo que reluce?

-Pues que es verdad que yo disponía de una cierta reserva en metálico, y también que ocupaba un puesto de cierta categoría en la universidad. El hecho de que tanto mi dinero como mi posición hayan desaparecido hoy, sólo se debe a una cosa, a mis investigaciones privadas en un proyecto propio. El coste de los modelos experimentales redujo mis ahorros y la revelación de mis teorías me costó mi cargo en la facultad. Para conseguir fondos destinados a la prosecución de mi tarea, empleé el último recurso. Aposté en las carreras de caballos. Ahora ya no me queda nada.

-Puede estar seguro de ello -dijo Sammy-. Dentro de tres minutos no le va a quedar ni su propia piel.

-Un momento -interrumpióle el "Pensador"-. Usted ha hablado de modelos experimentales. ¿Qué ha estado construyendo?

-Se lo enseñaré, si gustan.

-Adelante -ordenó Sammy-. ¡Muchachos, los quitapenas en batería por si acaso quiere gastarnos alguna treta!

Pero el profesor no les gastó ninguna treta. Les condujo hasta lo que antes había sido el sótano y entonces era un bien pertrechado laboratorio. Les acompañó hasta la gran estructura metálica rectangular, revestida de cables y tuberías. Tenía una vaga semejanza con una casa de campo diseñada por Frank Lloyd Wright.

-¡Oiga!- comentó Nunzio-. ¿Qué está montando aquí? ¿Es que piensa fabricar uno de esos Frankensteins?

-Apuesto a que se trata de una nave espacial -aventuró Mush-. ¿Se disponía a huir hacia Marte?

-Por favor -suspiró el profesor-. No se burlen de mí.

-Lo que vamos a hacer dentro de un momento es convertirle en picadillo -corrigióle Sammy-. Esta lata de sardinas no nos sirve para nada. El trapero no nos daría ni veinte dólares por ella.

El "Pensador" movió la cabeza con aire de desconsuelo.

-Díganos para qué sirve este objeto, profesor.

El profesor Cobbett se ruborizó.

-Dudo en aplicarle el nombre que le corresponde, después de los chascos que he recibido de las llamadas autoridades científicas, pero no hay otro término para mencionarlo. Es una máquina del tiempo.

-¡Uf! -exclamó Sammy dándose una palmada en la frente-. ¡Y para esto nos sacó ocho mil dólares! ¡Hemos topado con uno de esos científicos chiflados!

El "Pensador" frunció el ceño.

-¿Una máquina del tiempo dice usted? ¿Un instrumento capaz de transportarle a uno al pasado o al futuro?

-Sólo al pasado -respondió el profesor-. El viaje hacia el futuro es manifiestamente imposible, puesto que el futuro no existe. Y la palabra "viaje" no es la más adecuada.

Tránsito es lo más aproximado, puesto que el tiempo no posee características materiales o espaciales, estando sujeto a un universo tridimensional por el único fenómeno observable que se manifiesta como duración. Pero si llamamos X a la duración, y...

-¡Silencio! -gritó Nunzio-. Vamos a dar su merecido a ese bromista y a largarnos de aquí. Estamos perdiendo el tiempo.

-Perdiendo el tiempo -repitió el "Pensador"-. Profesor Cobbett, ¿funciona este modelo? -Estoy seguro de ello. Nunca ha sido experimentado, pero puedo enseñarle

fórmulas que...

-No importa. ¿Por qué no lo ha probado?

-Porque no estoy seguro del pasado. Mejor dicho, de nuestra actual relación con él. Si una persona u objeto del presente fuese enviada al pasado, tendrían lugar ciertas alteraciones. Lo que hoy se encuentra aquí se ausentaría, y algo se añadiría a lo que había entonces. Esta edición alteraría el pasado. Y si el pasado sufriese alteración, ya no sería el mismo pasado que nosotros conocemos. -Frunció el ceño-. Es difícil explicarlo sin recurrir a la lógica de los simbolismos.

-¿Quiere decir que le asusta cambiar el pasado a causa del viaje a través del tiempo? ¿O sea trasladarse a un pasado distinto, un pasado diferente del que conocemos porque usted viajó hasta él?

-Es una explicación más que simplificada, pero ha captado usted la idea general. -Entonces, ¿de qué le sirve todo su trabajo?

-Mucho me temo que de nada. Pero quería probar una teoría. Se convirtió en una obsesión casi monomaniaca. No tengo excusa.

-Desde luego. -Sammy se adelantó-. Gracias por la conferencia, pero, como usted mismo ha dicho, no tiene excusa. Y nosotros no tenemos tiempo. Este sótano parece ser un lugar muy a propósito, a prueba de ruidos, para el tiro al blanco...

El "Pensador' contuvo el brazo de Sammy.

-¿De qué serviría? -preguntó.

-Ese tipo nos ha birlado la pasta.

-De acuerdo. ¿Y un asesinato cambiará algo? ¿De qué nos servirá?

-De nada -Sammy se mordió el labio-. Pero ¿adónde iremos? No tenemos dinero. Tarantino se nos echará encima, y el gobierno hará lo mismo. No podemos regresar a la ciudad.

El "Pensador' miró a su alrededor.

-¿Y por qué no nos quedamos aquí? Estamos seguros, aislados del mundo, con un buen tejado sobre nuestras cabezas. Vamos a disfrutar de la hospitalidad del profesor durante una temporada.

-Sí -asintió Mush-. Pero ¿por cuánto tiempo? Se acabará el dinero, o la comida... No haremos más que ganar tiempo.

El "Pensador' sonrió.

-Ganar tiempo. -Contempló atentamente la complicada estructura que había en el centro del sótano-. Pero aquí tenemos el vehículo más apropiado para evadirnos. -¿Meternos dentro de este bote de conservas y largarnos con él? -exclamó Sammy-.

Estás bromeando.

-Hablo en serio -repitió el "Pensador"-. En un futuro no muy lejano estaremos a salvo en el pasado.

La cosa no tuvo nada de fácil. El "Pensador" se ocupó de todo, trabajando junto al profesor durante los días sucesivos.

-¿Cómo regula los controles? ¿Esto sirve para guiar?

-No se guía, basta con oprimir los conmutadores. *Voy a* enseñárselo otra vez.

-¿Y se puede elegir cualquier época del pasado, cualquier momento? -preguntó el "Pensador".

-En teoría, sí. El problema esencial es una computación exacta. Recuerde que nosotros y nuestra tierra no somos estáticos. No ocupamos ahora la misma posición en el espacio que un momento antes, y la diferencia se acentúa cuando se trata de un período más largo. Hay que tener en cuenta la velocidad de la luz, el movimiento planetario, la inclinación, y...

-Esto le corresponde a usted. Pero ¿es posible establecer matemáticamente la posición del pasado y trazar un programa para guiar los computadores del modo que corresponda? -Tengo esta seguridad.

-Por tanto, todo cuanto queda es determinar adónde vamos.

Sammy, Nunzio y Mush también discutieron el mismo problema.

-Lo mejor sería situarnos un par de semanas antes de que el profesor hiciera sus apuestas. Volveríamos a tener la pasta.

-¿Sí? ¿Y qué me dices de los impuestos atrasados?

-Volveríamos a antes de deberlos.

-Entonces era cuando empezamos el negocio, estúpido. Estábamos sin blanca.

-Pues si podemos ir a la época que nos dé la gana, ¿qué os parecería plantarnos en

los tiempos de los egipcios? Yo vi una película, y vivían rodeados de chicas muy ligeras

de ropa...

-¿Acaso sabes hablar en egipcio, imbécil? Además, no queremos quedarnos en ningún sitio para siempre. Yo prefiero aterrizar en algún tiempo en que podamos dar algún golpe de los buenos y volver pitando.

-Ahora has dado en el clavo. Oye, ¿qué te parecería la época de la fiebre del oro? El profesor les interrumpió.

-Me temo que la fiebre del oro no les serviría de gran cosa, caballeros. Al fin y al cabo, tuvo lugar en el año 1849.

-Pero usted puede mandarnos al año 1849, ¿verdad?

-Desde luego, si mi teoría es correcta. Pero no estarían ustedes en California. Se encontrarían aquí, en Filadelfia, en el campo que había aquí antes de ser construída esta casa.

-¿Conque tenemos que buscarnos nuestro botín en Filadelfia, eh? ¿En algún momento del pasado?

-Eso creo.

-¡Qué lata! Y no podemos plantarnos en medio de un campo con esa máquina... Entonces intervino el "Pensador".

-Estoy empezando a plantearme nuestro problema -anunció-. Profesor, *voy a* servirme de su biblioteca durante uno o dos días. Tal vez pueda descubrir en qué momento hubo oro disponible en Filadelfia.

-Siempre queda el Mint.

-Demasiado vigilado. Nunca podríamos apoderarnos de él, como tampoco nadie lo consiguió en otros tiempos.

-¿Un Banco? -exclamó Sammy radiante-. Con nuestros quitapenas podríamos asaltar fácilmente uno de ellos, digamos uno de los de cien años atrás.

-¿Y de qué nos apoderaríamos? ¿De billetes que ya no están en curso? No podríamos utilizar el dinero de aquella época. Hoy despertaríamos sospechas. No, a mí me interesa el oro.

Finalmente, en un volumen de la *Historia de la Revolución* de Berkeley, el

"Pensador' encontró lo que buscaba. Corrió en seguida hacia sus compañeros que estaban custodiando al profesor Cobbett.

-¡Ya tengo la solución! -gritó-. ¿Os acordáis de lo que sucedió en Filadelfia, el 4 de Julio de 1776?

-¿Ese día es fiesta, verdad? -exclamó Nunzio-. Es posible que los Phillies ganasen a los Giants en la final de béisbol.

-¡Ha dicho 1776, estúpido! -intervino Sammy-. Sí, ya recuerdo. Nombraron presidente a Washington.

-Nada de eso. Se firmó la Declaración de la Independencia -corrigió Mush.

-Exacto. La Declaración de la Independencia fue presentada ante el Congreso Continental reunido en lo que hoy es el Independence Hall. Pero el mismo día, y en el mismo lugar, ocurrió otro hecho. El tesoro de los revolucionarios fue puesto en manos de un grupo de personas para que lo guardasen provisionalmente. Consistía en más de treinta mil libras esterlinas en lingotes de oro. Son unos ciento cincuenta mil dólares oro.

-¡Hermano! -exclamó Sammy con un silbido-. *¡Vaya* manera de celebrar el cuatro de julio! -De pronto frunció el ceño-. Apuesto a que lo hicieron vigilar por docenas de guardias.

-No, esto es lo interesante. Fue un secreto sólo conocido por unos pocos. Alrededor del mediodía, unos soldados lo trajeron en un carro. Creían que se trataba de documentos importantes. Fue llevado arriba y dejado sin guardia alguna, para no despertar sospechas. Su presencia allí sólo era conocida por Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, y uno o dos más, probablemente John Hancock y quizás Charles Thomson, el secretario del Congreso. Tenía que ser utilizado para pagar a las tropas y los suministros.

-Lo que serviría es para pagar a Mickey Tarantino y a los federales. Y aún nos quedaría una buena cantidad para repartirnos.

-Esto es exactamente lo que yo he pensado. -El "Pensador' sonrió-. Ahora sólo nos queda elaborar los detalles. Yo me dedicaré al aspecto histórico y el profesor puede efectuar los cálculos matemáticos.

El profesor Cobbett palideció.

-¿Cálculos matemáticos? ¡Usted me pide un imposible! Esto ocurrió hace más de ciento noventa años-luz; nos enfrentaremos con el problema de unas magnitudes infinitesimales, y al menor error o variación puede tener serias consecuencias.

-No admitimos errores -le dijo Sammy-. Si los hay, las consecuencias serán más que serias. Para usted. -Enseñó su pistola al profesor-. Y ahora, a trabajar. Nos vamos allá.

-¿Allá? -Mush le miró-. Ese tesoro estaba en el Independence Hall. La máquina está aquí, en el sótano. ¿No nos encontraremos el cuatro de julio entre un rebaño de vacas o algo por el estilo?

-Eso es cosa tuya -decidió Sammy-. Inspecciona el lugar. Entérate de la vigilancia que hay en él por las noches. Sistema de alarma y otros trucos. Estúdialo como si se tratase del asalto a un Banco. Creo que podremos conseguirlo. Nadie va a creer que a alguien se le ocurra entrar allí. Cuando lo tengamos planeado, alquilaremos un carro y llevaremos la máquina al Hall para partir desde allí una de esas noches. ¿De acuerdo?

-Es dura tarea.

-Todo trabajo es duro -dijo Sammy-. Manos a la obra.

Mush se marchó, el profesor se abismó en sus cálculos y también el "Pensador' se puso a trabajar. Y antes de una semana, todo estaba organizado.

Mush presentó su informe. La invasión del Independence Hall podía realizarse sin

grandes apuros. Desde luego, el camión costaría dinero y tal vez habría repercusiones, pero valía la pena intentarlo.

El profesor les enseñó el programa de trabajo, basado en sus cálculos.

-¿Está seguro de que esto nos conducirá allí? -inquirió Sammy-. ¿Y que nos permitirá volver?

-Repáselo. Revíselo usted mismo.

-Está bien -dijo el "Pensador"-. Yo mismo lo he comprobado. No hemos fijado tiempo para el regreso. Nuestros planes implican que debemos apoderarnos del oro y volver tan cerca del mediodía como sea posible. Por esto, el profesor ha elaborado una serie de variaciones para el retorno, basadas en intervalos de cinco minutos durante toda la primera parte de la tarde. Es lo más seguro que hemos podido planear.

-De acuerdo, si tú lo dices -admitió Sammy, encogiéndose de hombros-. Pero lo que a mí me gustaría saber es lo que haremos cuando lleguemos allí.

-He estado estudiando este aspecto -dijo el "Pensador'-. He consultado todos los libros sobre el tema y las referencias que he podido encontrar. Textos históricos. Datos biográficos de Franklin y Jefferson, en particular. Y he elaborado un plan. Al parecer, los primeros en llegar aquella mañana fueron Jefferson *y* Thomson. Franklin *y* John Hancock también se presentaron temprano.

%o es seguro que alguno de ellos pasase parte de la noche allí. Lo importante es que, según todo parece indicar, los cuatro hombres celebraron una reunión a primera hora de la mañana y discutieron la Declaración antes de que el Congreso la aprobase el día cuatro. Por lo tanto, si llegamos temprano sólo tendremos que enfrentarnos con cuatro hombres. Y además, con los cuatro que sabían lo del oro.

-Comprendo -asintió Sammy-. Llegamos allí, sacamos los quitapenas y nos apoderamos del tesoro.

-No es tan sencillo -respondió el "Pensador"-. Recuerda que el Congreso se reunirá aquella misma mañana. No podemos estar encañonando a los cuatro personajes clave desde primera hora hasta el mediodía, como tampoco podemos esperar pasar inadvertidos entre la muchedumbre durante tanto tiempo.

Hizo una pausa mientras Sammy empezaba a abrir la boca, y después añadió apresuradamente:

-Sé lo que estáis pensando, pero tampoco podría ser. No podemos aparecer a las doce del mediodía *y* hacernos con el cargamento. Habría más de cincuenta hombres, *y* tropas ante la puerta.

-Entonces, ¿qué podemos hacer?

El "Pensador' cobró aliento y se lo dijo.

-¡Oh, no! -gritó Sammy.

-¿Yo haciendo de John Hancock? -murmuró Mush.

-¿Debo correr por allí con una de esas pelucas que usaban los políticos de otros tiempos? -gruñó Nunzio.

-¿No veis que es la única manera? Las pelucas son disfraces perfectos. Yo tengo retratos de todos esos hombres, y puedo comprar un estuche de maquillaje. Por suerte, soy calvo y mi talla es semejante a la de Franklin. En el aspecto físico, todo irá bien. Y no debe preocuparnos hacer el papel de políticos.

-Sí -admitió Mush pensativo-. Al fin y al cabo, ¿qué es un político? Un granuja que ha aprendido a dar besos a los niños.

-Pero aquella mañana no besaremos a ningún niño -le recordó Sammy-. También yo

he estado leyendo un poco acerca de aquella época. El día cuatro, aquellos cuatro tipos hicieron muchas cosas. Pronunciaron discursos y trataron de convencer a los demás del Congreso para que firmasen. Y conocían a todos, y todos les conocían a ellos. Vamos a un fracaso seguro si tratamos de hacer lo que ellos hicieron.

-Ahí está precisamente el detalle -pregonó triunfalmente el "Pensador'-. ¡Nosotros no tenemos que hacer lo que hicieron ellos! Puesto que volvemos atrás en el tiempo, vamos a cambiar lo que sucedió. Creo haberme familiarizado bastante con la personalidad de Franklin. Si es preciso, podré hablar. Sammy, yo te echaré una mano. Los otros dos muchachos pueden estar ausentes, vigilando la máquina y a nuestros prisioneros en la habitación posterior. No nos limitaremos a repetir la historia. Vamos a cambiarla, en lo que a nosotros pueda beneficiarnos. ¿Me habéis comprendido?

Al cabo de un buen rato le comprendieron, porque el "Pensador" se lo machacó literalmente hasta introducirlo en sus cerebros.

Y finalmente ensayaron sus papeles, consiguieron el camión, trazaron sus planes, y metieron la máquina en el vehículo en la tarde prevista para su partida.

Cuando se reunieron por última vez en el despejado sótano, el profesor Cobbett expuso una última y tímida protesta.

-Titubeo en hablarles con franqueza -dijo- porque ustedes pueden achacarme otros motivos. Pueden atribuir mis dudas al hecho de que me están despojando de mi propiedad, o bien al hecho de que me están convirtiendo, en contra de mi voluntad, en cómplice de un delito. Pueden pensar también que presento objeciones de carácter patriótico a sus planes destinados a mutilar nuestra historia.

-¿Y no es así? -preguntó Sammy.

-Sí, lo admito.

Sammy miró significativamente a Nunzio, y después al profesor mientras éste seguía hablando.

-Pero lo que *voy a* decirles ahora, lo expongo como científico. En este aspecto debo ponerles en guardia, como ya hice el primer día. El viaje a través del tiempo es peligroso. No podemos descartar la posibilidad de una alteración del pasado debida a su invasión. Pueden verse ante factores imprevistos, ante problemas inesperados. Por este motivo nunca me atreví a intentarlo yo; ni siquiera un viaje de un minuto, y no hablemos de un traslado de casi dos siglos. Si falla su intento, yo quiero estar libre de toda responsabilidad. Esperaré su regreso con la mayor inquietud.

-No se preocupe -le dijo Sammy-. También hemos previsto este detalle. Usted piensa esperar nuestro regreso con un ejército de polizontes, ¿verdad?

El profesor palideció.

-¿No irán a decirme, caballeros, que esperan que yo les acompañe? -murmuró-. No podría hacer tal cosa. No podría. Tendría... tendría miedo. Con franqueza, los peligros de dislocación o alteración del pasado me asustan más que la misma muerte.

-Me alegro -manifestó Sammy-. Porque se trata de elegir entre una cosa y la otra. Y usted acaba de ofrecerme su decisión.

El "Pensador" se había metido ya en el camión, pero Mush y Nunzio se hallaban al lado de Sammy en el sótano.

Nunzio sacó su pistola y Mush sonrió.

-Bueno -dijo-, parece como si fuésemos a empezar nuestro viaje con un poco de fuegos artificiales.

IV

Fue un viaje extraño. Había un itinerario que seguir antes de iniciarlo, y unos guardianes que tuvieron que ser aporreados *y* atados, *y* una máquina muy pesada que fue preciso trasladar a las salas posteriores del Independence Hall. Después vino la afanosa tarea de ponerlo todo a punto, y las frenéticas comprobaciones del "Pensador' sobre los mapas del profesor y el reajuste de los computadores. Cuando llegó el momento de emprender la travesía -las 1.45 en punto-, la transición representó una especie de relajamiento.

Y eso fue en realidad. Se metieron en la máquina, rodeados por la doble pared sometida al vacío, se oyó el zumbido de un generador, la luz fluorescente que había sobre los mandos se debilitó, el "Pensador" pulsó un botón, y entonces...

No ocurrió nada.

Ni pareció que ocurriese, hasta que pasó aquel momento -o siglo, o eternidad- de oscuridad. Ninguno de ellos advirtió cambio alguno. El cambio ocurrió cuando abrieron el compartimiento y salieron de la máquina, o tal vez fue entonces cuando advirtieron que el cambio había tenido lugar.

-"'Pensador"! -exclamó Nunzio, parpadeando a causa de la brillante luz matinal que entraba por los altos ventanales-. ¡Lo hemos conseguido!

Sammy, el "Pensador" y Mush ni siquiera le miraron. Estaban contemplando a los cuatro hombres que había al otro lado de la habitación. Cuatro hombres que, a su vez, también les miraban con asombro.

Entonces las cosas se sucedieron vertiginosamente. Hubo órdenes, pistolas, cuerdas y mordazas. También hubo gran actividad con pelucas, zapatos y ropas.

Cuatro figuras inermes se debatían en el suelo, hasta que se calmaron cuando Mush usó la culata de su pistola.

-¿Habéis visto? -suspiró-. ¡He puesto fuera de combate al mismísimo Ben Franklin!

-No debe extrañarte nada -le dijo el "Pensador"-. Debemos estar dispuestos para entrar otra vez en acción.

Y así iniciaron su actuación.

La alteración del texto de la declaración debióse a una inspiración del "Pensador'.

-Hemos de darles algo que les haga discutir durante toda la mañana -dijo-. Si ellos hablan, nosotros no tendremos que hacerlo. Y si aceptan lo de los poderes gubernamentales provisionales *y* el tesorero, no habrá problemas cuando llegue el oro *y* nos hagamos cargo de él. -Miró a Mush y a Nunzio-. Vosotros dos os meteréis en seguida en el cuarto posterior. Vigilad la máquina y haced compañía a los Padres de la Patria. Y no dejéis de mirar por la ventana; es posible que el oro llegue antes de lo previsto. El profesor Cobbett no era ningún necio. Él dijo que en el pasado tal vez cambiarían algunas cosas a causa de nuestra llegada, y es posible que tuviese razón.

-De momento, nada ha cambiado -dijo Sammy.

-Nunca se sabe.

Mush *y* Nunzio se retiraron *y* el "Pensador" se volvió hacia su compañero.

-Acuérdate de tu laringitis. En aquellos tiempos la llamaban ronquera y así me referiré yo a ella. Y cuando lo haga, tose.

-Comprendido -repuso Sammy-. ¿Pero cuándo va a llegar esa pandilla? -Extrajo el

reloj de su bolsillo y lo estudió-. Debe de ser ya más de las ocho. -Frunció el ceño-. Es curioso, se ha parado. Sigue marcando las siete y media.

-*Voy a* dar un vistazo afuera -sugirió el "Pensador" acercándose a la ventana-. Desde luego, se ha congregado una multitud. Pero... espera un momento. -Agarró el brazo de Sammy-. ¡Fíjate en esos soldados!

-Ya los veo. ¿Son éstos con los gorros altos y los uniformes rojos?

-Uniformes rojos significan que son tropas británicas.

¿Británicas?

El "Pensador' no contestó. Se abalanzó hacia la puerta de la sala y la abrió de par en par. Hallóse ante dos granaderos con chaquetas rojas. Vio los blancos galones de las chaquetas y el plateado acero de las bayonetas.

-¡Alto! -gritó el más alto de los soldados-. ¡En nombre de Su Majestad!

-¿Su Majestad?

-Sí, Su Majestad, maldito rebelde.

-¿Qué clase de broma es ésta? -murmuró Sammy.

-No es ninguna broma -murmuró el "Pensador"-. El profesor Cobbett tenía razón. Al venir aquí, hemos alterado el pasado. Los ingleses han ocupado Filadelfia.

-¡Basta de charlas, señor! -gritó el soldado-. Guardad vuestras protestas para el general Burgoyne. Cuando hoy entre en la ciudad, podréis explicaros, junto con vuestros cómplices, ante un consejo de guerra.

El "Pensador' palideció.

-Hemos cambiado la historia -susurró-. Burgoyne es el vencedor. El Congreso se ha disuelto. Los cuatro hombres que hemos capturado en la habitación posterior no esperaban que éste se reuniese hoy. Han sido hechos prisioneros sin previo aviso. Y ello significa que también nosotros estamos prisioneros.

-¡Oh, no, todavía no!

Sammy sacó su pistola y apretó el gatillo. Hubo un chasquido casi inaudible. Trató de disparar otra vez, pero el "Pensador" cerró la puerta de golpe.

-¿De qué nos serviría? -murmuró-. Todo el lugar está rodeado.

-Se me ha encasquillado el arma -gruñó Sammy-. No me explico cómo... -Se interrumpió y parpadeó-. ¿Rodeado? ¿Y nosotros hemos caído en la ratonera, eh? ¿Y ahora qué vamos a hacer?

-No nos queda más remedio que volver a la máquina y largarnos de aquí. -¿Pero no teníamos que esperar hasta el mediodía?

-Ya veremos qué ocurre. Vamos a buscar a los muchachos. ¡De prisa! De un momento a otro, estos soldados pueden decidirse a entrar.

Se retiraron a la habitación trasera, reunieron a los muchachos y les explicaron lo sucedido. Y en un periquete se metieron todos otra vez en la máquina, ataviados incongruentemente con sus trajes de la época colonial, temblando y sudando, mientras el "Pensador" revisaba apresuradamente sus cálculos y después manejaba las palancas de los computadores.

Oprimió los botones. O trató de oprimirlos.

-¿Qué ocurre? -gritó Sammy, ensordeciendo a los demás con el eco de su voz en los angostos confines de la cámara metálica.

-Nada -gruñó el "Pensador'-. No ocurre nada. Eso es lo malo.

-¿No funciona? -gimió Nunzio.

-No. Y el reloj de Sammy no funciona, y vuestras pistolas tampoco funcionan, porque todos los principios se han falseado como se ha alterado todo lo demás.

-¡Déjame probar!

Mush se abalanzó sobre las palancas, los botones y los mandos. Al cabo de un momento, todos apretaban y pulsaban frenéticamente, pero sin que ocurriera nada. El "Pensador' les hizo desistir.

-Es mejor que nos demos por vencidos -explicó-. El profesor Cobbett estaba en lo cierto. Hemos cambiado el pasado.

-Pero también en 1776 había relojes y pistolas que funcionaban, ¿no es así? -inquirió Sammy.

-En nuestro 1776, sí -replicó el "Pensador'-. En nuestro pasado. Pero éste ya no es nuestro pasado. Es nuestro presente. Y al convertir el pasado en presente hemos violado una ley fundamental. O tratado de violarla. En realidad, las leyes fundamentales no pueden ser violadas.

-Pero hemos venido aquí.

-Sí. Aquí. Pero aquí no es nuestro pasado. No podía ser. Tenía que ser en alguna otra parte.

-¿En qué otra parte podía ser? -quiso saber Mush.

-En un lugar donde los mecanismos modernos no funcionan, porque todavía no han sido perfeccionados. Un lugar donde los ingleses derrotaron a los revolucionarios americanos y capturaron a los Padres de la Patria. Y esto sólo puede ser en un universo alternativo.

-¿Un universo alternativo?

El "Pensador" aún pretendía explicar el concepto de universo alternativo, cuando los soldados irrumpieron finalmente en el edificio y se dispusieron a sacarlos de allí.

Sólo tuvo tiempo de gritar un último consejo antes de que las tropas se apoderasen de ellos, operación en la que se mostraron bastante brutales.

-¡Recordad lo que dijo Franklin! ¡Debemos mantenernos unidos! -exclamó. Pero incluso en esto el "Pensador" estaba equivocado.

Los colgaron por separado.

FIN